

EL ARCHIVO DEL MISTERIO
DE IKER JIMÉNEZ

HUMANOIDES

ENCUENTROS CON ENTIDADES DESCONOCIDAS

JAVIER GARCÍA BLANCO

→ EDAF



Javier García Blanco, natural de Zaragoza, pertenece a la última hornada de investigadores y divulgadores centrados en el mundo de lo desconocido surgidos a mediados de la década de los noventa. Redactor y coordinador de la revista internacional AÑO CERO, lleva años persiguiendo el misterio de las apariciones de Entidades Desconocidas y ha publicado decenas de reportajes en publicaciones especializadas. Colaborador asiduo de diversos medios periodísticos y experto en el área de Internet, fue redactor de *Más Allá* y este es su primer libro.



EDAF

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN

JAVIER GARCÍA BLANCO

HUMANOIDES

**Encuentros con entidades
desconocidas**

**EL ARCHIVO DEL MISTERIO
DE IKER JIMÉNEZ**

Director de la colección: Iker Jiménez

© 2003. Javier García Blanco

© 2003. De esta edición, Editorial EDAF, S. A. Jorge Juan, 30. 28001 Madrid

Diseño de cubierta: Miguel y Bernardo Rivavelarde

Dirección en Internet: <http://www.edaf.net>

Correo electrónico: edaf@edaf.net

Editorial Edaf, S. A.
Jorge Juan, 30. 28001 Madrid
<http://www.edaf.net>
edaf@edaf.net

Edaf y Morales, S. A.
Oriente, 180, n.º 279. Colonia Moctezuma, 2da. Sec.
15530. México D.F.
<http://www.edaf-y-morales.com.mx>
edaf@edaf-y-morales.com.mx

Edaf del Plata, S. A.
Chile, 2222.
1227 Buenos Aires, Argentina.
edaf1@speedy.com.ar

Edaf Antillas, Inc.
Av. J. T. Piñero, 1594
Caparra Terrace
San Juan, Puerto Rico (00921-1413)
antillas@edaf.net

Abril 2003

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos.

ISBN: 84-414-1280-4

Depósito legal: M. 18.943-2003

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Imprime: Anzos, S. L. - Fuenlabrada (Madrid)

*A Dulce,
gracias por estar siempre ahí, a mi lado.
Sin ti no hubiera sido posible.*

*A mis padres y a mi tía,
gracias por vuestro apoyo.*

Agradecimientos



La presente monografía dedicada a encuentros con humanoides no habría sido posible sin la ayuda de todas estas personas. Muchas gracias de todo corazón:

A Bruno Cardeñosa, por su inestimable apoyo, amistad sincera y sus consejos durante todo este tiempo.

A Manuel Carballal, por enseñarme el lado más humano de estos temas.

A Rubén Sobrino y Pili Abeijón, por estar ahí siempre que los he necesitado.

A Enrique de Vicente, por sus consejos, su amistad y la confianza que depositó en mí.

A José Manuel García Bautista y a Rafael Cabello, gracias por vuestra amistad y hospitalidad en tierras sevillanas.

A Lorenzo Fernández, David Sentinella y Fernando Jiménez del Oso, muchas gracias por hacer mi trabajo aún más agradable.

A Iker Jiménez, por confiar en mí y brindarme esta oportunidad.

A Chris Aubeck, gracias por todas esas conversaciones en torno a los no identificados.

A Bea, Juanjo y Marisol, Josep y Patricia, Alberto y Raquel, Ramón, Raúl y Sergio, gracias por vuestra amistad.

A Albert S. Rosales, sin cuya ayuda e información no habrían sido posibles algunos de los capítulos de este libro.

A mis antiguos compañeros de *Más Allá*, y a los actuales de *Año Cero*, muchas gracias por vuestra compañía y ayuda diaria.

A Luis García Lacruz, gran periodista y mejor persona.

Y, por supuesto, a Juan José Benítez, principal «culpable» de que me adentrara en el fascinante mundo de los ovnis y el misterio.

Índice



| | |
|---|-----|
| ¿POR QUÉ PUBLICAMOS ESTE LIBRO?, por Iker Jiménez .. | 13 |
| INTRODUCCIÓN: Seres extraños..... | 17 |
| CAPÍTULO 1. Ya están aquí | 23 |
| CAPÍTULO 2. Francia, 1954: «Invasión» humanoide | 45 |
| CAPÍTULO 3. Policías, testigos de lo imposible | 67 |
| CAPÍTULO 4. Balas contra el misterio | 89 |
| CAPÍTULO 5. Seres voladores no identificados..... | 113 |
| CAPÍTULO 6. Las profecías del Mothman | 123 |
| CAPÍTULO 7. Paralizados por los ovnis..... | 137 |
| CAPÍTULO 8. ¿Capturados por las cámaras?..... | 153 |
| CAPÍTULO 9. El regreso de un enigma..... | 167 |
| CONCLUSIÓN | 179 |
| CLASIFICACIÓN BÁSICA DE HUMANOIDES | 183 |
| BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA | 193 |

¿Por qué publicamos este libro?



EN LAS NOCHES DIFÍCILES a veces traiciona el subconsciente. La carretera estaba oscura como la boca del lobo, y la luz de largo alcance se estampaba en forma de destellos contra las piedras que rodeaban el camino. Un lugar abrupto, hundido entre los montes. Allí se había producido el encuentro.

Miré por el retrovisor y creí ver un rostro. Una cara blanca y larga, como de difunto, que me observaba desde los asientos traseros de mi propio coche. Pegué un frenazo y me orillé a un lado. Mi diafragma indicaba alarma y miedo.

Minutos después, un poco más tranquilo, reanudé la ruta y traté de olvidarme de aquella visión moviendo la rueda de la radio de un lado a otro del dial. Pero era inútil. Algo zumbaba en lo profundo de mi cerebro. Me ponía nervioso el constante ruido del vacío de emisoras. Allí, en mitad de la serranía, no llegaba la más mísera onda. Eché de nuevo una mirada atrás, como sin querer, y creí toparme de nuevo con él.

Desencajado, fijo, mirándome.

¿Qué demonios me estaba pasando? Sudando y con el corazón en un puño me detuve en un pueblo que en la recta final de la madrugada dormía plácidamente sin advertir mi llegada. Las ventanas cerradas, ni un alma en las calles.

Salí del vehículo y respiré fuerte. Era curioso, aquella sensación de inquietud me impedía seguir al volante. Sencillamente, la historia que acababa de investigar me había llegado al fondo.

Me apoyé en un banco de la plaza sin nombre y esperé hasta que casi se hizo de día y la oscuridad me dejó de parecer amenazante.

¿Y cuál era la historia?

Realmente, y siendo objetivos, nada único. Otras muchas veces, otras muchas personas, me habían narrado prácticamente lo mismo, con idéntico espanto, ante mis cuadernos y grabadoras. Había ido hasta ese lugar, perdido entre montes perdidos, para entrevistar a una mujer joven, sana y, hasta aquel día de hacía unos años, escéptica en todo lo que tuviese que ver con lo misterioso.

Pero aquella noche ella regresaba de las clases nocturnas y creyó ver a una mujer del pueblo que avanzaba en sentido contrario. Parece mentira lo que puede cambiar la vida un día cualquiera. El lugar, la misma entrada de la localidad, era una especie de avenida flanqueada por varias fábricas abandonadas. Conforme fue caminando hacia ella se percató de que la figura era inmensa en sus proporciones y lo que era peor: no tocaba el suelo.

La visión de aquel imposible avanzando bajo las tristes farolas del polígono industrial la dejó desarmada, presa de un pánico que casi nadie podrá comprender. Un miedo que en segundos va demoliendo los ladrillos de nuestras convicciones. Una descarga que rompe todos nuestros conceptos y que nos muestra lo que siempre habíamos creído imposible.

Poco a poco «el individuo», que vestía galas tan negras como el cielo, se fue aproximando hasta desaparecer girando en 90 grados.

La muchacha corrió a su casa y allí le ocurrió como a tanta otra gente en tantas otras ocasiones..., en tantos otros lugares del mundo: sintió vergüenza de su propia experiencia y guardó silencio.

No supo que solo una hora después otra vecina describió al mismo ser «ensotonado» muy cerca de su propia casa. Al bajar la basura lo vio allí plantado. Tenía la cara blanca como un muerto y no pisaba el suelo. Iba vestido cual sacerdote con largo traje talar... y la miraba fijamente.

Todo aquel absurdo real martilleaba mis sienes al regreso. Toda esa angustia a flor de piel en las personas que me describieron su vivencia. Todo ese deseo de olvidar lo que nunca podrán olvidar. Toda esa realidad que aparece sin que sepamos por qué. Si que sepamos a quién.

Javier García Blanco ha caminado por esos mundos de Dios y ha sentido esa extrañeza —a veces rayana en la inquietud—, tras hablar con testigos que se han cruzado con «ellos». Ahora, para que todos conozcamos más, nos ofrece sus investigaciones compaginándolas con un trabajo que no se olvida de la historia: de la propia y extraña historia de estas apariciones que nadie comprende ni atrapa.

Como emisarios de un mundo de pesadilla, los humanoides son tema apasionante y secularmente olvidado.

Léanlo. Comprenderán mi sensación aquella noche.



IKER JIMÉNEZ

Introducción

Seres extraños

A LO LARGO DE LA HISTORIA, el hombre ha sentido la necesidad de creer en algo trascendente. La lista de dioses y seres sobrenaturales que han poblado la imaginación de los distintos pueblos que han pisado la faz del planeta sería tan larga que no bastarían varias enciclopedias para recogerlos a todos.

Incluso con la llegada de las religiones monoteístas mayoritarias —judaísmo, cristianismo e islam— se ha seguido adorando y temiendo a muchas otras deidades «menores» y a seres imposibles (santos, duendes, hadas, elfos, ogros, ángeles, *jinn*s, genios, fantasmas, etc.). Desde los albores del tiempo, se tiene constancia de relatos fantásticos que nos hablan de increíbles encuentros y contactos entre humanos y supuestos seres sobrenaturales.

Podría pensarse que con la llegada del siglo XXI y el desarrollo de la ciencia, todo ese mundo «irreal» debería haber desaparecido. Pero para asombro de muchos la gente —no importa el lugar del globo al que pertenezcan— sigue relatando sucesos imposibles; hechos inquietantes protagonizados por entidades que parecen proceder de «otro lado», de una realidad ajena a la nuestra pero que podría estar muy próxima al mismo tiempo.

Quizá las cosas hayan cambiado un poco. Los testigos, en su mayoría, ya no hablan de demonios o ángeles. Ahora los

protagonistas son unos entes —igual de extraños y distintos a nosotros, eso sí— que aparentan ser extraterrestres. Al menos los testigos así lo aseguran, basándose en las características de lo que dicen haber presenciado.

Puede resultar increíble que en la era de internet, de las telecomunicaciones y los teléfonos móviles, la gente jure y perjure que han visto a un ser luminoso junto a su nave, que se han sentido paralizados por esas criaturas. Pero, nos guste o no, así es. La humanidad, pese a los avances tecnológicos y científicos, sigue experimentando sucesos que parecen escapar a la razón y que nos enlazan con una suerte de realidad sobrenatural, trascendente, claramente vinculada a la descrita en otras épocas.

Ahora bien, ¿nos encontramos ante fenómenos reales, físicos, tangibles e incontestables o, por el contrario, estamos siendo testigos privilegiados del surgimiento de una nueva creencia, de un nuevo folclore tecnológico, acorde a los tiempos en que vivimos? Tal vez ambas respuestas sean válidas.

* * *

He de reconocer que cuando me propusieron escribir este libro dedicado a los incidentes sobre humanoides, tuve sentimientos encontrados. Me explico: por un lado, tenía que abordar uno de los aspectos del fenómeno que más me apasiona: los encuentros con los supuestos tripulantes de los ovnis; pero, por otro, la obra debía ser una recopilación de incidentes con humanoides ocurridos en distintos países a lo largo del globo, lo que me obligaba a retomar sucesos que yo no había investigado personalmente. Desde que entré en el mundo ovni, mi prioridad ha sido la investigación de campo, y este enfoque suponía prácticamente todo lo contrario. Sin embargo, una vez que me encontré frente a mis archivos, pronto tuve claro cuál iba a ser la forma y el contenido de este trabajo. Las páginas que encontrarán a continuación son un recorrido por aquellos

casos que en su día más me llamaron la atención: algunos, por lo terrorífico de los detalles; otros, por su similitud con otros sucesos que yo había podido investigar en España, y la mayoría, porque considero que es necesario darlos a conocer a aquellos lectores que, por su juventud o por su reciente incorporación al fenómeno de los no identificados, nunca han oído hablar de ellos.

Es muy posible que algunos de estos incidentes lleguen a ser esclarecidos algún día con una explicación convencional. De hecho, y como podrán comprobar por ustedes mismos, en muchos de los incidentes recogidos ha habido investigadores que han propuesto, con mayor o menor fortuna según mi opinión, una explicación convencional y «natural» para los hechos que se relatan. Sin embargo, he decidido incluirlos de todos modos por su enorme interés, por lo que supusieron en una época o incluso porque, pese a esas explicaciones, aún ha quedado lugar a la duda.

Antes de dejarles a solas con estos relatos quisiera hacer una última reflexión que, a mi entender, resulta imprescindible. Soy muy consciente de que, en la actualidad, escribir un libro sobre ovnis y sus tripulantes resulta poco menos que una locura, al menos en términos editoriales. El actual descrédito que sufre el fenómeno de los no identificados ha provocado que este no sea el mejor momento para hablar abordar el tema. Los investigadores hemos de luchar más que nunca para lograr que el testigo relate ante nosotros sus experiencias. Los nefastos programas que pueden verse desde hace algunos años en televisión, plagados de individuos esperpénticos que aseguran venir de Raticulín o vaya a saber usted de dónde, que defienden a gritos sus paranoias más increíbles ante las cámaras, han dejado al fenómeno de los ovnis al borde de la muerte.

La investigación se nutre de los testimonios de los testigos. No debemos olvidar que no investigamos ovnis, sino relatos sobre estos. Y, por desgracia para nosotros, dichos testimonios casi han desaparecido. Pero no se lleve a engaño el lector. Esto no se debe a que ya no se produzcan avistamientos, encuen-

tros cercanos o sucesos similares. Nada más lejos de la realidad. En ese sentido el fenómeno sigue tan vivo como antaño. El problema es que la gente calla. Los testigos temen ser identificados con «esos locos de la tele». Y, a pesar de que la mayoría de ellos desean compartir sus experiencias con alguien en busca de una respuesta, finalmente deciden guardar silencio, por temor a ser tachados de enfermos mentales o, lo que es casi peor, de idiotas de solemnidad. Ese es el triste panorama al que hemos llegado.

Lejos quedan aquellos días en los que la prensa «seria» dedicaba páginas y páginas a recoger encuentros con los no identificados. Decenas o cientos de personas daban su testimonio a investigadores y reporteros de los diarios de todo el país. ¡Incluso ocupaban las portadas con fotos a toda página! Y qué decir de la televisión. ¡Hasta los telediarios se ocupaban de aquellos extraños objetos que sobrevolaban nuestros cielos!

Pero todo eso ha pasado y, por mucho que nos duela, tiene todo el aspecto de no volver. El deber de todos nosotros, investigadores y periodistas pasa por devolver el prestigio perdido a un fenómeno que no merece el trato que le estamos dando.

Quizá así los testigos vuelvan a hablar ante nuestros micrófonos y accedan a posar ante nuestros objetivos. Quizá entonces los miles de testigos, de todas las edades, profesiones y clases sociales, decidan abrir su corazón y sus recuerdos ante nosotros.

Amas de casa, campesinos, policías, ingenieros, ganaderos, militares, guardias civiles, estudiantes, profesores, ministros, e incluso presidentes del gobierno, todos ellos han sido testigos de lo imposible. Gracias a ellos, no lo olvidemos, sabemos un poquito más sobre el fenómeno de los ovnis. No ensuciemos su valor al acceder a hablar ante nosotros. Es por este motivo que este libro está dedicado a ellos. A todos los testigos que, pese al miedo al ridículo, deciden contar lo que han vivido.

Por mi parte, me conformo con que estas páginas sirvan para levantar un poco la maltrecha credibilidad del fenómeno de

los no identificados. Recuperemos el tiempo perdido. Ahora les dejo con ellos, los testigos, y con los otros protagonistas de esta pequeña y modesta obra: esos seres imposibles que en el siglo XX recibieron el apelativo de «humanoides».

Capítulo 1

Ya están aquí

«Aquello era peor que Frankenstein.»

Kathleen MAY, West Virginia, 1952

EN LA ACTUALIDAD, los encuentros cercanos con ovnis y humanoides forman parte de la casuística plenamente aceptada por los ufólogos de todo el mundo. Sin embargo, no siempre fue así. Poco después del inicio de la llamada «era moderna» del fenómeno —tras el famoso avistamiento de Kenneth Arnold en 1947— los investigadores aún veían con cierto recelo los relatos de aquellas personas que decían haber visto estos extraños objetos y a sus tripulantes a escasa distancia. Este tipo de encuentros cercanos del tercer tipo —según la clasificación de Hynek— ni siquiera eran incluidos en los catálogos de determinados estudiosos, que despreciaban e ignoraban todos estos testimonios.

No sería hasta la oleada francesa de 1954 (aquel año se registraron docenas de aterrizajes y encuentros con humanoides en todo el territorio galo, como veremos en el siguiente capítulo) cuando los ufólogos comenzaron a tener conciencia de la importancia y veracidad de este tipo de experiencias. Por este motivo he decidido escoger el siguiente caso para comenzar la presente monografía dedicada a los humanoides. Un incidente, el de Flatwoods, que se produjo tan solo cinco años después de la experiencia de Arnold en el monte Rainier, cuando los re-

latos de este tipo eran solo argumentos para novelas y películas de ciencia ficción.

Por el mismo motivo, el presente capítulo se completa con un misterioso encuentro, esta vez ocurrido en España y tan solo unos meses después. Dicho suceso resulta más significativo aún, pues, en la fecha en la que tuvo lugar, en nuestro país era mínimo el conocimiento sobre el tema. Y, desde luego, fue el primer relato de un encuentro con humanoides que fue divulgado —y por tanto conocido— en nuestro país.

Pese a lo espectacular del incidente, y aunque fue recogido en su día por varios libros dedicados al tema ovni, el caso del «monstruo de Flatwoods» nunca ha sido considerado un suceso emblemático. Incomprensiblemente, este encuentro ha pasado sigilosamente entre la casuística humanoide, siendo desplazado por otros menos espectaculares y con menor número de testigos, pero que gozaron de mayor difusión. Quizá se debió al hecho de haber tenido lugar en aquella época tan temprana...

En el momento de escribir estas líneas, acaba de cumplirse el 50 aniversario de un hecho que en los últimos años ha despertado las sospechas de algunos investigadores. Sin embargo, a pesar de estas dudas —que comentaré en su momento—, he decidido incluirlo debido a su interés ufológico. Sirva desde aquí este capítulo como pequeño homenaje a los testigos involucrados en aquel sorprendente suceso cuando, supuestamente, un objeto volante no identificado y su tripulante causaron el pánico en un pueblecito de los Estados Unidos de América.

Una noche de pesadilla

Aquella tarde de septiembre de 1952 el destino guardaba una sorpresa para algunos vecinos de Flatwoods, una localidad de West Virginia. Después de lo que estaba por acontecer, nada volvería a ser igual en aquella tranquila población. Eran

aproximadamente las 19.15 horas del 12 de septiembre y, como muchas otras tardes, unos cuantos jóvenes del pueblo disfrutaban de su tiempo libre jugando un partido de fútbol americano en las instalaciones del colegio. Sin embargo, un suceso inesperado iba a romper aquella calma. De pronto, y ante el asombro de los jóvenes, una bola de luz que desprendía una fuerte luminosidad rasgó el firmamento, atrayendo su atención. Aquella extraña luz parecía haber aterrizado en una de las colinas cercanas, concretamente en los terrenos propiedad de uno de los vecinos, un granjero llamado Bailey Fisher.

Llevados por la curiosidad y con cierta preocupación, los niños decidieron acercarse hasta el lugar de la caída de aquel extraño «meteorito». Durante el camino hasta la colina, pasaron junto a la casa de una vecina, la señora Kathleen May —una esteticista local—, y le pusieron al corriente de lo que habían visto. Aunque en un principio la mujer pensó que todo era producto de la imaginación de los chiquillos, la cara de los jóvenes debió ser lo suficientemente expresiva como para que

Monster From Space Roaming W. Va. Hills?

Police Discount Half-Man, Half-Dragon

Figure Seen in Hills as 'Saucer' Hysteria

SUTTON, W. Va., Sept. 14 (U.P.)—Seven Braxton county residents vowed today that a Frankenstein monster with B.-O. drove them from a hilltop near here but police figured the smelly boogie-man was the product of "mass hysteria."

The thing described by witnesses as "half-man, half-dragon," had not been reported seen since Friday night but residents of the area said a foul odor still clung to the hilltop yesterday.

All of this started when Mrs. Kathleen May of Flatwood, W. Va., said she and six boys, one a 13-year-old National Guardsman, climbed the hill to investigate her two small son's report that "a flying saucer" landed there.

*Primeros recortes
de prensa sobre
el caso de Flatwoods,
aparecidos poco
después de ocurrir
el incidente.*

The Thing, 10 Feet Tall, Terrifies Party of 7

Sutton, W. Va., Sept. 14 (U.P.)—A housewife swore today that she and six boys saw "an evil-smelling fire-breathing monster, 10 feet tall, with a bright green body and blood-red face" on a hillside near here.

Mrs. Kathleen May of Flatwood, accused and sick from her experience, said she and the boys, including a 13-year-old National Guardsman, made the final Friday night while investigating reports that a flying saucer had landed. She said she and Gene Lenon, 17, guardsman, her sons, Eddie, 13, and Fred, 11, and Ned Kinley, 14, Thomas Shaver, 10, and Tommy Iyer, 10, all went in the hilltop on the C. B. Fisher farm near here Friday night.

Lenon, who was leading the party, said he saw something move in a tree, and when he shined a flashlight on it saw the 10-foot

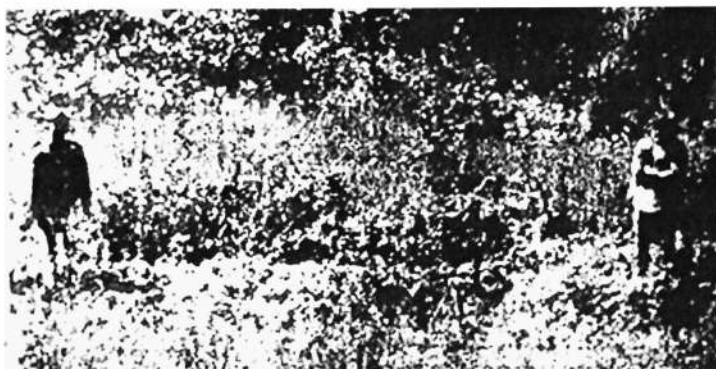
green body that "seemed to glow." Mrs. May said Lenon screamed in terror and fell backward as the monster duckwalked toward them, and the whole party turned and ran. She said the monster emitted an overpowering odor that so accosted them they vomited for hours afterward.

Average net paid circulation for August exceeded

Daily... 2,100,000

Sunday... 3,850,000

The Largest Daily and Sunday Circulation in America



El lugar del aterrizaje localizado por los reporteros locales.

finalmente creyera su relato. La señora May cogió una linterna y decidió acompañarles hasta el lugar donde habían visto caer la luz. La improvisada expedición estaba formada por Kathleen May, sus hijos Eddie y Freddie, Ronnie Shaver, Tommy Hyer, Neil Nunley, Gene Lemon —un joven de diecisiete años miembro de la guardia nacional— y el perro de este último. Todo apuntaba a que un meteorito podía haberse estrellado en el monte cercano, y resolvieron subir hasta el lugar y descubrir qué había ocurrido realmente.

Mientras subían por la colina, comenzaron a contemplar a lo lejos una misteriosa luz rojiza que aumentaba y disminuía de tamaño rítmicamente. Cuando aún faltaba un poco para llegar hasta el lugar exacto, el perro de Lemon salió corriendo muy asustado, a pesar de las órdenes de su amo, y aunque aquello les dejó algo intranquilos, decidieron seguir adelante.

Cuando ya habían recorrido algunos metros más, el joven Lemon se percató de la presencia de dos luces brillantes, similares a grandes ojos, que resplandecían en la oscuridad. En un principio, el joven pensó que se trataba de un mapache o de algún otro animal que se había encaramado a las ramas del árbol. Por desgracia para el grupo, pronto descubriría que estaba muy equivocado... Levantó la linterna y dirigió el haz de luz hacia aquellos ojos. Y allí estaba... Todos contuvieron la respi-

Uno de los testigos principales, la señora Kathleen May, sosteniendo un boceto que muestra el aspecto del supuesto humanoide.



ración, mientras sentían que se les helaba la sangre y que su cuerpo se paralizaba por el miedo. Esos ojos —de un color naranja verdoso— pertenecían a un ser gigantesco, de cabeza redonda y color rojo «como la sangre», que estaba rematada por una suerte de capucha o halo de forma puntiaguda. «Aquello» debía tener una altura cercana a los tres o cuatro metros. Completando tan fantasmagórico aspecto, el humanoide iba ataviado con una especie de túnica o falda plisada de color oscuro que llegaba hasta el suelo¹.

En pocos segundos, la horrible criatura emitió una especie de silbido y comenzó a moverse —más tarde los testigos declararían que parecía flotar sobre el suelo— en dirección al

¹ Al parecer, este detalle solo pudo ser apreciado por Kathleen May, ya que los muchachos estaban demasiado aterrorizados y apenas apartaron su mirada de la cabeza del ser y sus dos ojos brillantes.

aterrorizado grupo. El joven Lemon no pudo resistirlo y soltó un grito a la vez que caía hacia atrás. Se desató el pánico y la linterna cayó rodando. En ese momento se inició una frenética huida para escapar de aquella figura de aspecto terrible, y todos corrieron como alma que lleva el diablo en dirección a la población.

Cuando encontraron a algunos vecinos, relataron atropelladamente los pormenores de su aterrador encuentro. Según contaron, mientras duró la visión pudieron ver cómo una extraña neblina se extendía por la colina donde se desarrollaron los hechos. Además, todos aseguraron haber percibido un olor nauseabundo, que Kathleen May describió como similar al azufre², aunque aclaró que nunca había oído nada semejante. Cuando aún no había pasado una hora del terrible encuentro con aquel ser, el joven Lemon tuvo el arrojo y la valentía suficiente para acompañar a A. Lee Stewart —reportero del periódico *The Braxton Democrat*— hasta el lugar de los hechos. En compañía de varios vecinos y armados con escopetas de caza, subieron hasta lo alto de la colina. No encontraron al horrible ser ni la extraña luz, pero Stewart aseguró haber percibido aquel olor nauseabundo, que describió como «irritante y repelente».

Según relató el propio Stewart en el artículo que escribió para el *Braxton Democrat*, él había trabajado varios años en la Fuerza Aérea, y durante este tiempo tuvo la oportunidad de oler numerosos gases de todo tipo. Sin embargo, aquello no se parecía a nada que él conociese. Por si fuera poco, aquella misma noche Lemon y los dos hijos de la señora May sufrieron una serie de molestias, como inflamación de garganta y vómitos continuos que se prolongaron hasta la mañana siguiente. Los tres fueron examinados por un médico, quien determinó

² La presencia de un olor similar al azufre es una circunstancia que se repite en innumerables encuentros con ovnis y sus tripulantes. Muchos investigadores han destacado el hecho de que en la Edad Media, por ejemplo, se vinculara este olor a la figura del demonio y al infierno, dando a entender que muchos sucesos extraordinarios de épocas pasadas que fueron atribuidos al maligno serían en realidad encuentros con ovnis y humanoides.

que aquellos efectos eran muy similares a los causados por los gases lacrimógenos³.

La investigación

A la mañana siguiente, Lee Stewart regresó de nuevo al lugar de los hechos y dijo haber encontrado unas marcas en el lugar del supuesto aterrizaje, además de una extraña sustancia gomosa que no supo identificar⁴.

Con el reportaje de Stewart sobre los hechos, la historia se difundió rápidamente por todo el país, llegando incluso hasta el extranjero. Muy pronto comenzaron a llegar periodistas de todo el Estado y, con ellos, algunos investigadores. Uno de los primeros en llegar fue el polémico ufólogo Gray Barker, quien más tarde relataría ampliamente los hechos en un artículo para la revista *Fate*. El estado de pánico en el que se encontraban los testigos durante la noche del suceso había impedido que realizaran una descripción pormenorizada de lo sucedido, pero con el paso de los días, al ir tranquilizándose poco a poco, los detalles sobre lo que pudieron contemplar fueron aflorando en las numerosas entrevistas que concedieron a investigadores y periodistas.

Gracias a estas declaraciones se pudo saber algo más de lo que habían visto aquella noche, y la descripción del fantasmagórico ser se fue haciendo más completa. Los testigos coincidían en la descripción de la cabeza del supuesto humanoide,

³ El detalle de los efectos fisiológicos descritos por los testigos resulta de gran interés. Si revisamos la literatura ufológica, encontramos numerosos incidentes de encuentros cercanos en que los testigos sufren posteriormente algún tipo de molestia aparentemente provocada por la proximidad con un ovni o sus tripulantes. Entre los numerosos síntomas detectados en algunos casos destacan los vómitos, irritación ocular, alteraciones del sueño (como insomnio, pesadillas, hipersomnia, etc.) y otros más graves, como la aparición de tumores e incluso la muerte.

⁴ Más tarde pudo saberse que, en realidad, esa sustancia «gomosa» había sido dejada por la camioneta de un vecino del pueblo, que en la misma noche del suceso se acercó hasta el lugar con la intención de curiosear un poco.

con sus dos ojos de color naranja verdosos, una especie de capucha en forma de pico y el color de la «cara» rojo como la sangre. Y aportaron un detalle más: los ojos del «monstruo» parecían estar detrás de una especie de escafandra transparente, que a su vez estaría cubierta por la capucha picuda mencionada antes.

Un detalle sobre el que existían ciertas diferencias fue en las características de la mitad inferior del ser. Mientras la mayoría de los muchachos aseguraron no haber apreciado ningún detalle en esta parte, la señora May dijo haber contemplado una especie de túnica o falda plisada, que caía casi hasta el suelo. No olviden el curioso detalle de la «falda». Más adelante volveremos sobre él.

La Fuerza Aérea investiga

Con la numerosa presencia de periodistas e investigadores, resultaba extraña la ausencia de organismos oficiales en el lugar de los hechos. Aparentemente, la Fuerza Aérea no estaba demasiado interesada en el asunto y no se llevó a cabo ninguna investigación de carácter oficial sobre el incidente de Flatwoods. Pero este desinterés fue solo aparente. Según averiguaría más tarde el mayor Donald Keyhoe, uno de los pioneros en la investigación ufológica mundial, la Fuerza Aérea sí estuvo en West Virginia investigando los sucesos.

Keyhoe explicó que dos agentes de inteligencia de las USAF recabaron datos sobre el incidente en la oficina del sheriff y, posteriormente, se hicieron pasar por sendos periodistas de forma que pudieron entrevistarse con los testigos sin levantar sospechas. Pero ¿por qué no acudieron hasta el pequeño pueblo norteamericano de forma oficial?

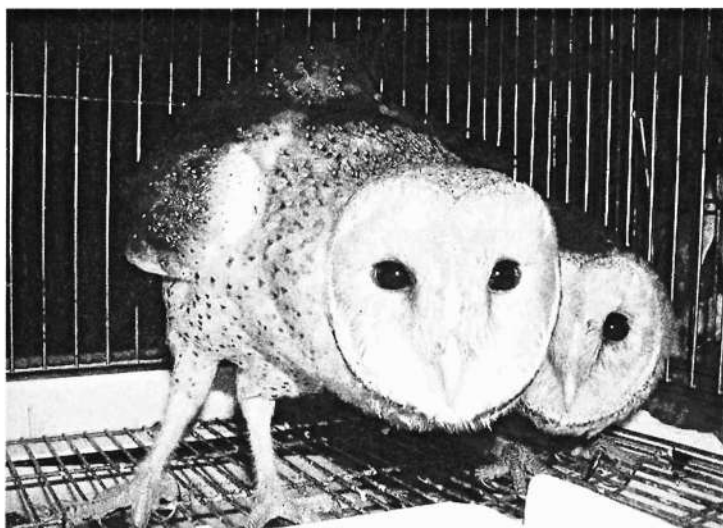
La explicación es muy sencilla y al mismo tiempo resulta bastante reveladora. Es necesario conocer con detalle algunos sucesos que tuvieron lugar aquel mismo año. El verano de 1952 había tenido una actividad ovni muy importante, y las

noticias sobre avistamientos de platillos volantes llenaban páginas completas en los periódicos. Especialmente, en el mes de julio. El día 19 de aquel mes había ocurrido lo impensable: varios ovnis habían sobrevolado el espacio aéreo de Washington D.C., siendo detectados incluso en las pantallas de radar. Despegaron varios cazas en su intercepción, pero fueron incapaces de atraparlos. La alarma social se disparó y la Fuerza Aérea no podía permitir que aquello se les escapase de las manos.

Si se hubiera sabido que la Fuerza Aérea había estado investigando el suceso de Flatwoods de forma oficial, la población habría podido pensar que, efectivamente, un «monstruo del espacio» y su nave habían aterrizado en suelo americano. Hay que tener en cuenta que en aquellas fechas los relatos sobre aterrizajes y encuentros con humanoides no eran habituales, y aquello podría haber desatado el pánico en la población ante una supuesta invasión alienígena. Por este motivo, la Fuerza Aérea norteamericana evitó cualquier indicio de la existencia de una investigación oficial y envió a sus oficiales vestidos de paisano.

¿Misterio resuelto?

Como sucede con cualquier «caso ovni» de gran repercusión, no han faltado investigadores, estudiosos y escépticos que han tratado de dar una explicación convencional al incidente de Flatwoods. Es cierto que en estos cincuenta años las distintas fuentes que recogieron lo ocurrido en West Virginia muestran algunas contradicciones, sobre todo en lo que se refiere a la descripción del humanoide y lo referente al desarrollo del suceso en sí mismo. Sin embargo, es muy posible que dichas diferencias no tuvieran su origen en las declaraciones de los testigos, sino que más bien parece tratarse de un problema generado por los distintos autores que se hicieron eco de los hechos. Pese a todo, los testimonios recogidos a lo largo



Un ejemplar de Tyto Alba (lechuza de campanario). Según algunos «escépticos», este animal fue el auténtico causante del encuentro de Flatwoods.

de los años muestran un relato que coincide en lo esencial y tan solo difiere en algunos detalles.

Algunas de estas hipótesis explicativas, planteadas por varios estudiosos para explicar el encuentro de Flatwoods, resultan muy interesantes. Desde un principio, se apuntó la posibilidad de que la «bola de fuego» vista por los testigos al comienzo del suceso podría haber sido en realidad un bólido o un meteorito. Según Joe Nickell⁵, un miembro de la Academia de las Ciencias de Maryland, habría detectado el paso de un meteorito sobre Baltimore a las siete de la tarde de aquel 12 de septiembre. Según dicho científico, la trayectoria del meteorito apuntaba hacia West Virginia, lugar del avistamiento.

Si bien la hipótesis del meteorito podría resultar aceptable

⁵ NICKELL, Joe, *El monstruo del ovnu de Flatwoods*. CdU Suplemento Internacional, 2001. Publicado originalmente en *Skeptical Inquirer*, volumen 24, núm. 6, noviembre-diciembre 2000.

—parece incluso bastante probable— para explicar la primera parte del avistamiento, la explicación propuesta para solucionar la visión del «monstruo» resulta, al menos para mí, mucho más débil. Según Nickell, el francés Renaud Lecllet y otros escépticos la criatura vista por los testigos en lo alto de la colina no fue otra cosa que una simple lechuza que se encontraba posada en las ramas de un árbol. Concretamente, el animalito en cuestión sería una *Tyto Alba*, nombre científico de la lechuza de campanario. Apoyándose en dicha tesis, para dichos autores, todo se explicaría mediante un cúmulo de circunstancias. La expectativa de los testigos —que creían haber visto un ovni aterrizando en la colina— y el cierto temor que tenían habrían sido los causantes de la confusión. Cuando Lemon alumbró con su linterna hacia los grandes ojos, el miedo habría disparado su imaginación, haciéndoles confundir a una simple ave con un ser llegado del espacio.

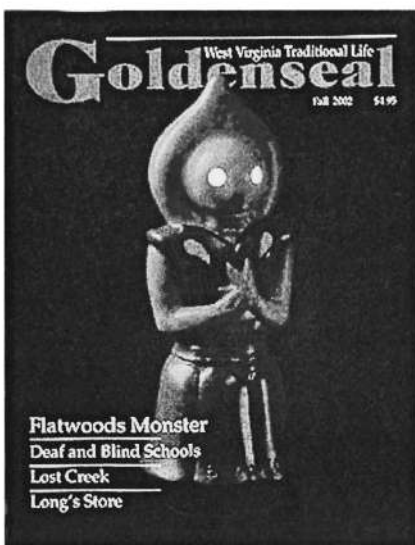
Sinceramente, la hipótesis de Nickell y Lecllet me parece bastante improbable. Recordemos que cuando el joven Lemon aún no había apuntado con su linterna hacia aquellos extraños ojos, por su cabeza ya había pasado la posibilidad de que pertenecieran a un mapache o a algún otro animal. Si se hubiese tratado de una lechuza o de un búho, el joven miembro de la guardia nacional no ten-



Los niños testigos del encuentro de Flatwoods, en un recorte de prensa aparecido días después de los extraños acontecimientos.

dría por qué haberse asustado, ya que precisamente él pensaba que aquellos ojos eran de un animal del bosque. Al alumbrar en aquella dirección, simplemente habría confirmado sus sospechas. Sin embargo, si nos atenemos al pánico que los atenzó, lo que el grupo tuvo oportunidad de contemplar debió parecerse más bien poco a un ave.

Además, el búho y la lechuza común son animales habituales en numerosas partes del mundo, y resulta bastante improbable que los jóvenes y la señora May no hubieran visto algún ejemplar de esa especie en alguna ocasión. Recordemos que no estamos hablando de testigos procedentes de la ciudad, sino de habitantes de un pequeño pueblo de West Virginia, personas que sin lugar a dudas estaban acostumbradas a observar animales en libertad día a día. Otro detalle que no concuerda con la teoría de la lechuza es la descripción que hicieron del rostro de la criatura. Según ellos, era de «un color rojo como la sangre». Precisamente, una de las características de la lechuza común o *Tyto Alba* es la de poseer una cara de tonos claros y luminosos, que durante la noche pueden ser confundidos fácilmente con el color blanco.



En cuanto al nauseabundo olor que parecía acompañar a la aparición del terrible ser, Nickell menciona que el investigador Ivan Sanderson creyó que podía provenir de la

Portada de la revista Goldenseal, en la que se conmemora el 50 aniversario del encuentro con el monstruo de Flatwoods.

hierba existente en el lugar. En principio no tengo nada que objetar a esta apreciación, excepción hecha de que alguno de los testigos comparara este olor con el del azufre. También es casualidad que los testigos coincidan con muchos otros que a lo largo de los años y en distintos puntos del globo han mencionado el olor a azufre después de vivir experiencias con extraños seres.

De todos modos, y pese a mi reticencia a aceptar la explicación de la lechuza, esto no quiere decir que el caso no me parezca dudoso en algunos aspectos. Desde luego, no descarto que el incidente pueda tener una explicación convencional. Sin embargo, la hipótesis de Nickell y su lechuza me parece casi tan improbable como que un ser del espacio exterior se paseara aquella noche por las cercanías de Flatwoods.

El «monstruo» de Flatwoods no estuvo solo

Si las dudas planteadas a la hipótesis «zoológica» fueran únicamente estas, podríamos incluso conceder el beneficio de la duda a la teoría escéptica. Sin embargo, existen otros datos que, a mi entender, hacen que la balanza se incline más hacia la posibilidad de que algo extraño ocurrió en aquellas fechas. El hecho es que, aparentemente, nuestro ya famoso «monstruo» de Flatwoods no limitó sus visitas a aquel día... En fechas anteriores y posteriores a la del encuentro que nos ocupa, otros testigos, también en el estado de West Virginia, tuvieron la suerte —o la desgracia, quién sabe— de toparse con una criatura similar a la descrita por los jóvenes. Pongamos algunos ejemplos...

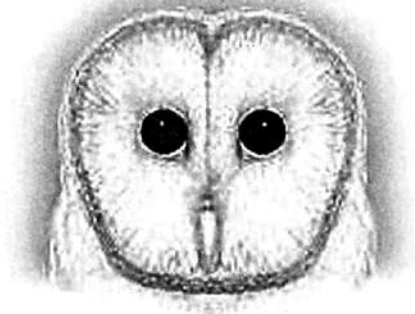
A principios de aquel mes de septiembre (se desconoce la fecha exacta), una mujer que paseaba por una zona boscosa en las cercanías de la localidad de Sutton (muy cerca de Flatwoods) escuchó unos pasos a sus espaldas. Cuando se giró para ver a quien pertenecían, descubrió horrorizada a un ser enorme, con ojos que emitían una luz anaranjada y tocado con una

especie de casco puntiagudo. Por si fueran pocas las coincidencias, la escena se vio acompañada por la existencia de un terrible olor y la testigo, presa del terror, huyó gritando hasta llegar a casa.

El 5 de septiembre, justo una semana antes de que se produjera el encuentro de Flatwoods, dos vecinas de la población de Weston —de nuevo en el estado de West Virginia—, madre e hija, se dirigían en carro para asistir a la iglesia. De pronto, en su camino se cruzó una figura gigantesca de aspecto humanoide y grandes ojos, y que parecía ocultar su cuerpo con una especie de capa negra. Aquella criatura, que parecía sacada de una pesadilla, flotaba sobre el suelo. Y, cómo no, de nuevo un nauseabundo olor envolvió toda la escena. En este caso, una de las mujeres tuvo que ser hospitalizada a causa de un *shock* nervioso. Pero sigamos... La cosa no acaba aquí...

El 13 de septiembre de 1952 —un día después del encuentro de Flatwoods— tenía lugar otro suceso similar, según recogió Jacques Vallée en su catálogo *Magonia*. Aquel día, en torno a las ocho de la tarde, el matrimonio Snitowski y su hija viajaban en coche por las cercanías de Frametown, West Virginia. Inesperadamente, el automóvil sufrió una avería y el marido se percató de la existencia de una poderosa luz que iluminaba un bosque cercano. Mientras el señor Snitowski caminaba hacia la extraña luz, su esposa y su hija vieron una figura enorme, de unos diez pies de altura, que se aproximó al

Detalle de la cabeza
de un ejemplar de
Tyto Alba,
totalmente blanca.
¿Pudieron los
testigos confundir
este animal con un
ser cuyo rostro era
«rojo como la
sangre»?



vehículo, mirando en su interior. El marido escuchó los gritos y echó a correr, llegando a tiempo para observar cómo el humanoide se alejaba flotando en dirección al bosque. Instantes después una luz esférica se elevaba y desaparecía en el firmamento.

Al día siguiente, en... (¿lo adivinan?) Charleston, West Virginia, varias personas observaron el aterrizaje de un disco luminoso de color blanco. Del objeto salieron dos seres vestidos con ropa brillante que, al parecer, se encaramaron hasta lo alto de un árbol. El caso, mencionado en el libro *UFOs, a history*, fue descubierto por el historiador Loren Gross, aunque desgraciadamente no se conocen más detalles del sorprendente suceso.

En vista del número de incidentes similares solo nos quedan dos posibilidades: o bien numerosos testigos confundieron a simples lechuzas con extraños seres de aspecto terrorífico o, por el contrario, algo extraño estuvo vagando a lo largo del estado norteamericano de West Virginia aquel mes de septiembre de 1952. Si a estos sorprendentes sucesos añadimos otros encuentros similares ocurridos en distintos puntos del globo años después, la hipótesis del búho o la lechuza parece caer por sí sola. Ahí va un último ejemplo.

Casi treinta años después del incidente de Flatwoods, y a miles de kilómetros, concretamente en el pequeño pueblo de Saucedilla, en Cáceres (España), una muchacha de catorce años, Mari Carmen Ramos, protagonizó un encuentro con un ser cuyas características recuerdan mucho a la del «monstruo» avistado en los Estados Unidos. El insólito suceso —investigado a fondo por el investigador y periodista J. J. Benítez⁶— tuvo lugar durante un atardecer. La joven caminaba tranquilamente en dirección a su casa cuando, de pronto, observó la presencia a cierta distancia de una figura enorme, de entre dos

⁶ Para mayor información acerca de este interesante caso, el lector puede acudir al libro *La quinta columna*, Ed. Planeta, Barcelona, 1991. En él encontrará, además, otros encuentros y aterrizajes de gran interés investigados por J. J. Benítez.

y tres metros de altura. Según la testigo, aquel ser tenía aspecto de hombre, pero sus vestimentas se asemejaban más a las de una mujer: un «vestido» negro que le llegaba hasta los pies y una especie de gorro en la cabeza que ocultaba sus facciones. Y otro detalle concordante con la criatura vista en West Virginia: el ser visto por Mari Carmen parecía desplazarse flotando en el aire, sin tocar el suelo. Ante el asombro de la muchacha, el humanoide cruzó la avenida y desapareció en un callejón. Asustada, la joven corrió sin mirar atrás hasta llegar a su casa. Días después, varias amigas suyas fueron testigos de un encuentro de similares características. Sobra decir que tanto Mari Carmen como sus amigas desconocían por completo el suceso protagonizado por los vecinos de Flatwoods. Y por descontado, lo observado por la joven cacereña nada tenía que ver con un búho o una lechuza.

Podríamos seguir recogiendo casos de características similares, ya que sucesos de este tipo se cuentan por docenas en la casuística ufológica. Personalmente, dudo mucho que lo observado por los testigos del estado de West Virginia fuera un ser alienígena (he de aclarar que no soy partidario de la hipótesis extraterrestre para explicar el fenómeno ovni), pero desde luego no creo que se tratara de un búho.

En cuanto a la posibilidad de un fraude, me parece totalmente descartable. Solo hay que «rastrear» la trayectoria de los testigos, algunos de ellos vivos hoy en día. Ninguno obtuvo beneficio económico alguno; en todo caso, lo único que consiguieron fueron molestias y las sonrisas de incredulidad de sus paisanos. Si no fuera por los extraños sucesos que les tocó vivir, seguramente sus vidas habrían sido completamente convencionales.

¿Qué ocurrió entonces? Mucho me temo que no puedo ofrecer al lector esa respuesta. Lo único que parece claro es que, después de cincuenta años, el incidente permanece sin una explicación convincente. Quizá, quién sabe, en aquellos días los reflejos de una realidad que habitualmente permanece oculta se colaron en la nuestra...

Los «tietes» cósmicos

Viajemos de nuevo hasta España. Unos meses después de que tuviera lugar el suceso de Flatwoods, en nuestro país se producía un nuevo —y no menos sorprendente— encuentro con humanoides.

Todo comenzó con una serie de artículos que el periódico conquense *Ofensiva* —actual *Diario de Cuenca*— publicó a lo largo del mes de julio de 1953. Aquellas crónicas causaron la admiración, la sorpresa y la incredulidad en la provincia. Según dichas noticias, un joven pastor de catorce años, vecino del pequeño pueblo de Villares del Saz, había protagonizado a comienzos de aquel mes de julio un suceso absolutamente increíble mientras cuidaba de su ganado en pleno campo. Máximo Muñoz Hernáiz (así se llamaba el testigo) había salido de su casa con la intención de llevar algunas vacas a pastar. Pero veamos el relato que el propio muchacho realizó al incrédulo y sorprendido periodista de *Ofensiva*⁷:

- Pequeño, ¿a qué hora saliste de casa el día del suceso?
- Un poquillo más tarde que otros días.
- ¿Hora?
- Las diez o por ahí...
- Ibas al cuidado de las vacas, ¿no?
- Sí, señor.
- ¿Habías dormido mucho la noche anterior?
- Como siempre.
- ¿Tenías sueño cuando te marchaste?
- No.
- Eso que has visto no existe. ¿Cómo puedes, pues, explicarlo?

⁷ RIBERA, ANTONIO, «El aterrizaje de Villares del Saz», artículo para el libro *Los humanoides*, publicado por la editorial Pomaire en 1967, y BALLESTER OLMOS, VICENTE JUAN, *El fenómeno aterrizaje*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1978.

—Sí que lo vi. Yo vi a los tietes.

—¿A qué hora viste el aparato?

—A la una.

—¿Qué hacías en ese momento?

—Estaba sentado y mirando a las vacas, para que no se metieran en el verde.

—¿Oíste algún ruido con anterioridad?

—Sí, pero pequeño. Por eso no me volví.

—¿Estabas de espalda?

—Sí, señor.

—¿Qué oíste?

—Nada. Creí que era un «globo grande» de esos que tiran en la feria. Luego me di cuenta de que no: relucía mucho...

—¿Brillaba constantemente?

—Cuando estaba parado menos que cuando se fue.

—¿Color del «globo grande»?

—Parecido al de las columnas de la luz⁸.

—¿Gris?

—Amarillo.

En casa del chico hay unos cuantos cuadros adornando las paredes. Invitamos a Máximo a señalar con el dedo el color más aproximado. Deducimos que era un gris claro y brillante, semejante al acero cuando es herido por el sol.

—¿Qué tamaño tenía?

[Señala con la mano una altura de 1,30 metros.]

—¿Forma?

—Igual que una tinajeta así de ancha. [31 centímetros de radio.]

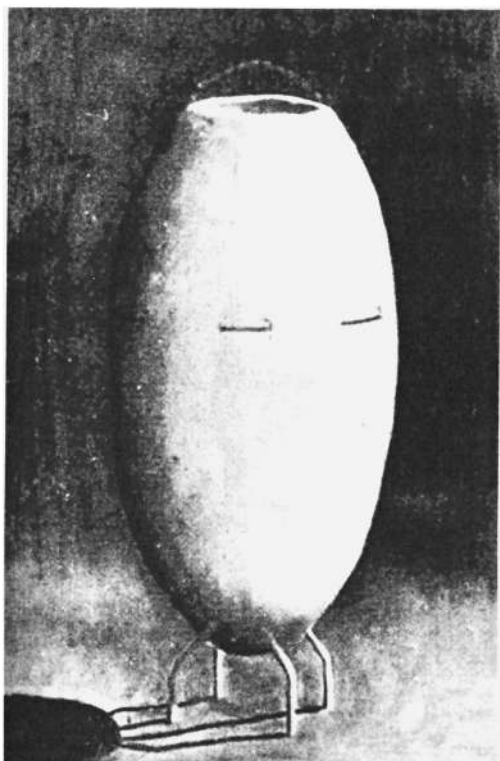
—¿Estuvo mucho tiempo parado?

—Muy poco. Como creí que era un globo, fui a cogerlo. No me dio tiempo a moverme. Se abrió una puerta y empezaron a salir tietes.

—¿Cómo eran los tietes?

⁸ El testigo se refería a torres de alta tensión.

Objeto observado por el pastor de Villares del Saz (Cuenca) en 1953. El testigo describió el ovni como una tinaja sostenida por unas patas, con una abertura en su parte superior.



—Muy pequeñetes. Así... [Unos 65 centímetros.]

—¿Tenían la cara como nosotros?

—Eran amarillos y los ojos estrechos.

[El pintor Luis Roibal, que acompaña al redactor de *Ofensiva*, dibuja unos cuantos hombrecillos según las indicaciones del pastor.]

—Así como este —dice—, pero más chaparrete.

[Los rasgos de la cara son completamente orientales.]

—¿Cuántos hombrecillos bajaron del «globo»?

—Tres.

—¿Por dónde?

—Por una puertecilla que eso tenía encima.

- ¿Cómo bajaban?
—Dando un saltete.
—¿Qué hicieron después?
—Vinieron donde yo estaba.
—¿Hablaron?
—Sí, señor; pero yo no los entendí.
—¿Cómo se colocaron?
—Uno a un lado, otro al otro y el que me habló, enfrente.
—¿Te hicieron alguna cosa?
—Al hablar, como no los entendí, el que estaba enfrente me dio una palmadita en la cara.
—¿Después?
—Nada. Se marcharon.
—¿Cómo subían al aparato?
—Se agarraban a una cosa que llevaba el globo, daban un saltete y, ¡hala!, adentro.
—¿Recuerdas cómo vestían?
—Igual que los músicos en la fiesta. Con un traje muy majo, azul.
—¿Llevaban gorra?
—Sí, señor; era chata y con una visereja por delante.
—¿Más?
—En el brazo llevaban una chapa.
—¿Recuerdas su dibujo?
—No me fijé.
—Cuando el aparato se puso en marcha, ¿qué velocidad llevaba?
—Relucía mucho; hizo el mismo ruidillo que cuando lo vi antes y se marchó muy deprisa, igual que un cohete...
—¿Con estela de humo?
—No.
—¿Lo estuviste viendo mucho tiempo en el aire?
—Poco; me asusté y me fui corriendo con las vacas a casa.
—¿Usted lo creyó? —preguntamos ahora al padre.
—No, pero como se puso tan cabezón, estaba tan asustado y medio temblando, pues, la verdad...
—¿Qué hizo?

—Me fui al sitio en compañía del comandante del Puesto de la Guardia Civil.

—¿Y qué comprobaron?

—Pisadas y cuatro agujeros de unos cinco centímetros de profundidad por dos y medio de ancho, que formaban un cuadrado perfecto de unos treinta y seis centímetros de lado. También el señor Muñoz Ruipérez es testigo de las huellas.

El guardia civil del puesto de Honrubia, próximo a Villares, Crescencio Atienza Martínez, dice: «Cuando sucedió lo de Villares del Saz observamos cómo un objeto de color gris blanquecino pasaba en el espacio, desapareciendo poco después... El objeto tenía forma parecida a una pelota, sin estela, y tomó, cuando desapareció, la dirección de Levante. Había venido, más o menos, de la parte de Villares del Saz».

Hasta aquí el relato recogido por los redactores del diario *Ofensiva*. Pero aquello no fue todo. La Guardia Civil y el padre del muchacho no fueron los únicos en contemplar las huellas dejadas por los «tietes» y su extraño artefacto en forma de tinaja. Según el investigador Juan José Benítez⁹, en las cercanías del lugar de los hechos se encontraba un campamento del antiguo Frente de Juventudes. Los muchachos que estaban allí, junto con sus monitores, decidieron hacer una «excursión» hasta el lugar, y una vez allí tuvieron la inteligente iniciativa de realizar unos moldes de las huellas mediante escayola.

A diferencia de lo que sucede con el caso de Flatwoods, no existe un solo detalle que nos haga dudar del relato del muchacho de Villares del Saz (si exceptuamos, claro está, lo sorprendente del extraño suceso). Si tenemos en cuenta que el joven era analfabeto, resulta difícil imaginar que pudiera haber alimentado su imaginación con historias de marcianos. En primer lugar, porque apenas sabía leer y, en segundo lugar y lo

⁹ BENÍTEZ, Juan José. *Materia reservada*, Ed. Planeta, Barcelona, 1993, p. 32.

más importante, porque los relatos sobre encuentros con «seres del espacio» aún no habían llegado a la prensa española de la época. Tendría que llegar la oleada francesa de 1954 —que veremos en el siguiente capítulo— para que este tipo de sucesos tuvieran cierta difusión y popularidad.

En cuanto a la honradez y seriedad del testigo y su familia, esta quedó fuera de toda duda. El propio investigador Vicente Juan Ballester Olmos declaró en su libro *El fenómeno aterrizaje*¹⁰ que

... el comportamiento de los padres del testigo, a quienes entrevistamos, fue tan auténtica que nos vimos obligados a descartar la posibilidad de fraude. En caso contrario, estos dos labradores, de ínfima cultura, después de tantos años, habrían dado muestras de una excepcional capacidad natural para la teatralidad, que rebasa nuestras suposiciones.

Sopesando todos los datos anteriores, ¿qué opción nos queda? Simple y llanamente: el joven Máximo presencié algo que, según la ciencia actual, no existe¹¹.

¹⁰ *Op. cit.*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1978.

¹¹ Las fotografías y documentos sobre el suceso de Villares del Saz las publicó Iker Jiménez en su obra *Encuentros: la historia de los ovnis en España*, Ed. EDAF, Madrid, 2002.

Capítulo 2



Francia, 1954: «Invasión» humanoide

*«Tener la mente abierta a todo
y no creer en nada.»*

Aimé MICHEL

COMO YA AVANCÉ en el capítulo anterior, 1954 supuso un punto de inflexión en la, por aquel entonces, breve historia de la ufología. Aquel año, varios países —y muy especialmente Francia— vivieron una intensa oleada de observaciones ovni. Solo en suelo francés se produjeron, en el período comprendido entre agosto y finales de octubre, más de setecientos avistamientos. Pocas veces se ha dado un número tan alto de casos en un espacio de tiempo tan corto. Pero lo más importante es que una parte destacada de aquellos incidentes ovni correspondieron a encuentros con humanoides y aterrizajes. Los periódicos galos no dejaban de recoger testimonios día tras día, y los escasos ufólogos de aquella época comenzaron a recopilar todos los sucesos que llegaban a sus oídos. Entre los estudiosos que se interesaron por aquella oleada sobresale, por encima de todos, Aimé Michel.

Michel fue uno de los pioneros en la investigación ufológica y, sin lugar a dudas, fue quien mejor estudió y analizó la oleada francesa de 1954. Aquel año, Michel acababa de publi-

car su primer libro sobre el fenómeno ovni: *Lueurs sur les Soucoupes Volantes*¹ y gracias a sus corresponsales (que surgieron de los lectores de la obra) recopiló una gran cantidad de información sobre los avistamientos y encuentros ocurridos en aquel año. Todos esos datos acabó plasmándolos en su libro *Los misteriosos platillos volantes* (Pomairé, 1963), donde el ufólogo galo analizó exhaustivamente la gran mayoría de los sucesos ocurridos aquel año. En él recogió su teoría de las *ortoténias* y, sobre todo, —y esto fue lo más importante—, rompió una lanza por la verosimilitud de los aterrizajes y encuentros con humanoides. Pese a todo, Michel demostró poseer un sentido crítico y una meticulosidad a la hora de investigar los supuestos avistamientos, cuya validez permanece vigente hoy en día.

Los sucesos ocurridos en 1954 fueron de vital importancia. A partir de aquel año, los testimonios sobre aterrizajes y encuentros con los tripulantes se multiplicaron en todo el mundo. Con la oleada francesa de aquel año, el fenómeno humanoide se instaló para siempre en el apasionante mundo de los no identificados.

Y fue precisamente este hombre, Aimé Michel, uno de los primeros en divulgar y analizar a fondo el caso que ahora nos ocupa: el sorprendente encuentro del obrero Marius Dewilde.

Un ovni sobre las vías del tren

El calendario señala el 10 de septiembre de 1954. A escasa distancia del pequeño pueblo de Quarouble, cerca de Valenciennes, Marius Dewilde, un obrero de la metalurgia de treinta y cuatro años de edad, lee tranquilamente después de cenar. Su mujer y su hijo se habían ido ya a descansar y se encontraban en sus dormitorios. Su modesta casa, ubicada entre los

¹ VV. AA., *Diccionario temático de ufología*, Ed. Fundación Anomalía, Santander, 1997.

bosques, está prácticamente pegada a un paso a nivel del ferrocarril —el número 79— que atraviesa por el lugar. Todo parece en calma, y nada hace presagiar lo que está a punto de suceder.

Son las 22.30 horas y, de pronto, Dewilde escucha los ladridos nerviosos de su perro, *Kiki*. El joven obrero, acostumbrado a la presencia de contrabandistas en la zona², decide coger una linterna y salir para ver lo que ocurre. Cuando apenas había caminado unos pasos desde la puerta de su casa, el testigo detecta, a su izquierda y unos metros delante de él, una masa oscura que parece descansar sobre las vías del tren. En un primer momento, y puesto que no tenía motivos para pensar en nada extraño, Dewilde cree que se trata del carromato de algún campesino dejado ahí por su dueño. Sin embargo, pronto iba a comprobar que estaba muy equivocado. Mientras piensa en que al día siguiente tendrá que avisar a los empleados de la compañía de trenes para evitar un accidente, el obrero oye cómo su perro corre hacia él. En ese preciso instante, se escucha un ruido de pasos que proceden de un sendero próximo, conocido como «camino de los contrabandistas», precisamente por ser muy utilizado por estos para sus actividades. El animal, completamente fuera de sí, comenzó a ladrar insistentemente y Dewilde encendió su linterna apuntando con ella hacia aquellos pasos con la intención de descubrir a sus causantes. Pero lo que vieron los ojos del asombrado testigo no eran contrabandistas. A tan solo cuatro metros de él, dos pequeñas figuras corrían hacia la masa oscura que instantes antes había visto sobre las vías. Cuando el haz de la linterna iluminó la «cabeza» de uno de ellos, Dewilde apreció claramente lo que parecía ser una especie de escafandra de cristal. Nuestro testigo no daba crédito a lo que estaba viendo.

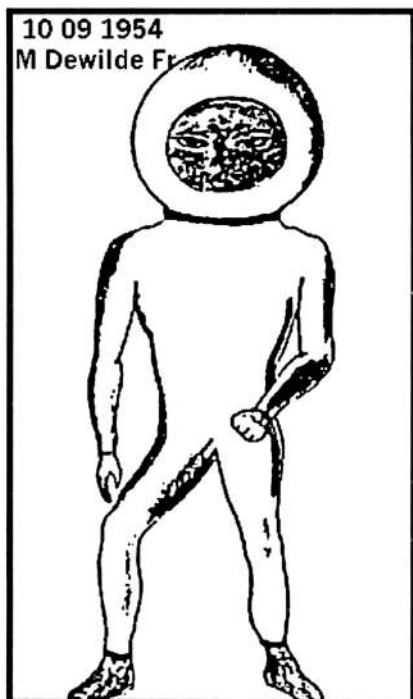
Aquellos seres iban vestidos con una especie de traje ajustado al cuerpo, muy similar a los que utilizan los submarinis-

² Hay que aclarar que el lugar de los hechos se encuentra muy cerca de la frontera con Bélgica, y la zona era un paso habitual para contrabandistas que cruzaban de un país a otro para realizar sus «operaciones».

tas. Su estatura era muy pequeña, y sus hombros —al igual que sus cabezas— parecían desproporcionados en relación con el resto del cuerpo. Sin embargo, lo que Dewilde no pudo distinguir fueron los brazos. Lo único que le separaba de aquellos seres era la verja de la casa y, tras los primeros segundos de estupor, el joven obrero decidió cortarles el paso con la intención, un tanto sorprendente, de capturar a uno de ellos.

Pero no iba a ser tan fácil. Cuando se encontraba a solo dos metros algo le detuvo.

Súbitamente surgió a través de una especie de cuadrado de la masa oscura que yo había divisado anteriormente sobre la vía, una iluminación extremadamente poderosa, como una luz de magnesio que me cegó —explicó Dewilde—. Cerré los ojos y quise gritar, pero no pude hacerlo. Estaba como paralizado. Traté de moverme, pero mis piernas ya no



Dibujo de uno de los seres observados por Marius Dewilde la noche de su primer encuentro.

me obedecían. Entonces escuché a un metro de distancia unos pasos sobre las baldosas de cemento que están colocadas frente a la puerta de mi jardín. Eran los dos seres que se dirigían hacia la vía férrea.

De pronto, la luz que le había dejado ciego momentáneamente se apagó, y en cuanto recuperó la vista y la movilidad Dewilde corrió en dirección al objeto. Pero el ovni se elevaba ya a algunos metros. Mientras se balanceaba lentamente, escuchó una especie de silbido, a la vez que un vapor espeso salía del objeto. Sin darle tiempo a reaccionar, el ovni tomó una coloración rojiza y desapareció en dirección oeste.

La gendarmería investiga

Dewilde tardó unos minutos en serenarse. Cuando se hubo tranquilizado un poco, despertó a su mujer y le contó lo sucedido. Después, sin perder un minuto, se dirigió a la gendarmería del pueblecito de Onnaing, que se encuentra a solo dos kilómetros de su casa. Sin embargo, los agentes que estaban de guardia lo vieron tan nervioso que pensaron que estaba loco o borracho, y le pidieron que volviera a casa. Pero Dewilde no se rindió, y en lugar de regresar a su hogar decidió ir en busca del jefe de policía, el comisario Gouchet. Afortunadamente, el policía comprendió enseguida que algo extraordinario le había ocurrido al joven Dewilde y, a diferencia de sus colegas, escuchó su relato atentamente.

Imagino que el alterado estado del testigo facilitó que Gouchet tomara en serio su declaración. Dewilde no dejaba de temblar a causa del nerviosismo y, por si fuera poco, el terror provocado por la insólita visión había tenido un desagradable «efecto secundario» en sus intestinos. Vamos, que el pobre hombre llegó a hacerse sus necesidades encima. Seguramente, estos detalles acabaron por convencer al comisario de que no se encontraba frente a un bromista.

Tras escuchar al testigo, el gendarme elaboró un informe que resultaría fundamental en el desarrollo del caso. Dicho informe fue el origen de una investigación oficial por parte de tres organismos: la policía, la gendarmería aérea y la DST (Direction de la Surveillance du Territoire, el equivalente francés del FBI). Al día siguiente de los hechos, varios miembros de los distintos organismos se presentaron en casa de Marius para escuchar de sus propios labios el relato que ya había realizado ante Gouchet. Tras los interrogatorios de rigor, las autoridades llegaron a la misma conclusión: Marius Dewilde no mentía. O al menos decía la verdad en cuanto a lo que él creía haber visto.

Dos días después, el 12 de septiembre, los investigadores volvieron al lugar de los hechos, en esta ocasión con la intención de resolver el misterio. Tras observar el lugar descartaron la posibilidad de que lo observado hubiera sido un helicóptero, ya que las numerosas líneas telegráficas hacían imposible un aterrizaje. Después, la policía y los gendarmes comenzaron a examinar el terreno colindante en busca de posibles huellas dejadas por los extraños seres. Pero no hallaron nada. Sin embargo, cuando los investigadores rastrearon minuciosamente el lugar de la vía del tren donde supuestamente se había posado el ovni, se encontraron con algo muy interesante. En cinco puntos distintos, tres de los travesaños de madera que sustentaban las vías presentaban extrañas marcas de unos cuatro centímetros cuadrados cada una.

*Marius Dewilde
explica su
avistamiento
a uno de los
gendarmes
encargados de
la investigación.*



Aunque resultó imposible para los agentes descubrir qué había causado aquellas marcas, lo que sí pudieron determinar es que, fuera lo que fuese, tenía que haber sido algo muy pesado. Los ingenieros de la compañía del ferrocarril determinaron que «la presión revelada por esas huellas corresponde a un peso de treinta toneladas». Pero no fue lo único que se encontró junto a las vías. Los investigadores hallaron también varias piedras que parecían haber sido calcinadas por la acción de una temperatura muy alta. Los gendarmes del ejército del aire, llegados desde París, guardaron en secreto los resultados de los análisis. Ni siquiera la propia policía tuvo acceso a aquellos estudios³. Veamos lo que dijo el jefe de la policía local a este respecto:

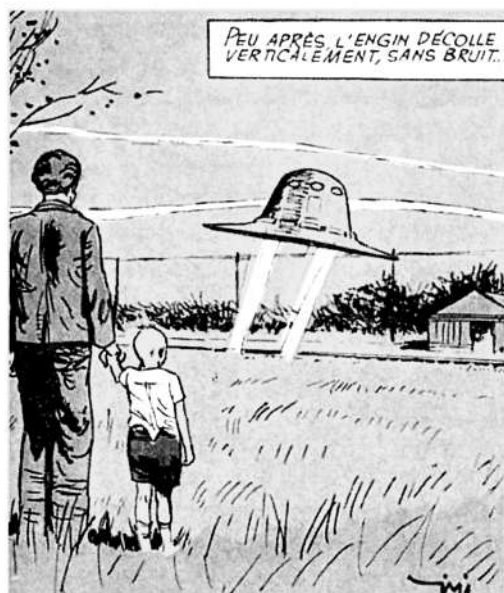
El organismo oficial que colabora con la policía del Ministerio del Aire pertenece al Ministerio de la Defensa Nacional. Este mismo hecho ya excluye cualquier posibilidad de intercambio de información.

Segundo encuentro

Hasta aquí los detalles sobre el primer encuentro vivido por Marius Dewilde. Y digo «primer encuentro» porque, según parece, hubo también un segundo. El segundo suceso tuvo una difusión mucho menor, y seguramente no habría salido a la luz si no hubiera sido gracias a un detalle en particular.

Se daba la curiosa circunstancia de que a pocos kilómetros de Quarouble se encuentra la población de Valenciennes. Dicha localidad era por aquel entonces la sede de una veterana publicación ufológica francesa, la revista *Ouranos*. Y precisamente por la proximidad entre Valenciennes y Quarouble, el antiguo director de *Ouranos*, Marc Thirouin, acabó desarrollando una

³ VALLÉE, Jacques, *Pasaporte a Magonia*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1972, pp. 35-36.



Reconstrucción del segundo encuentro de Marius Dewilde, según los dibujantes Lob & Gigi.

gran amistad con nuestro protagonista. Como relató Antonio Ribera en uno de sus libros⁴, tras la muerte de Thirouin, esta amistad se prolongó en la persona de su sucesor, Pierre Delval. Y fruto de esta buena relación se pudo saber que los extraños sucesos protagonizados por Marius Dewilde no acabaron con el extraño encuentro del 10 de septiembre de 1954. Había ocurrido algo más que nunca reveló a los gendarmes.

Según su testimonio, los ovnis y sus tripulantes regresaron a Quarouble exactamente un mes después de su primera visita. Aquella mañana del 10 de octubre de 1954, sobre las 11.30 horas, nuestro protagonista paseaba en compañía de su hijo por las proximidades de su casa. De pronto, el joven obrero observó un extraño objeto —muy similar al de la primera ocasión— posado sobre la vía del tren y a unos cincuenta metros de donde se encontraban. En esta ocasión, y gracias a la luz del día, Dewilde pudo apreciar muchos más detalles en aquel aparato:

⁴ RIBERA, Antonio, *Encuentros con humanoides*, Ed. Planeta, Barcelona, 1982.

Avanzando con prudencia, comprobé la presencia de una abertura rectangular en la base de la cúpula y una hilera de ventanillas. Varios seres se encontraban alrededor del objeto. Uno de ellos, que parecía ser el jefe, se me acercó y ambos nos encontramos a unos tres metros del aparato.

Lo que sucedió a continuación es aún más extraño que lo acontecido en la noche del 10 de septiembre. Pero dejemos que sea el propio testigo quien nos lo cuente:

El ser tenía una altura de un metro veinte centímetros aproximadamente, y llevaba un casco provisto de una pieza transparente ante la cara. Sus rasgos, regulares, eran de tipo asiático⁵, mongol. La mandíbula era robusta y tenía los pómulos salientes, las cejas y los cabellos negríssimos, los ojos pardos y la tez de un hombre blanco bronceado. El ser acarició a mi hijo, que yo llevaba en mis brazos, me dio unos golpecitos en la espalda, sonriendo, antes de pronunciar unas palabras en una lengua desconocida para mí. Acto seguido se apoderó de una de mis gallinas, que confió a dos de sus compañeros. Acarició de nuevo a mi hijo, me volvió a dar cariñosos golpecitos en la espalda y subió al aparato. Un panel tapó la puerta y el objeto despegó verticalmente, desapareciendo hacia el este.

Una extraña caja negra

Pero las sorpresas no terminaron con el relato de su segundo encuentro. Dewilde confesó otro detalle del que nunca había hablado. Siempre según su testimonio, el día del primer encuentro, después del despegue del ovni, encontró sobre la vía del tren una misteriosa caja negra de aspecto metálico. Se la llevó a su casa con la intención de abrirla, y no dijo nada de su existencia a la policía ni a los gendarmes que más tarde

⁵ Observe el lector la coincidencia con el caso español de Villares del Saz que vimos en el primer capítulo.

realizaron la investigación. Aunque intentó abrirla por todos los medios —recordemos que su oficio era precisamente el de obrero de la metalurgia—, el testigo no consiguió nada y finalmente decidió esconderla bajo un montón de cartón.

Aquí el asunto se complica, y Dewilde asegura que poco después de la investigación de la gendarmería, varios oficiales del servicio de información del ejército del aire lo sometieron a un detallado interrogatorio en un centro del ejército. Al parecer, en este lugar habría sido sometido a diversas pruebas, entre ellas al pentotal sódico o suero de la verdad. De este modo, el testigo habría hablado involuntariamente de la existencia de la caja negra. Poco después los oficiales del ejército requisaban la misteriosa caja, y con ella desaparecía una posible prueba de la existencia del fenómeno de los no identificados.

¿Dudas razonables?

Como no podía ser de otro modo, el caso de Marius Dewilde también despertó los recelos de numerosos investigadores y escépticos galos. Con el paso de los años, su relato fue puesto en entredicho y se barajó como explicación una fabulación por parte del testigo.

Personalmente, he de reconocer que cuando conocí los pormenores del segundo encuentro y la posterior historia de la «caja negra», también tuve mis dudas en cuanto a la veracidad del relato del obrero galo. Las características del incidente me parecieron algo sospechosas. Y el hallazgo y posterior desaparición en manos de los militares de la misteriosa caja recordaba demasiado a numerosos relatos de contactados —algunos bastantes dudosos— que decían haber recibido objetos por parte de los «seres del espacio»⁶. Sin embargo, varios detalles pa-

⁶ Véase, por ejemplo, el famoso caso del español Alberto Sanmartín y «la piedra del espacio». Más información sobre el «Caso Sanmartín», en *Enigmas sin resolver*, Iker Jiménez, Ed. Edaf, 1999.

La casa de Dewilde, situada junto a las vías del ferrocarril.



Marius Dewilde relatando los pormenores de su encuentro ante los investigadores (gendarmería, policía y agentes de la DST).

recen avalar la veracidad del testimonio de Dewilde. Si se trataba de un engaño urdido por el supuesto testigo con fines económicos o de fama personal, ¿por qué mantuvo en silencio esos detalles «extra» durante tantos años? Recordemos que tuvieron que pasar casi veinticinco años para que los miembros de *Ouranos* dieran a conocer estos hechos. Si el móvil fuera ganar dinero o adquirir fama, ¿por qué no relató todos estos detalles en la primera ocasión? Con total seguridad, los medios de comunicación se habrían hecho eco de aquel sorprendente relato, sobre todo si tenemos en cuenta el estado receptivo de la sociedad francesa al tema de los ovnis tras la famosa oleada de 1954. Definitivamente, hay algo que no cuadra...

En mi opinión, la veracidad del encuentro del 10 de septiembre —el primero— está fuera de toda duda. Algo le ocurrió realmente aquella noche a Marius Dewilde. Recordemos



Marius Dewilde junto a Pierre Delval, del grupo ufológico Ouranos, en una fotografía tomada años después de protagonizar su experiencia.



El testigo dibujando los seres y el artefacto que observó junto a su casa durante la oleada francesa de 1954.

el grado de excitación con el que llegó el testigo a la casa del comisario. ¿Y qué decir sobre el «accidente» fisiológico que sufrió nuestro protagonista? Dudo mucho que un fabulador llegase hasta el extremo de hacerse «aguas mayores» encima para dar mayor verosimilitud a su relato. Además, tanto el comisario de policía como el resto de investigadores oficiales dieron crédito al relato del testigo. Por otro lado, están las huellas sobre la vía del tren: treinta toneladas de presión que causaron las marcas en los travesaños de la vía del ferrocarril tuvieron que ser realizadas por algo muy sólido y real. Algo que, por otra parte, nunca pudo ser identificado. Aquel encuentro resultaba demasiado sólido. Por si fuera poco, queda un detalle más que apoya definitivamente el relato de Marius Dewilde: él no fue el único que aquella noche tuvo la oportunidad de toparse con un artefacto volador no identificado y uno de sus tripulantes...

El encuentro del señor Mazaud

Dewilde no podía saberlo, pero aquel mismo 10 de septiembre de 1954 otra persona había sufrido —antes que él— una sorpresa que no olvidaría durante el resto de su vida. Aquella misma tarde, sobre las 20.50 horas, un granjero francés llamado Antoine Mazaud regresaba a su casa como tantos otros días. Pero aquella no había sido una jornada cualquiera. Al entrar en su hogar, la mujer de Mazaud se percató de que algo extraño le ocurría a su marido. Las manos le temblaban y su rostro estaba pálido, desencajado.

La mujer, preocupada, le preguntó si se encontraba mal. Mazaud respondió negativamente, aunque aclaró: «Pero tuve un encuentro extraño, realmente inexplicable». Deseoso de desahogarse con alguien, decidió contárselo a su esposa, no sin antes hacerle prometer que no se lo contaría a nadie.

Como cada tarde, Mazaud había estado trabajando en un campo de heno de su propiedad, en la meseta de Millevaches,

en el centro de Francia. Más o menos cuando el reloj marcaba las 20.30 horas el granjero decidió regresar a casa. Provisto con una horquilla, su herramienta de trabajo, Mazaud encaminó sus pasos por el sendero que conducía a su caserío en Mourieras. Cuando se encontraba en un pequeño bosquecillo, el testigo se detuvo para liarse un cigarrillo. Al reanudar la marcha, se percató de que allí había alguien más. A escasos metros delante de él, vio a una «persona» de aspecto muy extraño. En aquella pequeña región del centro del país todo el mundo se conocía, de modo que cuando Mazaud vio a aquel individuo tocado con un extraño casco mostró cierto recelo. Veamos el testimonio del propio granjero, según lo recogió Aimé Michel en su libro *Los misteriosos platillos volantes*:

 Mi primer impulso fue empuñar mi horquilla —aseguró—. Estaba muerto de miedo. El «otro» estaba también inmóvil. De pronto, y muy suavemente, avanzó hacia mí haciendo con su brazo una especie de gesto sobre su cabeza. Creí comprender que quería tranquilizarme, saludarme tal vez o expresarme su amistad. Su otro brazo se tendía hacia mí, pero no tuve impresión de una amenaza: al contrario.

 No sabía qué hacer. Después de un momento de enloquecimiento, en el cual me preguntaba con quién o con qué tenía que habérmelas, pensé que se trataba de un loco que se había disfrazado. Como siguió avanzando lentamente hacia mí, haciendo gestos extraños, deduje que no tenían intención de atacarme.

 Estaba frente a mí. Entonces, sujetando siempre mi horquilla con mi mano derecha, le tendí la izquierda vacilando un poco. La cogió vivamente, la estrechó con fuerza; luego, bruscamente, me apretó contra él atrayendo mi cabeza contra su casco.

 Estaba estupefacto. Todo esto se había desarrollado en el más absoluto silencio. Volviendo de mi estupor, me envaíentone, y le dije: «Buenas noches». No contestó nada. Pasó frente a mí y se alejó algunos metros, en la sombra espesa del bosque. Me pareció, entonces, que se arrodillaba; algunos segundos más tarde oí un leve silbido, como un

zumbido de abejas, y vi elevarse entre las ramas, hacia el cielo, casi en forma vertical, una especie de aparato sombrío, que me pareció tenía la forma de un cigarro, hinchado de un lado, y con un largo de tres a cuatro metros. Pasó bajo los cables de alta tensión y desapareció en el cielo, hacia el oeste, en dirección a Limoges.

Ese fue el sorprendente relato que el señor Mazaud hizo a su esposa. A pesar de la advertencia de su marido de que no contase nada, la pobre mujer debió pensar que aquel suceso tan excepcional no merecía quedar en secreto, y acabó confesándole lo ocurrido a una vecina. Esta, por su parte, hizo lo propio con un vendedor ambulante, y la historia llegó finalmente a oídos de la gendarmería, con lo que se inició la investigación correspondiente. El proverbial «desliz» de la señora Mazaud nos ha permitido conocer un encuentro que, de otro modo, seguramente habría permanecido inédito, como sucede a menudo con muchos otros. Pero en este caso, la importancia del relato es mucho mayor, ya que coincide en la fecha —y casi en la hora— con el de nuestro «amigo» Dewilde. Tanto Mazaud como el obrero metalúrgico desconocían lo que le había ocurrido al otro. Es más, Dewilde no pudo haber conocido el relato de Mazaud a través de la prensa, ya que este no apareció publicado hasta el día 14, y viceversa. Cuando el caso de Dewilde saltó a los periódicos, la gendarmería ya estaba investigando el caso del granjero de Mouriéras.

Pero aún hay más... Mientras las autoridades investigaban el caso del señor Mazaud, encontraron numerosos testigos que, desde Limoges —el objeto visto por el granjero tomó esa dirección al despegar—, vieron pasar un extraño objeto en forma de disco y de color rojo.

Lo mismo sucede en el caso de Dewilde. Al día siguiente de su encuentro, los gendarmes entrevistaron a cinco personas que aseguraban haber visto desde Onnaing —a dos kilómetros de la casa del obrero— una luz roja que se desplazaba en el cielo y que parecía provenir de Quarouble, precisamente a la

misma hora en la que se había producido el «despegue» del artefacto posado en las vías.

Para eliminar por completo las dudas que pudieran existir, dos casos más, ocurridos unos días después, concretamente el 3 de octubre, dan mayor verosimilitud a los testimonios de los señores Dewilde y Mazaud. Durante el amanecer de aquel día, un hombre de cincuenta y cinco años que se dirigía a su trabajo observó un objeto circular de unos tres metros de diámetro muy cerca de la población de Bessuire, en Francia. A poca distancia del objeto, el testigo pudo ver a un pequeño ser provisto de una escafandra. También aquella misma jornada, tres ciclistas que se encontraban en la localidad de Vron se toparon a escasa distancia con un extraño artefacto en forma de panal. Y de nuevo, a su lado se encontraba, desafiante, un misterioso individuo provisto de escafandra. Todo terminó cuando el ovni despegó ante los asombrados ojos de los testigos. Dos casos de aterrizaje, ocurridos escasos días después del encuentro de

*Portada del libro
Les apparitions de
Martiens, de Michel
Carrouges,
en la que aparece
recogido el
aterrizaje
del ovni observado
por Dewilde.*



Quarouble y cuyos tripulantes lucían sendas escafandras, como la vista por el joven obrero del metal. ¿Casualidad?

Sinceramente, y como dije antes, el relato del primer encuentro vivido por Dewilde me parece fuera de toda sospecha. Más dudoso resulta el relato del segundo encuentro y la historia de la caja negra. Y, aunque no puedo demostrarlo, es posible que el contacto y la amistad del testigo con los miembros de la revista *Ouranos* hubiera propiciado que la imaginación de Dewilde se disparase. Pero a la vista de las evidencias, lo que resulta innegable es que aquel 10 de septiembre de 1954 ocurrió algo fantástico y realmente inusual que cambió la vida de Marius Dewilde para siempre.

¡Qué oleada la de aquel año!

Como decía al comienzo de este capítulo, durante la oleada de observaciones que «asoló» Francia en 1954 se produjeron numerosos aterrizajes y encuentros con humanoides. Concretamente, el número de casos con presencia humanoide fue de 31.

A continuación, y para que el lector pueda hacerse una idea de la variedad y cantidad de sucesos similares que tuvieron lugar aquellos lejanos días, reproduzco algunos de los casos de encuentros con humanoides más destacados, recopilados y divulgados por el investigador Jacques Vallée en su ya célebre catálogo *Magonia*:

El 23 de agosto, muy cerca de la localidad de Thonon, Elise Blanc pudo observar un extraño objeto, similar a un tráiler. Junto al artefacto se encontraban dos pequeños seres vestidos con trajes plateados. Según declaró la testigo, aquellos hombrecitos emitían un sonido similar a gruñidos de animal. Poco después la señora Blanc observó cómo el ovni despegaba, perdiéndolo de vista.

Un mes después, el 24 de septiembre, se producía un nuevo encuentro, esta vez en la localidad de Becar. Aquel día dos mujeres informaron por separado haber visto un disco de color gris oscuro, de unos seis metros de diámetro y un metro de altura, que pudieron ver en el claro de un bosque. Junto al objeto, de pie, descansaba un «hombre» de estatura normal. Vestía ropas oscuras y una especie de capa. Una de las testigos se aproximó a menos de treinta metros del ovni y, según su testimonio, el humanoide parecía estar reparando algo en la «nave». La investigación posterior desveló que el objeto había dejado huellas sobre el terreno.

El siguiente suceso tuvo lugar dos días después, en Chaubeuil. La señora Lebouf se encontraba caminando a las dos y media del mediodía cuando, de súbito, se vio frente a una criatura que, según su testimonio, parecía «un niño cubierto por una bolsa de plástico, con unos ojos más grandes que los de los humanos». La criatura se introdujo en un artefacto ovalado, que despegó mientras emitía un suave silbido. Al igual que en el caso anterior, pudieron encontrarse huellas en el lugar. La impresión que sufrió la señora Lebouf fue tan grande que la encontraron en estado de *shock*.

Los casos se suceden sin pausa, en ocasiones a razón de uno diario o incluso más: el 27 de septiembre, en Premanon, cuatro niños que se encontraban tranquilamente en su casa se alarmaron cuando el perro comenzó a ladrar de forma insistente. En el exterior se encontraron con un gran objeto posado en el suelo y junto a él, a un pequeño y extraño ser. Ante aquella absurda escena, los niños creyeron que estaban ante un fantasma y uno de ellos, Raymond Romand, de doce años, comenzó a lanzarle piedras.

Otro suceso, de nuevo con múltiples testigos, se producía en la tarde del 30 de septiembre en Marcilly-sur-Vienne. Ocho obreros de la construcción vieron cómo un objeto en forma de disco aterrizaba muy cerca de donde ellos se encontraban. Y de nuevo, como si siguieran una especie de pauta establecida, junto al ovni apareció una figura humanoide. Instantes después

la «nave» y su tripulante desaparecían ante los ojos de los testigos. Algunos de ellos sufrieron algunos trastornos fisiológicos tras el encuentro.

1 de octubre, Jussey. Son las siete de la tarde y dos jóvenes de la localidad observan extrañados las evoluciones de un disco luminoso de color blanco en el cielo. Minutos después el objeto aterriza, y de su interior surgen dos seres de gran altura ataviados con trajes blancos. Los humanoides hicieron gestos a los testigos, pero estos sintieron tal miedo que escaparon corriendo del lugar.

Tan solo una hora después, dos empresarios que circulaban en coche en dirección a Royan vieron un pequeño hombrecito que cruzó la carretera frente a ellos. Los señores Estier y Philippeau decidieron parar, pero el humanoide se escondió en un bosque cercano.



Primera página del diario francés Radar, en el que se recogen gráficamente los detalles del «caso Dewilde».

Al día siguiente, en Croix d'Epine, y prácticamente a la misma hora del caso anterior, el joven Ernest Delattre, un mecánico de diecinueve años que circulaba con su moto, observó un objeto en forma de huevo. El ovni estaba muy iluminado, y acabó aterrizando a unos quince metros de la carretera. Delattre aseguró a la prensa que del objeto salieron dos formas oscuras, que se movieron en torno al artefacto. Después pudo ver cómo el objeto despegaba, a la vez que cambiaba del color naranja al azul. Dos vecinos de pueblos cercanos aseguraron por separado haber visto el mismo objeto.

9 de octubre. Cuatro niños, vecinos de Pournay-la-Chetive, se encuentran jugando con sus monopatines mientras cae la noche. De pronto observan un objeto luminoso cerca del cementerio y, llevados por la curiosidad y la temeridad propias de su edad, deciden acercarse para ver de qué se trata. Cuando se encuentran a menos distancia comprueban que se trata de un objeto redondo, de unos dos metros y medio de diámetro, sostenido sobre tres patas. Mientras observaban con detenimiento el objeto, de su interior surgió un «enano» vestido de negro que portaba una luz cegadora. El ser les dijo algo que no consiguieron entender y, aterrados, los chiquillos salieron corriendo, despavoridos. Durante su alocada carrera se volvieron varias veces atrás, y pudieron contemplar cómo el pequeño artefacto despegaba y se perdía en el firmamento.

También ese 9 de octubre, a las 20.30 horas, se produjo otro espectacular e increíble encuentro. El señor J. P. Mitto y otras dos personas se desplazaban en coche por la carretera N-631, a la altura de La Caiffe, cuando vieron dos pequeñas figuras, con una altura similar a la de unos niños de once años, cruzando a saltos la carretera unos cinco metros por delante del parabrisas del coche. Pararon inmediatamente, y pudieron ver un objeto enorme en forma de disco que despegaba del suelo. Tenía unos seis metros de diámetro, era de color naranja y literalmente fue «absorbido» hacia el cielo. Más tarde, en el lugar donde estaba aterrizado el extraño objeto se encontraron manchas similares a las producidas por el aceite.

El 11 de octubre, a las cuatro y media de la madrugada, y muy cerca de la población de La Carie, los señores Gallois y Vignerón, que se dirigían en coche desde Clamecy a Corbigny, sintieron una descarga eléctrica cuando los faros del coche se apagaron. En ese instante vieron una «nave» posada en el campo, a unos cincuenta metros de donde ellos se encontraban. El objeto tenía forma cilíndrica, y junto a él se encontraban tres «enanos». No vieron luces, a excepción de un pequeño punto rojizo. Ambos testigos quedaron paralizados hasta que la nave se marchó. Un tercer testigo, el señor Chauveau, había visto un objeto luminoso sobre los bosques en La Carie.

Aquel mismo día, sobre las siete y media de la tarde, tres hombres conducían su coche cerca de la localidad de Taupignac cuando, de pronto, observaron una esfera de color rojo intenso en el cielo. Decidieron salir del vehículo para observar el curioso fenómeno con más detenimiento, y fue entonces cuando descubrieron una máquina redonda con una cúpula, de unos seis metros de diámetro, con una luz rojo-amarillenta, a unos doscientos metros de distancia y diez de altura. Estaba absolutamente estático y no emitía ningún ruido. De pronto se movió horizontalmente una distancia muy pequeña y aterrizó detrás de un bosque cercano. Dos de los testigos, armándose de valor, decidieron acercarse más para poder contemplar el extraño suceso, y fue en ese momento cuando observaron a cuatro seres enanos —de un metro de altura aproximadamente—, que parecían estar ocupados manipulando algún mecanismo del artefacto volador. Cuando los testigos se encontraban a menos de quince metros de distancia, los seres se percataron de su presencia y corrieron al interior de la nave. Entonces los testigos quedaron cegados con un repentino foco de luz que fue alternando varios colores, pasando del azul al naranja y después al rojo. El «espectáculo» terminó cuando el ovni despegó a gran velocidad.

Finalmente, el 14 de octubre, un minero de nombre Starowski aseguró haber vivido un encuentro extraordinario cerca

de Erchin, en el norte de Francia. Frente a él se topó con un pequeño ser, de aspecto regordete, grandes ojos oblicuos y el cuerpo cubierto de pelo⁷. Lo curioso es que el testigo no habló en ningún momento de objeto alguno. Tan solo describió su encuentro con la extraña y espeluznante criatura.

Podría seguir enumerando casos, pero los sucesos recogidos más arriba resultan suficientes para evidenciar que algo extraño, muy extraño, ocurrió en aquel lejano 1954. Resulta bastante curioso que dichos incidentes guardaban varias características muy similares entre sí. A saber: observación por parte de los testigos de un artefacto extraño —generalmente de aspecto discoidal— aterrizado; presencia de seres —en su mayoría de una estatura reducida, en torno al metro o metro veinte centímetros— que permanecen junto al aparato o realizando tareas en torno a él, y parálisis total o parcial de los testigos, hasta que el objeto y los seres observados se marchan.

La pregunta que surge después de analizar los numerosos incidentes de la oleada francesa es la siguiente: ¿ocurrieron realmente todos estos sucesos absurdos y sorprendentes o se trató de una psicosis social que se extendió como la pólvora por todo el territorio francés? Lo cierto es que es más que probable que alguno de los sucesos relatados por los testigos a la prensa y las autoridades pudo tener su origen en un fenómeno sociológico de «contagio». Pero ¿cómo explicar la coincidencia de fechas y detalles en testigos independientes, en ocasiones separados por decenas o centenares de kilómetros? Ahí están, por ejemplo, los casos de Dewilde y Mazaud.

Sea como fuere, quizá lo más importante sea que aquel año el fenómeno ovni vio cómo tomaban forma muchas de las características que luego seguirían apareciendo a lo largo y ancho del globo.

⁷ Ojo al dato, amigo lector. Por muy extraño que pueda parecer, numerosos testigos coinciden en describir seres cubiertos de vello al relatar sus encuentros con humanoides. De nuevo, una constante en numerosos incidentes.

Capítulo 3

Policías, testigos de lo imposible

«Ningún científico debería descartar datos solo porque no le gustan.»

Doctor Joseph ALLEN HYNEK,
«padre» de la ufología científica

EN NUMEROSAS OCASIONES, los negadores del fenómeno ovni utilizan el absurdo argumento de que los protagonistas de los encuentros y avistamientos suelen ser personas de poca formación o de escasa cultura. Dejando de un lado el hecho de que, en mi opinión, el testimonio de un campesino puede resultar tan válido o más que el de un doctor en física o un abogado —no hay quien conozca mejor que una persona de campo el firmamento y los fenómenos atmosféricos—, lo cierto es que su «argumento» resulta absolutamente falso.

Y para dar una muestra, y dejar contentos a los malintencionados de turno, en este capítulo vamos a conocer a fondo varios sucesos que fueron protagonizados por miembros de las fuerzas de seguridad de distintos países. Personas a quienes suele concederse todo crédito y cuya honestidad está fuera de duda. Uno de los casos, además, cuenta con un detalle de interés añadido: es uno de los pocos casos de aterrizaje que fue catalogado como «inexplicado» por el *Proyecto Libro Azul* de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Aterrizaje en Socorro

Aquel 24 de abril de 1964 parecía un día más. Pura rutina. Patrullar por las calles de la localidad y las afueras durante horas y poner alguna multa de tráfico. Al menos eso es lo que pensó Lonnie Zamora, oficial de policía en la localidad de Socorro (población situada a una hora en coche al sur de Albuquerque, Nuevo México) y nuestro próximo protagonista.

Eran las 17.45 horas y Zamora circulaba con el coche patrulla número 2. De pronto, a poca distancia de él, vio a un coche que circulaba a mayor velocidad de la permitida y, como muchas otras veces, inició la persecución del vehículo, un Chevrolet de color negro. Cuando se encontraba ya a las afueras de la ciudad, intentando dar alcance al infractor, el agente escuchó un fuerte estruendo y, de forma instintiva, levantó la vista al cielo, de donde parecía proceder aquel sonido. En ese momento pudo ver una llama de color azul que estaba más o menos a un kilómetro de distancia.

Precisamente en aquella zona existían algunos depósitos de dinamita y, creyendo que el estruendo podía deberse a la explosión de alguno de ellos, decidió abandonar la persecución del Chevrolet negro y acercarse hasta allí para comprobar qué es lo que había ocurrido.

Mientras se dirigía hasta el lugar, aún podía ver la llama, de color azul y naranja, que parecía descender hasta el suelo. El fuerte estruendo fue haciéndose cada vez más débil, hasta que unos segundos después se apagó. Tras subir con el coche hasta lo alto de la colina, el policía intentó localizar el depósito de dinamita, ya que no recordaba exactamente cuál era su ubicación. En ese instante, y en dirección sur, Zamora observó un objeto brillante a unos doscientos metros de distancia. En un primer momento, el testigo pensó que se trataba de un automóvil accidentado que había volcado y decidió dirigirse hacia él. Junto a aquel artefacto había dos «personas», vestidas con trajes blancos y de estatura pequeña, como la de unos



El agente Zamora observa una de las huellas dejadas por el supuesto ovni en compañía de varios investigadores.

niños. Una de ellas se dio la vuelta y miró hacia el coche de policía.

Zamora, que en aquel momento aún no se había dado cuenta de que estaba ante algo fuera de lo común, aceleró su coche con la intención de auxiliar a los supuestos accidentados. Avisó por radio a la central de policía de que se disponía a ayudar en un accidente de circulación. Unos metros más adelante, y mientras terminaba la conversación por radio, Zamora detuvo su coche patrulla. Cuando acababa de bajar del vehículo, escuchó de nuevo aquel estruendo que había oído al principio del avistamiento. Entonces lo vio. Aquel «coche accidentado» se estaba elevando en el cielo, en vertical y muy lentamente, mientras emitía una llamarada por su parte inferior. En este momento el agente pudo distinguir con mayor claridad el aspecto del objeto. Parecía de aluminio y tenía forma ovalada. Carecía de ventanas o puertas, pero en el centro del objeto se veía una especie de inscripción de color rojo sobre el fuselaje, a modo de insignia.

Notablemente asustado, comenzó a correr, pensando que aquel extraño objeto volador podía estallar en cualquier momento. En su alocada carrera, Zamora se volvía hacia atrás continuamente para ver dónde se encontraba el ovni, y en una de estas ocasiones observó que el objeto estaba a la altura de su coche patrulla, que él había dejado abandonado en su huida. Se lanzó al suelo y se cubrió su rostro con los brazos pero, a los pocos segundos, aquel sonido ensordecedor desapareció por completo. Al levantar la vista, el asustado policía se dio cuenta de que aquel objeto se alejaba de él en dirección sudoeste. Mientras intentaba calmarse, el policía se aproximó hasta su coche y se puso en contacto por radio con la central. Mientras esperaba a que llegasen sus compañeros, tuvo la idea de dibujar la insignia que había visto en la parte exterior del objeto, formada por un semicírculo dibujado sobre una especie de flecha, todo ello en color rojo.

Pocos minutos después llegaba hasta el lugar el sargento Chávez, agente de la policía del Estado. Cuando vio el rostro pálido y desencajado de Zamora, tan solo acertó a decirle: «Parece que hubieras visto al demonio». Lonnie explicó brevemente lo ocurrido a Chávez, aunque éste no pareció dar demasiado crédito a sus palabras. Ambos decidieron bajar andando hasta la zona en la que el asustado testigo había visto despegar el aparato. Aunque ya no quedaba ni rastro del objeto, Chávez sí pudo ver cómo del terreno salía una fuerte humareda. Además, comprobó que la hierba estaba quemada y que un pequeño arbusto que había en el lugar se encontraba aún en llamas. Por si fuera poco, en el terreno se encontraron varias huellas chamuscadas, cuatro marcas en forma de cuña que señalaron para su posterior estudio.

Investigación

Poco después llegaron hasta el lugar de los hechos el policía Ted Jordan, el delegado del sheriff James Luckie y el ins-



El equipo del Proyecto Libro Azul, dirigido por el mayor Héctor Quintanilla (sentado), de las Fuerzas Aéreas norteamericanas. Quintanilla intentó encontrar una respuesta convencional al suceso de Socorro. Sin embargo, tuvo que rendirse: el caso permanece inexplicado.

pector de ganado Robert White, que habían oído por la radio los mensajes entre Zamora y sus compañeros. Tomaron varias fotografías y, a las siete de la tarde, Chávez y Zamora fueron a la oficina de la policía del estado. Allí se encontraba el agente del FBI J. Arthur Byrnes Jr.¹

La investigación oficial había comenzado. Byrnes llamó al oficial al mando de la zona de pruebas de la base militar de White Sands, quien a su vez se puso en contacto con el capitán Richard T. Holder, el militar de más alto rango en la zona de los hechos. Holder no tardó en llegar a Socorro y, en compañía del agente Byrnes, ambos entrevistaron e interrogaron a Lonnie Zamora. Tras visitar el lugar junto a varios policías, Holder se puso en contacto con la policía militar, quien procedió a acordonar la zona aquella misma noche, además de rea-

¹ Al parecer, el agente federal se encontraba allí casualmente resolviendo otros asuntos no relacionados con el incidente de Lonnie Zamora.

El sargento Lonnie Zamora, testigo de excepción de un aterrizaje y encuentro con dos humanoides en las afueras de la localidad de Socorro (Nuevo México).



lizar algunas indagaciones en el lugar. Los hechos habían llegado hasta las más altas instancias y, a última hora de la tarde, Holder recibió una llamada desde la Junta de Jefes del Pentágono que deseaban estar informados en todo momento sobre los detalles de lo ocurrido.

La siguiente institución en entrar en escena fue precisamente la Fuerza Aérea, que llevó a cabo una investigación propia, a través del *Proyecto Libro Azul*, dirigido por el mayor Héctor Quintanilla. Poco después, Quintanilla envió al doctor J. Allen Hynek para que participase en la investigación. Por aquel entonces, los ufólogos civiles ya se habían enterado de los hechos, y Jim y Coral Lorenzen, del APRO (Aerial Phenomena Research Organization), llegaron a Socorro el 26 de abril con la intención de realizar sus propias investigaciones sobre el terreno. Fueron ellos, precisamente, quienes descubrieron que las huellas en forma de cuña supuestamente dejadas por el objeto formaban un cuadrilátero de 240×360 cm.

A la visita de los Lorenzen se sumó la del también investigador civil Ray Stanford², miembro del NICAP (Comité Na-

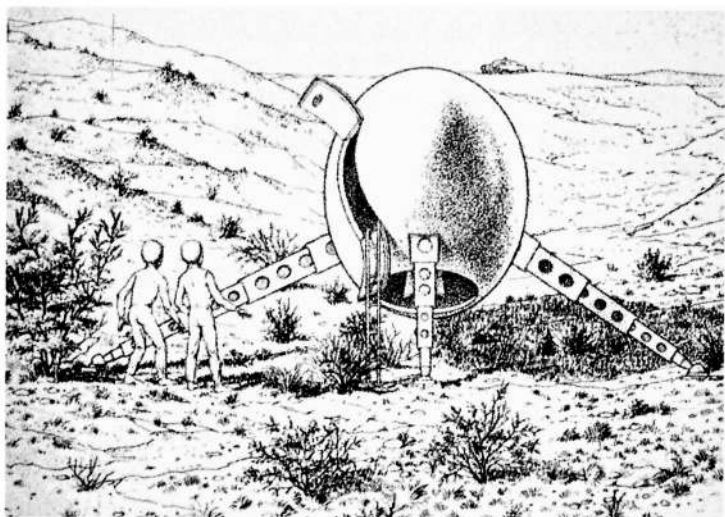
² Stanford fue el único en escribir un libro dedicado exclusivamente al caso de Lonnie Zamora: *Socorro Saucer in a Pentagon Pantry* (Blueapple Books, Austin, Texas, 1976), titulado en España *El escándalo ovni* (Pomaire, 1976). En su libro, Stanford proponía que la Fuerza Aérea había ocultado diversas evidencias sobre el caso del policía de Nuevo México.

cional de Investigaciones sobre Fenómenos Aéreos), grupo ufológico con sede en Washington.

Como comprobará el lector, el revuelo que se formó en torno al suceso protagonizado por el policía Lonnie Zamora fue mayúsculo, y quizá sea uno de los casos de aterrizaje y presencia humanoide que más y mejor se han investigado nunca, incluyendo investigaciones oficiales del ejército y de organismos civiles independientes. De ahí su vital importancia para la historia de la ufología mundial.

Cuando Hynek llegó por fin hasta Nuevo México para colaborar en la investigación que estaba realizando la Fuerza Aérea, apenas pudo hacer algo que no hubieran hecho ya otros con anterioridad. Por este motivo decidió centrarse en la personalidad del testigo, con la intención de descubrir cualquier motivación que pudiera haberle llevado a inventar una historia semejante.

Aunque su intención inicial era la de hallar un punto débil por el que desmontar toda aquella rocambolesca historia, lo



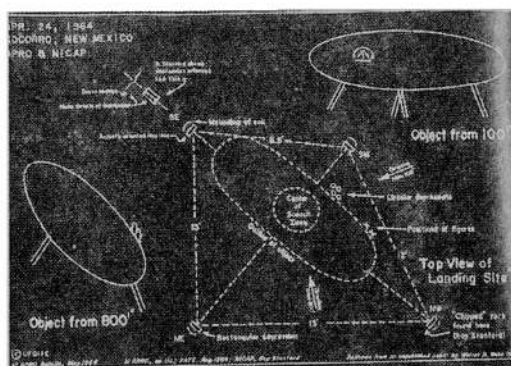
Recreación artística del objeto y los seres observados por Lonnie Zamora. Aquel artefacto no tenía nada que ver con una aeronave convencional.

cierto es que no encontró contradicción ni motivo alguno que le llevaran a pensar en un fraude consciente. Al final de su estudio, Hynek no tuvo otro remedio que admitir: «Aquella tarde, en las afueras de Socorro, tuvo lugar un suceso real, físico...».

Por su parte, Quintanilla había centrado sus esfuerzos en encontrar una explicación alternativa al objeto avistado por Zamora. Para ello se puso en contacto con diversos organismos, como el Centro de Control de Globos de la base aérea de Holloman, ubicada también en Nuevo México. Sin embargo, todos los intentos por identificar el objeto observado por el agente de policía como un globo meteorológico lanzado desde algún punto del estado resultaron infructuosos. Lo mismo sucedió con la comprobación que llevó a cabo en relación a vuelos de helicópteros, aviones privados, pruebas balísticas, etc. Nada podía explicar satisfactoriamente lo que aseguraba haber visto Lonnie Zamora.

Ni siquiera la posibilidad de que lo observado hubiera sido un prototipo de módulo lunar que estuviera en fase de pruebas. Hay que recordar que en el año del suceso, 1964, los Estados Unidos se encontraban inmersos en el desarrollo de su carrera espacial. Y, precisamente, Nuevo México podía ser, con la base militar de White Sands, el lugar apropiado para realizar las pruebas con los posibles prototipos. De modo que Quintanilla decidió comprobar si el encuentro podría haber sido causado

Diseño de las huellas dejadas por el artefacto observado por Zamora en la localidad de Socorro (Nuevo México).





Huellas calcinadas, supuestamente causadas por el aterrizaje de un ovni en la localidad de Socorro. ¿Una prueba material de la realidad física del fenómeno?

por una confusión con un prototipo de módulo lunar y se desplazó hasta la base aérea de Wright Patterson para verificar esta posibilidad. Incluso escribió a todas y a cada una de las empresas que estaban relacionadas con el desarrollo de esa tecnología en cuestión. Pero fue inútil. La respuesta de todas ellas fue unánime: en la fecha del incidente no existía ningún módulo lunar que estuviera operativo.

¿Un simple globo?

Otra hipótesis, quizá la más plausible, la planteó Larry Robinson³, un ingeniero de la Universidad de Indiana (EE. UU.). Al parecer, Robinson había tenido la oportunidad de leer, entre 1965 y 1967, un artículo en una revista en la que se hablaba de unos vuelos con globos de aire caliente que recorrieron varios estados norteamericanos. El reportaje iba acompañado

³ HUYGHE, Patrick. «¿El mejor caso ovni jamás conocido?». *Cuadernos de Ufología*, núm. 27, 3.ª época, 2001.

por un mapa, en el que precisamente estaba señalada la población de Socorro. Casualmente, el texto hacía mención a una anécdota protagonizada por los pilotos de uno de estos globos, que describían un encuentro con

... un agente de la ley que les hizo pensar que iba a dispararles. El globo lo había sacado de sus casillas. Más tarde descubrirían que era porque pensaba estar viendo una nave espacial.

Desgraciadamente, y a pesar de las similitudes, Robinson no ha conseguido localizar de nuevo el artículo y ha sido imposible comprobar si el relato se refería a un suceso ocurrido en Socorro (Nuevo México) en aquellas fechas.

Pero ¿realmente pudo haber sido un globo aerostático? Zamora no mencionó en ningún momento haber visto góndola alguna. Además, debemos recordar que insistió en que la llamada azul que había visto surgió de la parte inferior del objeto y apuntaba hacia el suelo, lo que no concuerda con la hipóte-



Representación artística de una de las fases del encuentro de Socorro.

Lonnie Zamora acompañado por varios oficiales del ejército norteamericano, durante la investigación realizada en el lugar de los hechos.



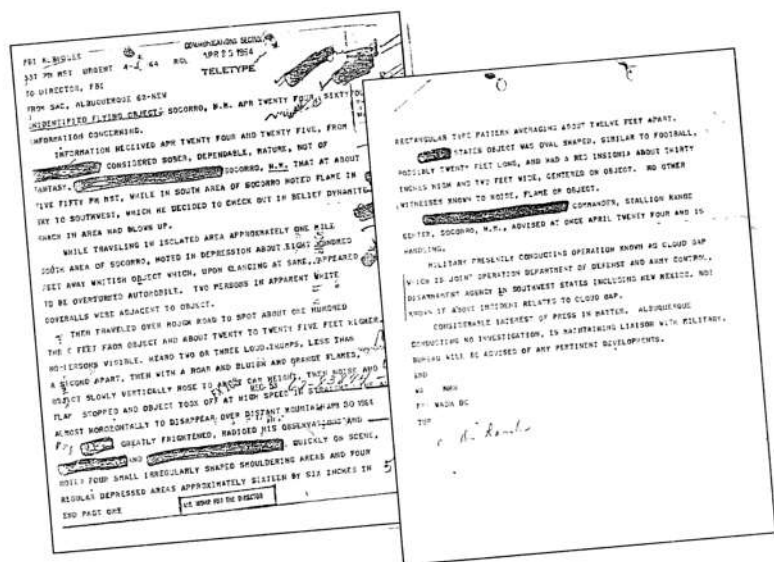
sis del globo. Por otra parte, las huellas dejadas por el artefacto observado por el policía no coinciden para nada con las que dejaría un globo normal y corriente...

Otro detalle importante, que señala muy acertadamente Patrick Huyghe en su completo trabajo sobre el caso, es el hecho de que la Fuerza Aérea no se planteó siquiera esa posibilidad. Si Quintanilla y los investigadores del *Libro Azul* hubiesen pensado que existía la mínima posibilidad de que todo el asunto lo había causado un simple globo, habrían acogido rápidamente dicha hipótesis. No olvidemos que Quintanilla estaba dispuesto a resolver el incidente a toda costa.

Veredicto de la Fuerza Aérea: INEXPLICADO

Para que el lector pueda hacerse una idea de hasta qué punto este suceso resulta importante para la investigación ufológica, no puedo dejar de señalar un detalle muy interesante: el encuentro del agente Lonnie Zamora es el único caso de aterrizaje y presencia humanoide, entre los investigados por el proyecto *Libro Azul*, que permanece con el «veredicto» de inexplicado.

El propio mayor Héctor Quintanilla Jr., que como hemos dicho estaba al cargo del *Proyecto Libro Azul*, tuvo que reco-



Documentos oficiales que recogen el testimonio de Lonnie Zamora.
 La Fuerza Aérea de los Estados Unidos investigó a fondo el caso.
 Conclusión: INEXPLICADO.

nocer que aquél era el mejor caso de todos los investigados por la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. He aquí el fragmento de un trabajo publicado por Quintanilla⁴ en el que da su opinión sobre el suceso:

No hay duda de que Lonnie Zamora vio un objeto que dejó una honda impresión en él. Tampoco puede cuestionarse la credibilidad de Zamora. Es un oficial de policía serio, un pilar de su iglesia, un hombre versado en reconocer vehículos aéreos en su zona. Está desconcertado por lo que vio y, francamente, nosotros también. Este es el caso mejor

⁴ QUINTANILLA JR., Héctor, «The investigation of UFOs», *Studies in Intelligence* (CIA), núm. 10, otoño de 1966, pp. 95-110. La publicación donde apareció dicho artículo era una antigua revista clasificada (secreta) de la mismísima CIA. En enero de 1981 el ejemplar donde aparecía el artículo de Quintanilla fue desclasificado para su distribución libre, siguiendo las directrices del FOIA (Freedom of Information Act).

documentado que conocemos, y todavía no hemos sido capaces de encontrar el vehículo o cualquier otro estímulo que atemorizó a Zamora hasta el punto de llevarle al pánico.

Gary Wilcox también los vio... en Nueva York

Lonnie Zamora no lo sabía, pero aquel mismo día otra persona había sido protagonista en los Estados Unidos de un extraño suceso que aún permanece inexplicado. A cientos de kilómetros de Socorro, en el condado de Tioga (estado de Nueva York), un granjero llamado Gary Wilcox había vivido una experiencia no menos sorprendente.

Pero lo que más nos interesa de este nuevo incidente es que la descripción que dio el testigo de lo observado recuerda sospechosamente a lo relatado por Lonnie Zamora. ¿Acaso vieron ambos lo mismo? Creo que nadie mejor que el propio Wilcox para relatarnos su experiencia. A continuación incluyo la declaración jurada que realizó en presencia del sheriff Taylor y su ayudante, el agente Williams, días después de su increíble encuentro:

Yo, Gary Thelbert Wilcox, declaro que cumpliré veintiocho años el día 7 del presente mes, habiendo nacido el 7 de mayo de 1936 en Endicott (Nueva York). Vivo en la R. D. número 1, valle de Newark (Nueva York) con mi esposa, Judith Linda. Trabajo en mi propia vaquería y me gradué en la escuela elemental del valle de Newark en 1954.

Sobre las diez en punto de la mañana del pasado viernes 24 de abril de 1964, me encontraba esparciendo estiércol con mi tractor en uno de mis campos situado al este de mi casa. Mi casa es la segunda a la izquierda en la carretera de Davis Hollow, un ramal de la carretera de Wilson Creek que atraviesa el valle de Newark. El tiempo era despejado y brillaba el sol. La tierra estaba seca. Miré hacia lo alto de la colina y pude ver un objeto brillante en la cima de la misma. En ese momento pensé que se trataría de un refrigerador

abandonado que yo sabía estaba allí. Pero al mirar de nuevo me di cuenta de que el objeto no debía ser el refrigerador sino alguna otra cosa. Entonces empecé a conducir el tractor y el remolque con el estiércol colina arriba, hacia el objeto. La distancia entre la base de la colina, desde donde percibí por primera vez el objeto, hasta la cúspide serán unos setecientos veinte metros.

Cuando llegué a unos noventa metros, empecé a creer que podría tratarse del depósito desprendido del ala de un avión. No estaba asustado ni nada por el estilo. Detuve el tractor en ese punto y decidí continuar andando. Lo primero que me llamó la atención es que estaba elevado sobre el suelo y que medía algo más que un automóvil. Tenía una forma oblonga, como un huevo. No se veían juntas, remaches ni nada similar. Era totalmente liso y de color aluminio. Lo toqué, y el metal era más duro que el aluminio, no se hundía con mi presión. No pude comprobar si se limitaba a flotar o estaba posado sobre algunas patas. Sus dimensiones serían unos seis metros de largo, ciento veinte centímetros de alto y unos cuatrocientos cincuenta o cuatrocientos ochenta centímetros de ancho. Al tocarlo no pude notar ninguna vibración o sonido, ni tampoco una temperatura superior a lo normal.

Mientras lo tocaba, dos pequeños hombrecillos de un metro y veinte centímetros de estatura salieron de debajo del mismo. No sé cómo llegaron allí. Cada uno de ellos llevaba una bandeja de unos treinta por treinta centímetros. Parecían hechas con el mismo material que la nave. Las bandejas estaban llenas de terrones con vegetación. Me encontraba apenas a treinta centímetros de la nave. De ahora en adelante me referiré al objeto como la nave, aunque al principio lo considerase un depósito. Los dos hombrecillos empezaron a acercarse andando hacia mí desde debajo de la nave. Se detuvieron al llegar a unos noventa centímetros de mí, y entonces pareció que uno de ellos me hablaba diciendo: «No esté asustado, ya hemos hablado antes con otras personas».

Sus voces no sonaban como ninguna voz que pueda describir. Podía entender lo que decían, pero no podría asegurar que hablasen en inglés. Uno de los hombres estaba si-

tuado detrás del otro. Podía ver cómo ambos seres tenían brazos y piernas, como los nuestros. Pero no puedo asegurar lo mismo sobre manos ni pies. Eran bastante corpulentos para ser unos individuos tan bajos. No podía distinguir si tenían hombros o no, parecían bajar recto. No tenían cara, es decir, ojos, orejas, boca o pelo. La voz parecía provenir de su entorno cercano más que de ellos mismos. La voz era clara, pero no puedo asegurar que proviniese de ningún lugar de su cuerpo. Parecían llevar una vestimenta que les cubría completamente desde donde estaría la cabeza hasta el suelo. Cuando alzaban los brazos, podía notarse una arruga a nivel de donde estaría el codo. El color de este traje cubrelotodo era blanco con reflejos de aluminio, y completamente liso. No se veía rastro de pelo. Lo único que pude descubrir eran esas arrugas en los codos al mover los brazos.

Ellos dijeron: «Venimos de lo que tú conoces como el planeta Marte». Y me preguntaron qué estaba haciendo. Les dije que lo que estaba haciendo era esparcir estiércol. Me pidieron que les explicase con más detalle qué era eso. Estaban interesados en saber para qué servía ese estiércol. Cuando les expliqué su utilidad y de dónde procedía, me preguntaron qué otros productos utilizaba en mis cultivos. Yo les hablé de los fertilizantes y la cal. No comentaron nada sobre la cal, pero se mostraron interesados en el fertilizante. Les dije que lo hacían con los huesos de animales muertos. Mientras les explicaba su función, me preguntaron si podría darles un poco. Les contesté que tendría que bajar hasta la granja para cogerlo. Entonces uno de ellos tomó la palabra asegurando que estaban recorriendo este hemisferio. Como ya he dicho, no podía distinguir cuál hablaba. La voz parecía provenir del que se encontraba al frente, más cercano a mí. Les pregunté si podía acompañarles. Me dijeron que solo podían venir aquí cada dos años terrestres.

Su conversación pasaba rápidamente de un asunto al siguiente. Mencionaron que no deberíamos mandar gente al espacio. Dijeron que nos estaban observando y aseguraron que nosotros no podíamos sobrevivir en Marte y que ellos no podían hacerlo aquí, en la Tierra. También me contaron

que ellos extraían su alimento del aire y que habían venido para ver si podían aprender sobre nuestros materiales orgánicos porque sospechaban que la Tierra, Marte y algunos otros planetas podrían estar cambiando. Aseguraron que existían diferencias en el tirón gravitatorio y que estaban teniendo lugar algunos cambios. Me dijeron que no volaban cerca de las ciudades porque los humos o las partículas en el aire afectaban el vuelo de su nave. Trataban de pasar por los lugares con aire puro. Parecían saber mucho sobre los planetas, el aire y todos esos temas, pero parecían desconocer nuestra agricultura. También afirmaron que aquellos de nosotros que habían sido enviados al espacio no sobrevivirían más allá de un año.

Entonces retrocedieron bajo su nave y desaparecieron. Se agacharon un poco para pasar por debajo. La nave parecía estar flotando. Escuché un sonido como el de un motor en punto muerto, no muy fuerte. Y empezó a despegar lentamente como planeando, en dirección al valle y la granja de Sokoloski, desapareciendo en el cielo cuando estaba a unos cincuenta metros. No hubo calor, onda de choque, viento, polvo, ruido (aparte de ese apagado rumor), luz ni ninguna otra cosa durante el despegue de la nave.

Después de que se marchasen, volví con el tractor hasta la casa y llamé a mi madre por teléfono. Le conté todo lo que había pasado. Entonces me fui a ordeñar las vacas y a hacer las demás tareas de la granja. Sobre las 16.30 volví a subir a la colina con una carga de estiércol y aproveché para llevarme un saco de fertilizante. Cuando llegué al lugar donde estuvo la nave, dejé el saco en el suelo y me marché. A la mañana siguiente, volví a subir a la colina y pude comprobar que el saco de fertilizante había desaparecido.

He leído esta declaración y es verdadera. Me doy cuenta de que el incidente descrito en los párrafos anteriores es inusual, pero solo puedo certificar que es un relato verdadero y preciso de lo que efectivamente ocurrió.

(Firmado) Gary T. Wilcox.

(Testigo) George E. Williams.

(Testigo) Paul J. Taylor.

Hasta aquí llega el relato jurado y firmado por Wilcox sobre su supuesta experiencia en el estado de Nueva York, el mismo día del aterrizaje y presencia de humanoides en Socorro (Nuevo México). Cuando apenas había pasado una hora escasa de su encuentro con el ovni y los humanoides, Gary llamó a su madre y le contó lo sucedido, y poco después relataría la historia a otras personas, llegando a oídos de su vecina, la señorita Baldwin, y, finalmente, hasta la oficina del sheriff.

Pero ¿resulta fiable el testimonio? Tiempo después, en 1968, Wilcox fue examinado por el psiquiatra Berthold E. Schwarz, quien le realizó numerosas pruebas, todas ellas con resultados satisfactorios, llegando a la conclusión de que el testigo estaba diciendo la verdad. En dichos exámenes psiquiátricos se descartó cualquier enfermedad mental, como neurosis, experiencias disociativas y amnésicas o alguna tendencia a inventar historias increíbles. Por otro lado, el sheriff Paul J. Taylor y su ayudante, George Williams, tampoco dudaron de la veracidad de lo relatado por Wilcox. Además del testimonio de numerosos vecinos de su comunidad y antiguos compañeros de colegio, quienes certificaron la seriedad y honestidad de Gary y toda su familia.

Sin embargo, hay un detalle que podría hacernos dudar. Según Wilcox, durante su conversación con los humanoides, estos confesaron proceder del planeta Marte. Todos sabemos que en nuestro vecino del sistema solar no existe vida, al menos por lo que conocemos hasta el momento. Es más, las condiciones del planeta rojo hacen imposible el desarrollo de cualquier forma de vida inteligente. Ahora bien, ¿invalida esto la declaración del joven granjero? En mi humilde opinión, no. Si como creo, el fenómeno ovni es un auténtico «teatro cósmico» —siguiendo una definición del veterano ufólogo español Ignacio Darnaude—, la «confesión» de los hombrecillos en cuanto a su origen bien podría haber sido una de sus «maniobras» de distracción. Sería muy largo de explicar, pero en mi opinión los ovnis no son de origen extraterrestre —al menos no en el sentido estricto de la palabra—, sino que más bien

eso es lo que pretendería hacernos creer la supuesta inteligencia que se esconde tras el fenómeno. Por tanto, es muy posible que el encuentro de Wilcox fuera auténtico, aunque lo que dijeron las entidades al testigo no lo fuera.

De cualquier modo, no deja de resultar muy interesante el hecho de que el mismo día que Zamora describió el extraño artefacto aterrizado en Socorro y a sus tripulantes, Wilcox hiciera lo propio, describiendo una escena similar a cientos de kilómetros, y sin que ninguno de ellos tuviera la más remota idea de lo que le había ocurrido al otro. De hecho, este no se enteraría de lo ocurrido al agente de policía hasta días después.

Por si fuera poco, algunas de las «profecías» sobre los astronautas humanos⁵ anunciadas a Gary por los «marcianos» llegaron a cumplirse, al menos en parte. Como recoge el investigador Berthold E. Schwarz en su excelente análisis del caso⁶, los astronautas Virgil A. Grissom, además de Edward H. White y Roger Chafee, murieron durante el incendio de la nave *Apolo* el 27 de enero de 1967. Poco después, cuando se cumplían exactamente tres años del encuentro, el cosmonauta ruso Vladimir M. Komarov fallecía trágicamente en el espacio el 24 de abril de 1967.

Un gigante de más de tres metros

Después del relato de Zamora y Wilcox, viajemos hasta España. Y más concretamente, hasta el pueblo de La Escala, en Gerona. En marzo de 1997, dos policías locales de dicha po-

⁵ Durante las declaraciones realizadas por Wilcox a varias personas, entre ellas los agentes de la oficina del sheriff, el testigo mencionó que los «marcianos» le habían advertido que los astronautas Glenn y Grissom y otros dos cosmonautas rusos morirían antes de un año.

⁶ Recomiendo vivamente a los interesados en el caso Wilcox que repasen el capítulo del libro *Ufo Dynamics* (1983), escrito por SCHWARZ, cuya traducción se incluyó en el núm. 27 (3ª época) de la publicación española *Cuadernos de Ufología* (<http://www.anomalia.org/>)

blación iban a protagonizar uno de los encuentros cercanos más interesantes y destacados de los últimos años en la ca-suística española.

Manuel Caballero y Manuel Delgado suman entre los dos más de cuarenta años de experiencia como miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado. Según sus compañeros, superiores y conocidos son personas serias, fiables y honradas, que jamás inventarían una historia como la que acabarían contando a periodistas e investigadores después de su experiencia. De origen extremeño y andaluz, respectivamente, los policías llevaban varios años desempeñando su labor como policías locales en la población gerundense de La Escala. Ambos habían vivido experiencias peligrosas como policías, pero ninguno de ellos imaginaba lo que les esperaba aquella madrugada del 19 de marzo de 1997.

Aparentemente, aquella iba ser una noche más: una tranquila ronda nocturna por los alrededores de la población a bordo de su todoterreno. El reloj marcaba casi las tres, y todo transcurría en calma, como solía ser habitual. Los agentes, siguiendo una rutina diaria, comenzaron a circular lentamente por una pequeña carretera que une las localidades de Torroella de Montgrí y La Escala.

Cuando se encontraban en las cercanías de las pistas de *karts*, Manuel Caballero observó algo en el cielo que llamó su atención, y exclamó: «¡Mira qué Luna más grande!» Tardarían poco en comprobar que aquel objeto esférico y de luminosidad anaranjada-rojiza no era nuestro satélite. La bola de luz comenzó a descender muy despacio, al tiempo que se aproximaba hasta el coche de nuestros protagonistas, colocándose en paralelo a ellos. Tras avanzar unos metros, el Patrol llegó hasta un cruce cercano, y entonces la «Luna» se situó frente a los agentes. Fue en ese momento cuando se percataron de que estaban ante algo realmente extraño. El ovni se encontraba a unos cincuenta metros de distancia y sus dimensiones —que los testigos compararon muy plásticamente con las de una plaza de toros— debieron ser suficien-

tes para que Caballero, que se encontraba al volante, intentara echar marcha atrás.

Sin embargo, su intento resultó fallido, ya que la caja de cambios del vehículo había quedado misteriosamente bloqueada. Volvieron a contemplar el gigantesco globo de luz; aquella esfera no tenía, al menos aparentemente, puertas ni ventanas. Pero lo más extraño es que, pese a sus dimensiones, el objeto no emitía ningún sonido. Manuel Delgado, que ocupaba el asiento del copiloto y que parecía menos asustado que su compañero⁷, se armó de valor y decidió descender del coche patrulla con la intención de realizar una fotografía a aquel misterioso objeto luminoso. Cuando se disponía a presionar el disparador de la cámara, la esfera cambió de color, y en su interior comenzó a vislumbrarse lo que parecía ser una figura de aspecto humano, aunque de dimensiones desproporcionadas. Ambos relatarían más tarde que aquella criatura podría medir fácilmente unos tres metros y medio o cuatro de altura⁸. Aquella silueta que se dibujaba en las entrañas del ovni parecía mantener una postura amenazante, con los brazos situados paralelos al tronco y las manos próximas a la cintura. En aquel preciso instante, un destello de luz surgió de la esfera, iluminándolo todo con un tono rojizo. A continuación, el ovni comenzó a cambiar de forma y se elevó a la vez que aceleraba su

⁷ Según el ufólogo catalán Jordi Oliveres, que pudo entrevistar a ambos testigos (véase «El gigante de La Escala», monográfico *Enigmas*, núm. 1), Manuel Delgado ya había sido testigo de un anterior avistamiento, aunque menos espectacular, en 1990. En aquella ocasión, también pudo contemplar cómo una esfera de luz se aproximaba a su coche. Según Oliveres, este detalle podría explicar que estuviera menos asustado que su compañero.

⁸ Llegados a este punto, no puedo dejar de señalar la sorprendente similitud entre el relato de los policías de Gerona con otro suceso, no menos conocido, que constituye todo un clásico dentro de la casuística ufológica española. Evidentemente, me estoy refiriendo —como habrán adivinado muchos lectores— al caso de los «gigantes de Gáldar», ocurrido en las Islas Canarias en junio de 1976. En aquel encuentro, que motivó incluso la elaboración de un informe confidencial del Ejército del Aire español, el doctor Padrón observó una gran esfera con dos humanoides de gran talla en su interior, mientras viajaba en un taxi en dirección a la casa de una paciente.

marcha, hasta que acabó por confundirse con el resto de estrellas del firmamento.

Tras su regreso al cuartel, los agentes redactaron el correspondiente informe, relatando todos los pormenores de aquel insólito suceso. Sus compañeros, conociendo la honestidad y seriedad de Delgado y Caballero, no pudieron hacer otra cosa más que dar por auténtico su relato.

Pero las cosas no terminaron ahí. Días después del encuentro con la esfera y su tripulante, Manuel Delgado comenzó a sufrir una serie de molestias en uno de sus ojos, hasta el punto de que llegó a perder parcialmente la visión. Puede resultar muy aventurado vincular el encuentro con el ovni y la dolencia de Delgado, pero recordemos que fue precisamente él quien permaneció en el exterior del coche y, por tanto, resultó más expuesto al objeto y al destello de luz lanzado por él. Además, curiosamente, Manuel Caballero experimentó el efecto contrario. Me explico. Desde hacía varios meses, el policía sufría una leve dolencia cardíaca que, sorprendentemente, desapareció sin dejar rastro tras la misteriosa experiencia⁹.

Los humanoides submarinos de Juan Ballesta

Curiosamente, el pueblo gerundense ya había sido escenario de un encuentro cercano con humanoides de características no menos sorprendentes. Todo ocurrió durante una de las oleadas ovni más importantes vividas en nuestro país, la correspondiente a los años 1968-1969. El 23 de septiembre de 1968, varios periódicos difundían una nota de la agencia Cifra en la que se relataba una insólita experiencia ocurrida en la localidad.

Dos días antes, el 21 de septiembre, el pescador Juan Ballesta se encontraba faenando con su pequeña embarcación a

⁹ Toda la investigación, documentos y fotografías sobre el caso de los policías de La Escala se encuentra en *Enigmas sin resolver I*, Iker Jiménez, Ed. Edaf, Madrid, 1999.

escasos cien metros de la playa de La Escala. Eran más o menos las tres de la madrugada (como puede comprobar el lector, la hora coincide prácticamente con la proporcionada por los policías) y Juan pescaba tranquilamente. De pronto, el pescador observó cómo un extraño bulto surgía de las aguas. En un principio, pensó que se trataba de una simple boya. Pero apenas tuvo tiempo de pensar en nada más. Repentinamente, un segundo bulto idéntico al anterior emergió del mar. Aquellos extraños bultos fueron levantándose y, ante la sorpresa y el horror de Juan Ballesta, comenzaron a adquirir la forma de dos seres de aspecto humano. Según relató después el testigo, los rostros de aquellos extraños «submarinistas» eran completamente amarillos y vestían unos trajes de color negro.

Evidentemente, al pescador le faltó tiempo para salir de allí y, con el susto aún metido en el cuerpo, decidió acudir hasta el cuartel de la Guardia Civil para relatarles lo ocurrido. Tras escuchar la sorprendente historia, varios números de la Benemérita acompañaron al pescador hasta la playa, pero allí ya no quedaba el más mínimo rastro de aquellos extraños seres.

Capítulo 4

Balas contra el misterio

DEJEN VOLAR su imaginación por un momento y pónganse en la siguiente situación: después de una apacible y entretenida jornada de caza (por poner un ejemplo) usted está circulando con su coche, de vuelta a casa, por una carretera secundaria, solitaria y tranquila. Por única compañía tiene al locutor de una emisora de radio, a su fiel perro y, en su maletero, un rifle de caza que acaba de utilizar en su día de ocio. No hay nada ni nadie en kilómetros a la redonda... o al menos eso es lo que usted cree.

Al tomar una curva bastante pronunciada, su coche comienza a pegar tirones, como si perdiera potencia, mientras a unas decenas de metros observa un extraño resplandor. El automóvil sigue en marcha, aunque cada vez pierde más y más velocidad, hasta parecer que el motor va a apagarse de un momento a otro. Mientras maldice su mala suerte pensando en una repentina e inoportuna avería, se da cuenta de que el resplandor que ha visto desde unos metros atrás proviene de un objeto discoidal que se halla posado al borde de la carretera.

Para completar tan absurda y surrealista escena, junto al disco luminoso observa una figura, aparentemente humana, con una talla descomunal y un aspecto aterrador. Mientras se pregunta qué demonios puede ser aquello, su coche se detiene por completo y las luces se apagan repentinamente. Cada vez

más nervioso, intenta arrancar el coche una y otra vez, pero no tiene éxito. Parece como si la batería se hubiera agotado de repente. Entonces, aquella figura gigantesca comienza a desplazarse, lentamente, en dirección a su coche. Apenas le separan veinte metros de él. Nota cómo el vello de su nuca y brazos se erizan, y una idea cruza por su mente: el rifle que descansa en el maletero.

La anterior escena, que puede parecer el comienzo de un mediocre guión cinematográfico, ha tenido casi con seguridad su versión en la vida real. Créanme. Son cientos, o miles, las personas que aseguran haber tenido un encuentro con un ovni y sus tripulantes en numerosos lugares del globo mientras circulaban con sus coches por carreteras secundarias.

Ahora bien, lo interesante viene a continuación. ¿Cómo habría reaccionado usted ante un suceso así? No, no me estoy empeñando en ponerle frente a una experiencia semejante. Tan solo piense en ello. Disponiendo de un arma a su alcance, y teniendo en cuenta lo aterrador del incidente, ¿habría disparado usted contra aquel ser, un supuesto «hombre» del espacio? Seguramente, y aunque usted se considere una persona pacífica y aborrezca la violencia, la respuesta habría sido afirmativa.

Al menos eso es lo que se desprende cuando analizamos los numerosos incidentes de este tipo que se conservan en los archivos de ufólogos de todo el mundo. Evidentemente, es una reacción lógica e incluso excusable. Antes que el sentido común, suele prevalecer el instinto de supervivencia. Y este nos dice que disparemos antes de preguntar... Si no me creen, lean con detenimiento lo que viene a continuación.

El terror llega a nuestras casas

Suele decirse que la realidad supera con creces a la ficción. A pesar de que pueda parecer una frase excesivamente maniada, yo suscribo plenamente tal afirmación. ¿Qué otra cosa po-

demos pensar cuando gente honesta y honrada, como nuestros próximos protagonistas, relatan hechos tan extraordinarios como el que vamos a abordar a continuación? La primera vez que oí hablar del caso de la familia Sutton me recordó inmediatamente a una aterradora película, *La noche de los muertos vivientes*, del director George A. Romero. Si sustituimos a los zombies del famoso filme por unos extraños «duendes» inmunes a las balas, el resultado es prácticamente el mismo. Una noche interminable, en el interior de una casa en medio del campo, soportando el asedio de unos seres «imposibles» cuyas intenciones no eran, aparentemente, muy amigables. Podríamos pensar que los Sutton, testigos del famoso caso, inventaron su historia inspirándose en el impactante filme, si no fuera por un pequeño detalle: la película de Romero no se estrenó hasta 1968, mientras que el suceso de Kelly-Hopkinsville tuvo lugar en agosto de 1955.

Ahora, tras el reciente estreno de la película *Señales* (*Signs*), de M. Night Shyamalan, me pregunto si el director norteamericano de origen hindú llegó a conocer esta fascinante historia. Quién sabe...

Aterrizan

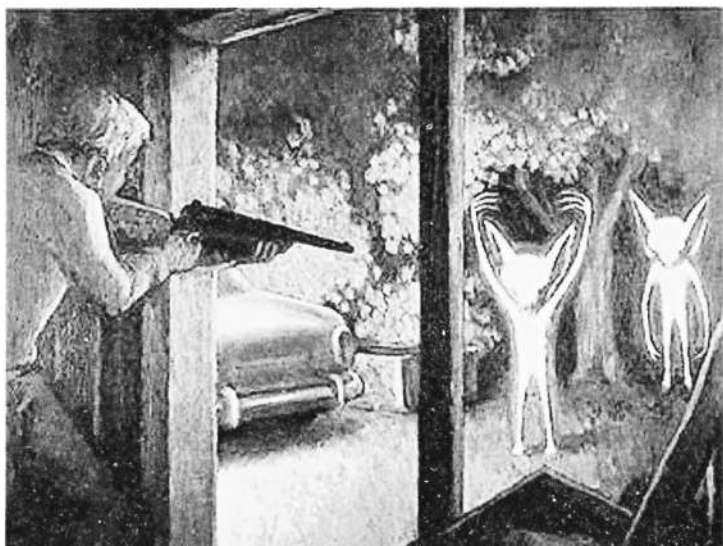
Situémonos. Nos encontramos en la noche del 21 de agosto de 1955. El lugar: una pequeña aldea llamada Kelly, en el estado norteamericano de Kentucky, y situada a unos diez kilómetros del pueblo de Hopkinsville. En aquel lugar se levantaba la granja de los Sutton, los involuntarios protagonistas de una historia que resultó aterradora para ellos. Junto a la familia —seis adultos y tres niños— se encontraba un buen amigo llegado desde Pensilvania, Billy Ray Taylor, de veintiún años, que había acudido a visitarles.

En un momento de la velada, Taylor sintió sed y puesto que el agua se había acabado, salió al exterior para extraer un cubo en un pozo cercano. Cuando ya había caminado unos cuan-

tos metros, algo llamó la atención de Taylor. Un extraño objeto en forma de disco estaba sobrevolando los terrenos de la familia Sutton. Tras realizar varias evoluciones en el aire, el artefacto tomó tierra a unos cuatrocientos metros de donde se encontraba. Cuando se fijó con mayor atención, comprobó que tenía ante sí un gigantesco artefacto que emitía una fuerte luminosidad y que parecía contener todos los colores del arco iris. De vuelta a la casa de sus amigos, y en un estado de fuerte excitación, Billy Ray relató todo lo que había visto, pero sus anfitriones pensaron que se trataba tan solo de una broma de su amigo y no le dieron mayor crédito. Muy pronto comprobarían que estaban muy equivocados...

Cuando habían pasado unos pocos minutos, el perro de la familia comenzó a ladrar de forma nerviosa (¿les suena? *Kiki*, el perro de Marius Dewilde, tuvo una reacción muy similar). En un primer momento no le dieron mayor importancia, pero ante los insistentes ladridos del animal, Lucky Sutton —el cabeza de familia— y su amigo Billy Ray tomaron sus armas y salieron al exterior, esperando encontrar al intruso que pretendía entrar en la casa. Sin embargo, lo que vieron ante ellos no tenía nada que ver con unos ladrones. A unos seis o siete metros de la puerta, los dos hombres contemplaron —con una mezcla de asombro y terror— una extraña masa de luz de forma indefinida que se encontraba frente a ellos. Según iba avanzando, los testigos comprobaron que se trataba de una criatura de escasa estatura y color gris plateado, con los brazos levantados por encima de su cabeza. El horrible ser tenía una cabeza desproporcionada en relación con el resto del cuerpo, y sus orejas puntiagudas eran también muy grandes. Apenas pudieron distinguir una fina abertura en el lugar de la boca, y sus largos brazos terminaban en unas terribles garras. Para completar tan horroroso aspecto, aquella figura emitía un resplandor verdoso¹

¹ Precisamente fue este detalle, el del resplandor verdoso, lo que hizo que la gente comenzara a hablar de estos seres como los «pequeños hombrecillos verdes de Kelly», forma en la que aún hoy se conoce al suceso en buena parte del estado de Kentucky.



Representación artística del terrible encuentro vivido por la familia Sutton.

que le hacía brillar en la oscuridad. De haberse producido estos sucesos en la Edad Media, seguramente los testigos habrían identificado a aquel terrible ser con un duende o un demonio.

Billy y Lucky no lo dudaron un momento. Pensaron en su familia y en su seguridad. Apuntaron con sus rifles y abrieron fuego contra aquella «pesadilla» que tenían delante. Incomprendiblemente, y aunque tenían a la criatura a escasos metros, las balas no hicieron efecto sobre el pequeño ser. Lo único que consiguieron fue que la misteriosa entidad corriera a esconderse en un bosque cercano. Los dos hombres decidieron entrar en la casa y, cuando aún no se habían repuesto del susto provocado por aquella «visión», otro ser de similares características se asomaba por una de las ventanas de la casa. Volvieron a abrir fuego, dejando un tremendo agujero en la ventana. Cuando salieron al exterior para ver si habían logrado acabar con el humanoide, allí no había nadie. Mientras se encontraban en el porche de la vivienda, una de las criaturas —que se

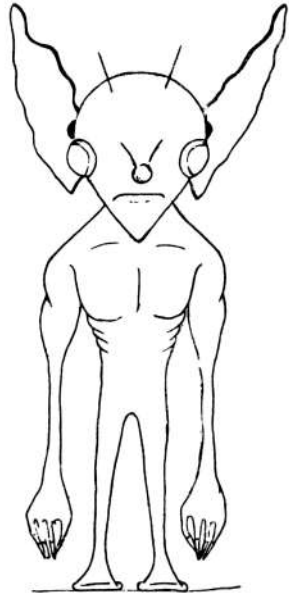
había encaramado hasta el tejado— agarró a Taylor por el pelo, causando el pánico entre los presentes.

Los disparos volvieron a resonar en la pequeña localidad y, de nuevo, el resultado fue el mismo. A pesar de haber impactado de lleno en el cuerpo de la criatura, ésta cayó suavemente hasta el suelo, como si flotase, y después se ocultó entre los árboles. La familia al completo se refugió en el interior de la casa en busca de protección. Lo que siguió a continuación solo se puede calificar como de auténtico asedio. Varios seres se asomaban a las ventanas de la casa, mirando hacia el interior con evidente curiosidad. A cada aparición le siguieron los correspondientes disparos, hasta que los muros y las ventanas acabaron pareciendo el escenario de una batalla. Para entonces, los Sutton y Billy Ray Taylor se encontraban casi paralizados a causa del terror. Sin embargo, lograron reunir el valor suficiente y decidieron salir al exterior en busca de ayuda. Divididos en dos grupos, montaron en dos vehículos y corrieron

Según la familia Sutton, una de las criaturas se encaramó al tejado y cogió de los pelos a uno de los testigos.



Retrato robot de uno de los seres observados en Kelly-Hopkinsville.



a gran velocidad hasta la oficina del sheriff, en Hopkinsville.

Cuando Elmer «Lucky» Sutton y Billy Ray Taylor entraron atropelladamente en la comisaría, relataron con gran nerviosismo lo ocurrido al sheriff Russell Greenwell quien, ante semejante historia y como era de esperar, mostró un gran escepticismo. Tras jurar y perjurar que lo que contaban era totalmente cierto, el sheriff accedió a comprobar aquella disparatada historia y se dirigió a la casa acompañado por algunos de sus hombres. Mientras, los asustados testigos se negaron a aparecer por su hogar hasta que los agentes verificaran que ya no había nadie.

Cuando los oficiales de Hopkinsville llegaron a la granja, allí ya no quedaba rastro alguno de las extrañas criaturas. Sin embargo, los agentes pudieron comprobar por sí mismos que las ventanas y los muros de la casa estaban agujereados por los impactos de bala. La historia de los Sutton era increíble, pero el terror que manifestaban los testigos era absolutamente real. Tras revisar el interior de la casa y sus inmediaciones, y al no encontrar nada extraño, el sheriff y sus ayudantes —en la granja llegaron a reunirse cerca de veinticinco personas— decidieron regresar hasta Hopkinsville. Con ellos se encontraba el periodista Joe Dorris, del diario *The Kentucky New Era*, quien se encargaría al día siguiente de difundir en la prensa lo ocurrido aquella noche. El reloj marcaba ya las 2.15 horas de la madrugada.

Pero por desgracia para los Sutton, la pesadilla aún no había concluido. Pocos minutos después de que los agentes se marcharan, las criaturas volvieron a hacer acto de presencia. Y la historia se repitió. Los pequeños «duendes» se asomaban a las ventanas causando el pánico entre los integrantes de aquella modesta familia. Los atemorizados testigos abrieron fuego repetidas veces, intentando repeler aquella «invasión» surrealista. El asedio se prolongó varias horas más hasta que, con la salida del sol, los misteriosos seres desaparecieron.

El día después

Al día siguiente, todo el condado conocía ya la sorprendente historia de la familia Sutton. Y en este punto es donde entra en juego una de las personas clave en la investigación del caso Kelly-Hopkinsville. Bud Ledwith, un locutor de la emisora de radio local WHOP, tuvo conocimiento de los hechos y decidió realizar una serie de entrevistas a los testigos con el fin de determinar hasta qué punto su historia podía ser auténtica.

Aquella misma mañana, y sin pérdida de tiempo, Ledwith pudo hablar con los seis adultos de la familia y con Taylor. Mostrando unas buenas dotes para la investigación, el periodista entrevistó por grupos a los testigos. Ninguno de estos grupos había tenido ocasión de hablar con los demás acerca de los hechos. Según se recoge de las entrevistas realizadas por Ledwith, todos ellos coincidieron en señalar que los seres medían entre setenta centímetros y un metro. Su cabeza carecía de pelo y tenía una forma similar a la de un huevo. Los Sutton explicaron que habían abierto fuego en numerosas ocasiones con sus escopetas del calibre doce. Y recordaron ante los micrófonos del periodista que cada vez que los disparos impactaban en el cuerpo de una de las criaturas, lo único que conseguían era que cayese flotando hasta el suelo para después escapar rápidamente hasta el bosque.

Al parecer, cuando un proyectil impactaba en sus cuerpos, se escuchaba un sonido metálico. También declararon que los «duendes» se acercaban hasta ellos con las manos en alto, aunque no sabían si se trataba de un gesto para indicar que no querían hacerles daño o más bien todo lo contrario. Ante la duda, los Sutton decidieron abrir fuego. Otra de las cosas que remarcaron los testigos fue que aquellos seres parecían ser muy ligeros, ya que cuando saltaban de los árboles no caían bruscamente, sino que bajaban flotando muy despacio.

Cuando Ledwith enseñó a los testigos un dibujo que había realizado siguiendo sus indicaciones, todos coincidieron en señalar que aquello era lo que ellos habían visto. Tan solo discreparon entre ellos en algunos pequeños detalles referentes al torso y la cara de aquellos seres.

¿Fraude elaborado?

Su alucinante historia resultaba muy difícil de creer, y la mayoría de los vecinos del lugar pensaron que todo se trataba de una broma. Tan solo el señor Ledwith y aquellos que conocían bien a la familia dieron crédito a la historia de los Sutton. Fue el propio Ledwith quien descartó que todo se tratase de una broma o un fraude elaborado conscientemente. ¿Qué ganaban aquellas personas sencillas inventándose una historia semejante? Si lo que buscaban era un beneficio económico —cosa que no ocurrió—, ¿por qué destrozarían su propia casa a balazos? Las reparaciones que tuvieron que realizar para arreglar paredes y ventanas les supusieron un gasto considerable. Si a esto añadimos las molestias causadas por cientos de curiosos y periodistas, y el hecho de convertirse en la comidilla del pueblo, creo que los beneficios fueron más bien escasos.

Solo un pequeño detalle empañó la credibilidad de la familia Sutton. Cuando los hechos habían alcanzado un alto grado de publicidad, numerosos curiosos se acercaron hasta los terrenos de la familia para ver a esas personas que decían ha-

*El destacado ufólogo
J. Allen Hynek
y la investigadora
Isabel Davis
realizaron sendas
investigaciones para
determinar el origen
del encuentro.
Los dos coincidieron
en que el caso
era sumamente
creíble.*



ber sido asediados por criaturas extraterrestres. Esta avalancha de curiosos, además de resultar altamente molesta, comenzó a causar daños en los campos y terrenos de la familia, por lo que decidieron cobrar un dólar a cada persona que quisiera entrar en sus terrenos. En cuanto la prensa tuvo conocimiento del cobro de dicha «entrada», no dudó en calificar a los protagonistas de farsantes y dieron por cerrado todo el asunto. En mi opinión, la actitud de los Sutton al cobrar una entrada no indica que hubieran inventado la historia.

Es más, creo que es totalmente normal si tenemos en cuenta que cuando la historia se difundió por todo el estado y la gente comenzó a invadir literalmente sus terrenos, la finca de la familia se convirtió en poco menos que una feria. Los auténticos sinvergüenzas fueron todos aquellos que, aprovechándose de la difusión del suceso, montaron puestos de perritos calientes y de recuerdos en los terrenos de los Sutton. Imagino que la paciencia de aquellos granjeros de Kentucky tenía un límite, y vieron en el cobro de una entrada una forma de reducir el número de curiosos y aprovechados que habían tomado su propiedad.

A pesar del dictamen de la prensa, la mayoría de las personas que investigaron el suceso llegaron a la conclusión de que aquella humilde familia de Kentucky decía la verdad. Un año después de que tuvieran lugar aquellos aterradores hechos, la investigadora neoyorquina Isabel Davis llevó a cabo una investigación muy exhaustiva y no encontró ninguna contradicción en sus testimonios.

El propio J. Allen Hynek, que investigó el caso años después, no encontró motivos para dudar del testimonio de aquellas personas, que le parecieron honestas y sinceras. Hynek llevó a cabo una serie de indagaciones con la finalidad de determinar si en aquellas fechas existía algún circo en las proximidades. Según el parecer de algunos escépticos, los movimientos y la actitud de aquellos «duendes» se asemejaba mucho a la de algunos simios, y llegaron a proponer que varios monos de un circo podrían haberse escapado y ser los causantes del caso. Aunque se confirmó la presencia de uno de estos espectáculos en las proximidades, este no incluía monos entre sus actuaciones. Además, de haberse tratado de simples simios, debería haberse encontrado el cadáver de alguno de ellos, ya que los testigos —como hemos visto— juraron haber acertado con sus disparos a aquellos seres en más de una ocasión. Además, ¿desde cuándo los monos «caen» flotando hasta el suelo cuando alguien les dispara?

No me resisto a recoger aquí una declaración realizada por uno de los policías de Hopkinsville a la mañana siguiente de los hechos. Según recogió el periódico *The Kentucky New Era* en una de sus primeras crónicas sobre el encuentro, la mayoría de los agentes que acudieron a la granja de los Sutton se negaron a dar su opinión personal sobre el testimonio de Lucky Sutton y su familia.

Sin embargo, otro oficial de policía, que aquella noche no estaba de servicio, no dudó en conceder credibilidad a la absurda e increíble historia de los granjeros de Kentucky. El sargento Frank Dudas —así se llamaba dicho agente—, había sido testigo del avistamiento de tres «platillos volantes» en la misma zona, aunque el verano anterior. Ante la pregunta del periodista del *Kentucky New Era*, Dudas respondió sin titubear: «Yo sé que lo vi. Y si yo los vi, la historia de Kelly ciertamente podría ser auténtica»².

² *The Kentucky New Era*, 22 de agosto de 1955.

Los búhos se llevan la culpa de nuevo

Puede parecer increíble —incluso más que la propia historia de los Sutton—, pero los «escépticos» volvieron a hacerlo de nuevo. Si la hipótesis de unos monos huidos de un circo ambulante resultaba bastante cómica, la última de las explicaciones propuesta por los autodenominados escépticos es aún más hilarante. ¿Lo adivinan? Pues sí, según estos «investigadores», los humanoides de Kelly no eran otra cosa que búhos o lechuzas comunes. Da la impresión de que el pobre búho es el *as en la manga* de cualquier escéptico a la hora de dar por zanjado un caso.

Y volvemos a los mismos argumentos del caso de Flatwoods. ¿Acaso la gente del campo, acostumbrada a vivir en la naturaleza y entre los animales, no es capaz de distinguir un búho o una lechuza de unos extraños seres con aspecto de duende? ¿Acaso los búhos y las lechuzas norteamericanas son distintas a las del resto del mundo y resultan inmunes a los impactos de bala? Por otro lado, los testigos dejaron bien claro en sus declaraciones que los seres que ellos habían observado parecían de pelo. Incluso destacaron que les había llamado la atención el hecho de que aquellas criaturas mostraban una cabeza totalmente calva. ¿Vieron quizá algún tipo de búho o lechuza que padecía de alopecia?

Ficha del caso
existente en
los archivos
del Proyecto
Libro Azul
de la
Fuerza Aérea
norteamericana.

| PROJECT 10073 RECORD CARD | | |
|---|---|--|
| 1. DATE 2. TIME 3. DATE-TIME GROUP Level GMT 4. PHOTOS 5. LENGTH OF OBSERVATION 6. BRIEF SUMMARY OF SIGHTING | 7. LOCATION 8. TYPE OF OBSERVATION 9. SOURCE 10. NUMBER OF OBJECTS 11. COURSE | 12. COMCI LISTING 13. Was Bellman 14. Probably Bellman 15. Possibly Bellman 16. Was Aircraft 17. Probably Aircraft 18. Possibly Aircraft 19. Was Astronomical 20. Probably Astronomical 21. Possibly Astronomical 22. Other 23. Conditions Data for Evaluation 24. Unknown |
| 13. UNIDENTIFIED | | |

Documento
oficial elaborado
por el doctor
Joseph Allen
Hynek sobre
el encuentro
de Kelly-
Hopkinsville.

Captain Gregory

September 10, 1954

J. A. Hynek

Hopkinsville Case

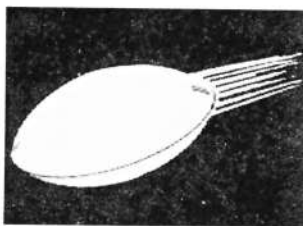
The Chief of Police in Hopkinsville is [redacted]. It was he who stated that the affair was investigated by Air Force officers from Fort Campbell. Understand that MP's and a Pfc from Fort Campbell investigated at the farmhouse on late Monday afternoon. The Pfc was [redacted] and his account and pictures were published in the Clarksville Tennessee Post Chronicle.

Chief [redacted] also stated that the affair had been investigated by two men from an unidentified agency at Standford Field in Louisville, a commercial field. The Kentucky State Police investigated the case and their report and available pictures are on file with [redacted] Riley's case report at Frankfort, Kentucky. Attached is a list of all people concerned in the case.

A Miss Isabelle Davis is preparing a file and report. I wish I shall receive a copy, after it has been cross checked by the people involved.

En fin, como decía, la «hipótesis» escéptica resulta aún más increíble que el relato de los testigos. Por desgracia, esta es una de las peores lacras a la que tenemos que hacer frente los investigadores. Estos falsos escépticos —en realidad no son otra cosa que simples negadores— cometen siempre un error garrafal a la hora de iniciar una investigación. Ellos parten de la premisa de que no puede existir nada «extraño». No dejan pie a la posibilidad de que pueda producirse un hecho sin explicación para nuestra ciencia actual. De modo que acuden a «indagar» bajo la premisa de que el caso en cuestión es un fraude elaborado por los protagonistas, o bien se trata de un error de identificación. Y se acabó. Un investigador serio y consecuente no puede cerrar las puertas de esa manera.

Es cierto que nuestro cometido consiste en resolver misterios y no en crearlos, pero no por ello debemos hacer encajar a la fuerza una solución en un caso cuando en realidad desconocemos qué causó realmente dicho suceso. Cuando se lleva a cabo una investigación, hay que tratar por todos los medios de identificar al causante del avistamiento del encuentro —ya sea



Dibujo del objeto observado por Billy Ray Taylor antes de que comenzara el asedio de los humanoides a la granja de los Sutton.

El periódico The Kentucky New Era recogió el suceso al día siguiente de ocurrir los hechos.



un fenómeno meteorológico, una aeronave convencional, un satélite, etc.— o, en su caso, demostrar que se trata de un fraude. Solo después de haber eliminado cualquier explicación convencional podremos catalogar como «no explicado» un suceso que hayamos podido investigar. Y recordemos que esa etiqueta de «inexplicable» puede muy bien ser temporal. Quizá con el paso del tiempo aparezcan nuevos datos que nos permitan identificar el factor agente que causó un avistamiento o un encuentro antes catalogado como «no identificado».

Sin embargo, estos falsos escépticos actúan al revés. Cualquier caso del que tienen conocimiento y que



Otro dibujo que representa a los «duendes» de Kelly.

se deciden a «investigar» es a priori tomado como fraudulento o como una mala identificación de los testigos. No dejan la puerta abierta a otra posibilidad. Un científico —y que conste que yo no soy más que un simple investigador— ha de mantenerse abierto a cualquier posibilidad. Será después de un exhaustivo análisis y estudio del caso en particular cuando podrá hacer un dictamen o emitir un veredicto sobre el mismo. De otro modo es imposible que la ciencia avance. Por desgracia, cuando uno de estos «escépticos» se encuentra con un caso muy fiable que ha sido calificado como «inexplicable», él se empeñará en darle una explicación «racional» sea como fuere. Pronto sacarán de su manga a los búhos, monos de circo, chimeneas de una refinería o los «Venus» de turno. No importa que dichas explicaciones sean más absurdas que el propio relato del testigo. Es igual, ellos ya han encontrado la solución al misterio. ¡Chapó!

Soldados frente a humanoides

Continuando con nuestro repaso por aquellos casos en los que los testigos llegaron a abrir fuego contra los supuestos tripulantes de los ovnis, no podemos obviar una serie de hechos, todos ellos ocurridos en España, en los que se cumple esta característica.

El motivo por el que he decidido incluir dichos sucesos es que en estos casos se da una circunstancia concreta que los hace especialmente interesantes: todos ellos tuvieron como protagonistas a miembros del ejército de nuestro país. Y lo que es más: los cuatro incidentes poseen unas características muy similares, casi idénticas.

El primer incidente se dio a conocer en las páginas del número 193 de la revista *Algo* (ya desaparecida), correspondiente al mes de enero de 1972, y más tarde Antonio Ribera se hizo eco de la información en su libro *Los doce triángulos de la*

muerte (Plaza & Janés, 1987). El artículo publicado por la revista estaba firmado por un tal Ficher³ y relataba unos sorprendentes sucesos supuestamente ocurridos en la base de radar de Rosas (Gerona)⁴. Según el reportaje, durante la noche del 25 de marzo de 1971 ocho soldados de la policía aérea y un cabo tuvieron la desgracia de vivir un aterrador encuentro.

La noche transcurría con normalidad, y los jóvenes militares se encontraban de un momento de ocio frente al televisor. Sin embargo, algo rompió aquella calma. Los perros de vigilancia de las instalaciones —pastores alemanes— no dejaban de aullar lastimosamente. Acabada la película los soldados decidieron acostarse, pero la llegada repentina de uno de ellos, un joven llamado Leandro, estropeó sus planes. El muchacho, visiblemente nervioso, pidió a sus compañeros que salieran al exterior. Así lo hicieron, y cuando miraron al cielo todos pudieron contemplar la presencia de un disco luminoso que se movía de izquierda a derecha, y viceversa, muy lentamente.

En ese momento los aullidos de los perros aumentaron en su intensidad y para mayor sorpresa de los reclutas, el objeto aceleró bruscamente perdiéndose de su vista. El cabo decidió ir en busca de los perros y, acompañado por el encargado de los animales, se acercaron hasta las perreras. Allí encontraron a los canes muy alborotados y nerviosos, y el cabo decidió soltar a *Narvik*, su perro favorito. Este salió disparado en dirección a unas casetas situadas a trescientos metros del edificio principal de la base. Siguieron al animal y lo encontraron quieto, mirando fijamente a algo y gruñendo de forma amenaza-

³ Al parecer, dicho seudónimo correspondía en realidad al cabo que estaba al mando de los soldados aquella noche. El artículo estaba escrito en primera persona.

⁴ La historia de estas instalaciones militares se remonta a 1958, cuando fue construida por militares norteamericanos. Hasta 1964 fue utilizado de manera conjunta por el 875th A&CWSQ (Alert and Control Warning Squadron) de la Fuerza Aérea norteamericana y por el Escuadrón de Alerta y Control número 4 del Ejército del Aire español. A partir de 1976 pasa a convertirse en el Escuadrón de Vigilancia Aérea número 4 (EVA-4).

dora. Según el reportaje firmado por Ficher, en ese momento el cabo sintió una sensación extraña, como si la atmósfera estuviera cargada de electricidad.

A continuación escucharon un ruido entre los matorrales y creyeron ver un bulto. Inmediatamente dieron el alto, y aquella figura salió corriendo. En ese instante el soldado encargado de los perros apuntó con su fusil y abrió fuego, y el cabo hizo lo propio con su pistola reglamentaria. Ahí terminó todo. Al día siguiente los soldados recorrieron la zona en busca de sangre o alguna otra pista, pero no encontraron nada. Días después, el 27 y el 29 de marzo, el ovni volvió a hacer acto de presencia. Curiosamente, durante el avistamiento del día 29, los testigos contemplaron el paso de dos cazas Phantom de la Fuerza Aérea cerca del extraño objeto no identificado.

Playa del Taurito (Gran Canaria), abril de 1991

La recopilación de incidentes humanoides con supuesta implicación militar en España nos lleva hasta las islas Afortunadas, habitual escenario de numerosos avistamientos ovni.

Sin embargo, de confirmarse su autenticidad, el caso que ahora nos ocupa destacaría por méritos propios de cualquier otro acaecido en las Islas Canarias. Si todo sucedió como asegura el único testigo localizado, J. A. M. S., tenemos que remontarnos al mes de abril de 1991. En aquellas fechas, el joven se encontraba realizando el servicio militar en la base aérea de Gando⁵. Una noche de aquel mes de abril, llegaron varios oficiales que le despertaron a él y otros compañeros. Apresuradamente, les informaron que tenían que salir de la base a causa de una emergencia, pero no les dieron más detalles.

⁵ Según el investigador Joan Plana Crivillén, el testigo no se encontraba realizando el servicio militar en la fecha indicada. Véase «Ovnis fantasmas: Los casos que nunca existieron», *Cuadernos de Ufología*, núm. 25-26, 3.ª época, 2000.

Pocos minutos después, J. A. y otros siete compañeros viajaban en el interior de un helicóptero Super-Puma del SAR (Servicio de Alerta y Rescate) en dirección a la playa del Taurito, una zona situada al sur de Gran Canaria. Al parecer, el EVA-21⁶ había detectado varios ecos no identificados en aquella zona, y los soldados se disponían a averiguar de qué se trataba.

Una vez en tierra, ocurrió algo inesperado. Varias siluetas negras —así las describió el testigo— aparecieron ante los asombrados ojos de los soldados. Al mismo tiempo, en el cielo comenzaron a observarse varias luces no identificadas que rodearon al Super-Puma del ejército. Según el relato de J. A., cuando se encontraban a escasos veinte metros de aquellas siluetas dispararon sus armas. Pero, al igual que sucedió en los otros encuentros ya relatados, las balas sirvieron de poco. Aquellas misteriosas y desconocidas figuras aparecían y desaparecían a su antojo, haciendo imposible que los militares pudieran hacer blanco sobre ellas.

Tras 45 minutos de auténtica pesadilla, las misteriosas figuras desaparecieron. Según el testigo, sus superiores les ordenaron que no mencionaran lo ocurrido con nadie, ya que de lo contrario «argumentarían que estábamos locos». Por si todo lo anterior fuera poco, dos semanas después se habría producido un segundo encuentro, prácticamente idéntico al primero y con los mismos protagonistas.

Morón de la Frontera (Sevilla), 1998

El último incidente de estas características tuvo como escenario —supuestamente— la base aérea de Morón de la Frontera, en la provincia de Sevilla. En noviembre de 1998, un soldado de cinológica (cuerpo especial que utiliza perros

⁶ Escuadrón de Vigilancia Aérea núm. 21.

adiestrados) que se encontraba de guardia en las instalaciones militares escuchó «unos ruidos como de cortar chapa». Tras dar el alto y pedir el santo y seña en repetidas ocasiones sin obtener respuesta, el joven cargó su arma reglamentaria y realizó dos disparos al aire. Fue entonces cuando de entre los matorrales surgió una figura de unos dos metros y ojos de color verde fluorescente. Aquella presencia permaneció en silencio y el soldado, asustado, abrió fuego contra su pecho, vaciando el cargador.

¡Pero los proyectiles fueron inútiles!, «aquello» continuaba en pie y no parecía haber sufrido daño alguno, por lo que el testigo ordenó a su perro que se lanzara al ataque. Cuando el animal se aproximó al supuesto humanoide, dio un chillido y retrocedió asustado hasta su dueño. Entonces recargó el arma y volvió a disparar, con el mismo resultado. A continuación, el ser levantó la mano y desapareció súbitamente.

Al final, dudas

Hasta aquí los relatos —muy resumidos— de esta serie de incidentes con supuesta implicación humanoide en el interior de bases aéreas españolas. Como el lector habrá podido comprobar, las similitudes entre todos los casos son más que notables. Ahora bien, ¿cómo saber si nos encontramos ante casos reales o frente a simples fraudes?

En mi opinión, el caso que tiene mayor credibilidad es el primero de todos, el ocurrido en el EVA-4 de Rosas. Aunque en estos momentos me encuentro en plena investigación del suceso, todo parece indicar que algo muy extraño ocurrió aquella madrugada en las instalaciones militares del Ejército del Aire.

Por lo que respecta al tercer caso, el supuestamente ocurrido en la isla de Gran Canaria, solo disponemos del testimonio de uno de los testigos. Ha sido imposible confirmar la historia

por otros medios. De todos modos, las similitudes con los otros encuentros deben mantenernos alerta y seguir con la investigación, a pesar de que las autoridades militares hayan negado rotundamente la realidad de los hechos⁷.

El último de los incidentes, cuyo escenario habría sido la base aérea de Morón, en Sevilla, tampoco escapa a las dudas. Tras la divulgación del caso por parte del investigador sevillano José Manuel García Bautista en varios artículos (uno aparecido en internet y otro en la revista *Más Allá*), el polémico ufólogo Vicente Juan Ballester Olmos aportó nuevas informaciones. Al parecer, el investigador valenciano se puso en contacto con las autoridades correspondientes del ejército del aire, y su respuesta fue tajante: no tenían conocimiento de suceso semejante en las instalaciones de la citada base aérea.

Informes oficiales

Un detalle que no hay que pasar por alto es la ausencia —casi total— de informes oficiales del ejército sobre todos estos sucesos. Al menos, que se sepa. La ausencia de documentos oficiales es total. Tanto Ballester como algunos de sus colaboradores —todos ellos vinculados al Centro de Estudios Interplanetarios o a la Fundación Anomalía— realizaron las correspondientes gestiones para determinar si existía algún tipo de informe sobre los citados sucesos. En todos los casos la respuesta fue la misma: no existía conocimiento de tales eventos. Es más, en alguna de las respuestas recibidas por dichos ufólogos los mandos militares eran muy claros (por ejemplo, en el caso de Morón y de Gando): tales afirmaciones resultaban absurdas y sin fundamento.

Evidentemente, la pregunta que surge a continuación es la siguiente: ¿Hasta qué punto son fiables esas respuestas oficia-

⁷ PLANA CRIVILLÉN, Joan, *op. cit.*

les? Una de las máximas del periodismo de investigación nos dice que hay que desconfiar siempre de las fuentes oficiales. Si bien es cierto que el ejército ha desclasificado otros muchos informes sobre incidentes ovni en nuestro país, las peculiares características de estos incidentes los hacen muy distintos a ojos de la seguridad nacional. Hay que tener en cuenta que estamos hablando de sucesos en los que, supuestamente, objetos no identificados y sus presuntos ocupantes habrían vulnerado la seguridad de las instalaciones militares, para después «jugar» con los soldados y acabar mostrando su invulnerabilidad a los proyectiles disparados por estos.

Si el Ejército del Aire —y el Ministerio de Defensa por extensión— reconocieran, aunque fuera en lo más mínimo, que alguno de estos hechos podían tener visos de realidad, tendrían que explicar algo muy incómodo e intranquilizador: los objetos no identificados y los supuestos tripulantes vistos tantas veces en diversos puntos de nuestra geografía han llegado a «violar» la seguridad de recintos militares españoles, con el alto riesgo que eso supone para la seguridad nacional. Y, lo que es más importante, los militares dispararon sus armas contra los intrusos sin conseguir ningún efecto. Los supuestos humanoides parecían inmunes a las balas.

No sería de extrañar, por tanto, que sí existan informes oficiales sobre dichos hechos, pero que las especiales características de los mismos hayan hecho poco recomendable su desclasificación. Por el momento, y mientras encontramos nuevas informaciones que nos permitan avalar o desmentir los casos antes mencionados definitivamente, debemos mostrarnos muy cuidadosos. Quizá el origen de alguno de estos relatos no se encuentre precisamente en lo que conocemos por fenómeno ovni...

No puedo dejar de señalar, eso sí, que este apasionante asunto nos lleva a un tipo de casuística —bastante abundante, por cierto— en la que los ovnis han sido vistos en las inmediaciones (o incluso en el interior) de instalaciones militares de todo tipo. Casos como el del polígono de tiro de las Bardenas

Reales o el del radar de Aitana (Alicante)⁸ son solo dos ejemplos. Pero esa es otra historia...

El fatídico encuentro de Inácio de Souza

Por desgracia para algunos testigos, las cosas no siempre quedan en un susto de cuidado. Un caso desgraciado, que debería animar a científicos e instituciones a tomar en serio, de una vez por todas, al fenómeno de los no identificados, tuvo lugar en 1967 en el estado brasileño de Goiás.

El 13 de agosto de aquel año, Inácio de Souza regresaba en compañía de su esposa a su casa, situada en la hacienda Santa María, donde ejercía de guarda y cuidador. Cuando se encontraban a escasa distancia de su hogar, Inácio y su mujer contemplaron con asombro que en la pista de aterrizaje de la finca⁹ se encontraba aparcado un extraño artefacto de unos treinta metros de diámetro, «que tenía la forma de una palangana invertida». A corta distancia de aquel ingenio, pudieron ver también a tres personajes de aspecto humano. Veamos cómo relató el propio Inácio esta parte de los hechos, según lo recogió Antonio Ribera en su libro *Encuentros con humanoides*:

María y yo volvíamos de Crixás y aquellos seres ya estaban allí. Pensé que sería gente que venía de visita, pero me extrañó un poco el tipo de avión que traían. Eran personas de la misma apariencia que nosotros, salvo que aparecían calvos. Parecían estar jugando y brincando como niños, pero en silencio. Cuando nos distinguieron, me apuntaron con el dedo y echaron a correr hacia nosotros. Yo grité a mi mu-

⁸ De este caso, precisamente, existe un informe oficial que no ha sido desclasificado. Véase revista *Enigmas*, núm. 30.

⁹ Hay que aclarar que la hacienda Santa María pertenecía a un rico hacendado brasileño que pasaba largas temporadas fuera del lugar.

jer que se metiese corriendo en casa. Como yo llevaba conmigo una carabina, disparé contra el que tenía más cerca. En este momento salió del «avión», como de una linterna, una luz verde que me alcanzó en el lado izquierdo del pecho. Caí al suelo. Mi mujer corrió hacia mí y recogió el arma, pero aquellos sujetos ya habían entrado en el avión, que se elevó en vuelo vertical, a gran velocidad, y haciendo un ruido parecido al de las abejas.

Tres días después de los hechos, el dueño de la finca, el señor A. S. M., llegó a casa. Se encontró con la inesperada noticia de que su fiel trabajador se encontraba postrado en cama. Cuando acudió a verlo, Inácio seguía convencido de que había matado a uno de aquellos «hombres». De Souza nunca había oído hablar de ovnis y mucho menos de platillos volantes, así que seguía empeñado en que aquellos personajes debían ser ladrones que intentaban robar en la hacienda de su jefe.

Tras de escuchar el relato del guarda, el señor A. S. M. acudió hasta el lugar de los hechos con la esperanza de encontrar cualquier rastro que confirmase aquella historia. Quizá alguna mancha de sangre del «hombre» que recibió el disparo del arma de Inácio. Pero no encontró nada. Cuando el hacendado comprobó que la salud de su trabajador no mejoraba, ya que experimentaba vómitos, hormigueos y otras dolencias, decidió llevarle hasta Goiania, la capital de Goiás, no sin antes advertirle de que no mencionara para nada su sorprendente e inusual experiencia.

Una vez ante el médico, éste pudo comprobar la existencia de una quemadura de aspecto circular y unos quince centímetros de diámetro en el tronco, a escasa distancia del hombro. En cuanto a los síntomas, el galeno diagnosticó que, seguramente, estaban causados por una intoxicación alimenticia, probablemente causada por la ingesta de alguna hierba en mal estado. Fue entonces cuando el jefe de Inácio relató al médico lo que había ocurrido realmente. Sorprendido por aquella confesión, y preocupado por la auténtica naturaleza

de las lesiones del trabajador, el médico decidió ingresar en el hospital a Inácio y someterle a un examen más completo.

Desgraciadamente para el testigo, las pruebas no trajeron buenas noticias. Según los análisis, Inácio de Souza padecía leucemia, y la medicina no podía hacer nada por salvar su vida. Según el doctor, como mucho le restaban dos meses de vida. Poco a poco el estado de Inácio fue empeorando, hasta que la enfermedad acabó con su vida.

Dejando de un lado el hecho de que este y otros casos nos hacen pensar en cuáles son las intenciones de los tripulantes de los no identificados, el asunto de los efectos fisiológicos surgidos tras un encuentro cercano debería llamar la atención de médicos y científicos hacia el enigma ovni. Es muy posible que el desgraciado caso de Inácio —u otros como el del español Emiliano Velasco y la norteamericana Betty Cash¹⁰— fuera causado por algún tipo de radiación. Si esto es así, estaríamos ante una evidencia de la consistencia física y real de estos artefactos y sus aparatos. Algo, recordemos, que muchos siguen poniendo en duda.

¹⁰ El investigador norteamericano John Schuessler ha dedicado gran parte de su tiempo a la investigación de incidentes ovni en los que se ha producido algún tipo de efecto fisiológico en los testigos. Ha sido, además, uno de los investigadores que más y mejor ha investigado el incidente protagonizado por Betty Cash y Vickie Landrum. Además de haber formado parte del famoso Panel Sturrock, publicó un libro sobre este tipo de casos: *Ufo-related human physiological effects* (Geo Graphics Printing, 1996), y otro especialmente dedicado al caso Cash: *The Cash Landrum Incident*.

Seres voladores no identificados

DENTRO DE LA VARIADA casuística humanoide, existen algunos relatos que coinciden en describir una característica bastante curiosa: los seres descritos por los testigos son capaces de volar, aparentemente ajenos a las leyes de la gravedad, y sin artefacto alguno de por medio que les permita desplegar tan singular aptitud.

Los dos casos que conforman este capítulo no han sido elegidos al azar. Por el contrario, resultaba inevitable que aparecieran recogidos juntos, ya que, como comprobarán enseguida, ambos sucesos son prácticamente idénticos en cuanto a sus características. Lo único que los separa —y quizá eso sea su mayor garantía de autenticidad— es el tiempo transcurrido entre uno y otro (nada menos que treinta y dos años) y la distancia, ya que uno tuvo lugar en Sevilla (España) y el otro en suelo francés.

La pregunta que surge tras analizar casos similares es la siguiente: ¿hasta dónde son capaces de llegar estos seres? Aparentemente sus «poderes» parecen ilimitados, llegando incluso a vulnerar y manipular a su antojo las distintas leyes físicas, el tiempo y el espacio. ¿A quiénes nos estamos enfrentando?

Los «diablillos» de Cussac

Cussac es un pequeño pueblo situado en el macizo central francés. Situado a una altitud de 1.045 metros y ubicado en medio de una meseta pantanosa, el pequeño pueblo pasaría totalmente inadvertido para cualquier visitante ocasional. Sin embargo, la localidad francesa guarda algunos secretos entre los terrenos que la rodean. Algunas de las grutas y cuevas de la zona cuentan con unas fabulosas pinturas rupestres que han atraído la atención de arqueólogos e historiadores. Dejando de un lado las fascinantes muestras de arte rupestre, el otro hecho que consiguió sacar del anonimato a la población gala fue, precisamente, el sorprendente encuentro que dos niños aseguraron haber tenido con un ovni y sus misteriosos tripulantes.

En la mañana del 29 de agosto de 1967, dos muchachos de la localidad, los hermanos François y Anne-Marie Delpuech (de trece y nueve años, respectivamente), se encontraban cuidando de una docena de vacas de su propiedad en un pequeño terreno de pasto ubicado junto a la carretera comarcal 57. Con ellos se encontraba su perro, *Médor*, que les ayudaba a cuidar del ganado.

El tiempo era muy bueno, el cielo estaba completamente despejado y los niños mataban el tiempo jugando entre ellos. Todo transcurría con la calma habitual hasta que, en determinado momento, François se levantó para evitar que las vacas atravesaran un murete de piedras que rodeaba la finca. En aquel

Los niños testigos del encuentro en Cussac, en el lugar de los hechos.



*Primera nota sobre el caso
aparecida en la publicación
ufológica Lumières
dans la Nuit.*

DES NAINS HABILÉS DE NOIR PLONGENT DANS...
UNE MACHINE EBLOUISSANTE.

SAINT FLOUR. « J'ai vu des petits hommes habillés de noir plonger dans une machine toute brillante » - entre deux sanglots François Dubouché, 12 ans, a raconté aux villageois de Cussac (Cantal) l'étrange rencontre qu'il venait de faire en compagnie de sa sœur.

« C'est en allant garder les vaches que François et Anne-Marie aperçurent à l'entrée du champs des nains vêtus de combinaisons noires. Les prenant d'abord pour d'autres enfants ils s'approchèrent d'eux ce qui provoqua aussitôt leur fuite. « Je suis monté sur le talus et je les ai vus plonger dans une machine qui m'éblouissait. Elle n'est pas partie tout de suite car un nain en est ressorti, a fait quelques pas et a de nouveau plongé. Puis tout à disparu. Ce qu'il y a de sûr, c'est que toutes les vaches se sont mises à beugler », a raconté le jeune garçon.

Le père des deux enfants, qui est également maire de la commune alerta aussitôt les gendarmes qui ne purent rassembler d'autres témoignages. Tout au plus apprirent-ils qu'il y a quelque temps déjà on avait entendu dire dans le village qu'une forte prime récompenserait celui ou celle qui le premier rencontrerait des Martiens...

LDLN n° 30 septembre-octobre 1967

instante, el niño pudo ver que al otro lado de la carretera, y a unos cuarenta o cincuenta metros de distancia, se encontraban cuatro figuras que en un primer momento él identificó como otros niños. Pero algo llamó la atención del muchacho: aquellos «chicos» vestían unas extrañas ropas negras y su piel parecía ser de ese mismo color. Cuando François y su hermana se fijaron con mayor detenimiento, pudieron comprobar que junto a aquellas figuras se encontraba una gran esfera que desprendía una fuerte luminosidad. Aquella luz era tan fuerte que incluso les dañaba los ojos cuando miraban a la esfera durante algunos segundos.

Inocentemente, François decidió dirigirse a aquellos extraños «niños», y les gritó: «¿Queréis venir a jugar con nosotros?». En ese instante, los humanoides —pues de eso se trataba— parecieron percatarse de la presencia de los dos hermanos. Entonces ocurrió lo imposible. Uno a uno, aquellos seres de pequeña estatura comenzaron a flotar sobre el suelo y, ante la estupefacta mirada de François y Anne-Marie, fueron introduciéndose en el interior de la esfera por su parte superior. Uno de estos seres, el último en entrar en el aparato, elevó también el vuelo, pero antes de entrar en el ovni regresó hasta el suelo

para recoger algo. Cuando volvió a elevarse de nuevo, la esfera luminosa ya se encontraba flotando a unos metros de altura, pero el pequeño humanoide no pareció tener ningún problema en alcanzarla y desaparecer en su interior.

Mientras el ovni se alejaba en el firmamento, los niños pudieron escuchar un suave silbido, muy parecido al sonido provocado cuando sopla el viento, que parecía provenir de aquel extraño artefacto. Acompañando a aquel fino silbido, los dos hermanos percibieron un inconfundible olor a azufre que parecía salir de la esfera luminosa¹. Tanto las vacas que estaban al cuidado de los niños como otras que se encontraban en un prado cercano comenzaron a agitarse y a mugir, visiblemente nerviosas.

Cuando algún tiempo después los niños relataron a los investigadores lo que habían visto con mayor detalle, aseguraron que el ovni, de forma esférica como ya hemos dicho, era totalmente liso y aparentemente no tenía ninguna puerta o zona de entrada. Sin embargo, los humanoides se habían introducido en él por su parte superior, lo que hace suponer que en aquella zona, no visible para los muchachos, podía existir algún tipo de entrada.

El único detalle en el que no estaban de acuerdo los dos niños era el referente a un hipotético tren de aterrizaje. Mientras Anne declaró haber observado varias patas (tres o cuatro) rematadas por una especie de discos de pequeñas dimensiones, François no vio nada similar.

Otro detalle muy interesante es el correspondiente a los efectos fisiológicos sufridos por el pequeño François. Poco después de su avistamiento, y por espacio de una hora más o menos, sus ojos no dejaron de llorar, y aparecían bastante irritados. Este molesto «efecto secundario» se repitió durante varios días después, siempre cuando el niño se levantaba por las mañanas.

¹ De nuevo, y como ya relatamos en el caso de Flatwoods, hace aparición el ya famoso olor a azufre. Naturalmente, ni François ni Anne-Marie habían oído hablar jamás de lo ocurrido en West Virginia. ¿Casualidad?

Por el contrario, su hermana Anne-Marie no experimentó ningún efecto similar al padecido por François. ¿Quizá porque esta última usaba gafas?

«Diablillos negros»

Tras las correspondientes investigaciones, los ufólogos gales Joël Mesnard y Claude Pavy publicaron un interesante artículo sobre el encuentro en el número 16 de la revista especializada *Phénomènes Spatiaux*. En dicho trabajo se recogían con mayor detalle las características físicas de los tripulantes de la esfera observada en Cussac.

Según François y Anne-Marie, aquellos pequeños seres, que inmediatamente fueron bautizados como «diablillos», debían medir entre un metro y un metro veinte de estatura. Todos los humanoides eran completamente negros. Por desgracia, los niños no sabían decir con seguridad si esto se debía a que llevaban algún traje de ese color o si, por el contrario, aquel era el tono de su piel.

En cuanto a sus extremidades, François y Anne-Marie no tuvieron dudas a la hora de describirlas. Tanto sus brazos como sus piernas eran extremadamente delgadas, y estas últimas les parecían muy cortas en relación con el tamaño del cuerpo. Un detalle muy interesante es la descripción

Recorte de prensa aparecido en un periódico local poco después de ocurrir el suceso.

Le Phénix (Clermont-Ferrand) Samedi 24 Juin 1951 n° 51 13

Les "Martiens" ont-ils atterri?

François (13 ans) et Anne-Marie (9 ans) ont vu quatre petits hommes noirs débarquer d'une soucoupe volante

SAINTE-FLOUR. — Depuis quelques jours, le bourg de Cussac est en émoi, et non sans raison. Les « Martiens » ont-ils atterri ? C'est la seule question que discutent les habitants de ce village proche de Saint-Flour, après l'école, pour le moins surprenante, arrive à deux en fin de village François Lambert, 13 ans et demi, et sa sœur Anne-Marie, 9 ans.

On peut résumer ainsi le récit qu'ils en ont fait à leur père, le maire de Cussac, et qu'ils ont répété à l'adjoint **MM.**, commandant par interim la compagnie de gendarmes et à notre correspondant :

« Lors qu'ils gendarmes les vus, un matin vers 10 à 12 h, ils aperçurent au-dessus d'eux quatre petits noirs, et crurent qu'il s'agissait de petits enfants. François les observa : « Four petites bêtes se sur lever sur nous ! Les quatre petits se remouvèrent aussitôt derrière une baie de tisation. C'est alors que François murmura en son cœur pour les distinguer : "Il me vient un rayon brillant qui s'arrêta à quelques mètres de la. Les quatre petits tombèrent sur des combinaisons noires et portèrent des pots sur la tête, ils plongèrent les premiers dans ces appareils de quatre mètres de large sur deux mètres de hauteur. Anne-Marie en fut étonnée et que les quatre petits eurent quelque chose dans l'engin s'éleva et disparut rapidement dans le ciel. »

« Ce récit a été diversément noté par ceux qui l'ont entendu. Le père des enfants, l'adj. Joubert, **MM.** et les habitants du

bourg de Cussac, à tout bon sûr, a préféré aller le gendarmes. Il est certain que tous ces détails sont troublants comme ceux des enfants, qui, inutile de le dire, ignorent tout de la reconnaissance et des soucoupes volantes, les auraient-ils inventés ?

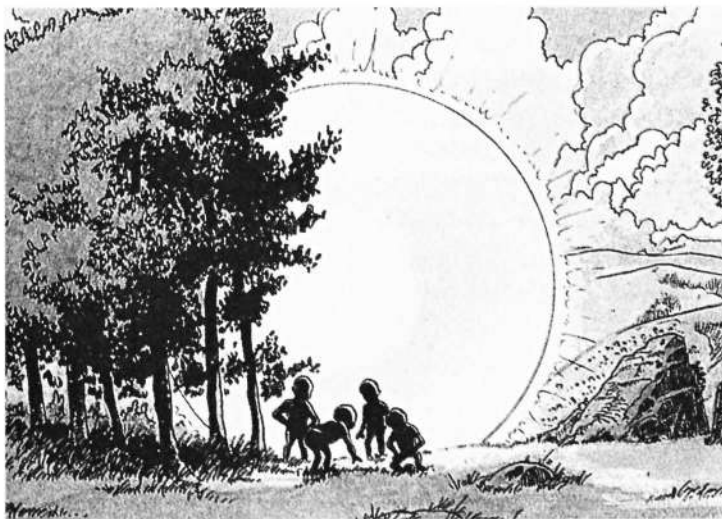
D'autre part, plusieurs voisins transmirent dans les champs tout près de l'endroit où se serait posée la « soucoupe ».

« Il n'est rien entendu, et malgré tout on n'a pu voir de petits noirs, répondent les enfants, l'endroit a été patrouillé, entre autres, par les caches. »

« Alors, la question reste posée. Cussac (Cantat) peut être le théâtre de voyages d'un autre monde » ou bien François et Anne-Marie se sont ils rendus en 1951 comme de l'ère à la fin du XX^e siècle, dans lequel les Martiens, comme on le voit, remplissent les lieux d'atterrissage ?

que hicieron los dos hermanos acerca de los pies de uno de los humanoides. Concretamente, del último en entrar en la «esfera» voladora. Según los niños, los pies del humanoide eran idénticos a los de un ave palmípeda; es decir, sus pies eran como las patas de un pato. Por el contrario, ninguno de ellos fue capaz de distinguir cómo eran sus manos.

Otra característica que llamó su atención fue la forma de la cabeza, que según su testimonio tenía una forma puntiaguda o

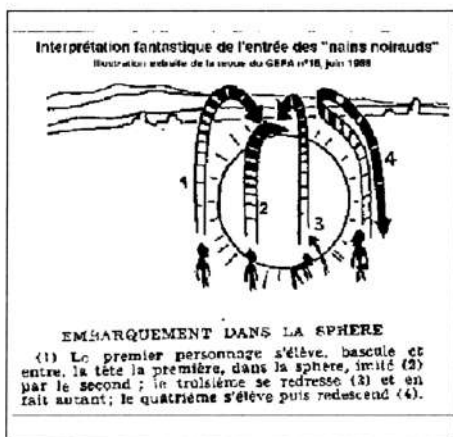


Dos representaciones del encuentro protagonizado por los pastorcillos del pueblo de Cussac (Francia).

Dibujo que muestra la posición de los seres y sus evoluciones en torno al supuesto ovni.

apepinada por detrás. Del mismo modo, los niños destacaron que aquellos seres tenían un mentón muy acentuado y Anne-Marie creyó

haber observado que uno de los humanoides tenía una nariz muy fina y afilada. Finalmente, ambos niños aseguraron a los ufólogos que los «diablillos negros» presentaban vello en el rostro, sobre todo en la parte de las patillas y la barbilla.



¿Un simple helicóptero?

Como no podía ser de otro modo, años después del encuentro surgieron distintas propuestas para explicar el encuentro protagonizado por los pequeños François y Anne-Marie. Uno de los trabajos más completos ha sido el realizado por el escéptico galo Eric Maillot. En un extenso artículo publicado en internet con el título *Les ufologues et L'OVNI de Cussac. 30 ans dans un cul de sac!*² (*Los ufólogos y el OVNI de Cussac. Treinta años en un callejón sin salida*), Maillot propone que, casi con total seguridad, lo observado por los pastorcillos de Cussac fue en realidad un helicóptero civil o militar.

Si bien es cierto que en la zona existían varios aeródromos que recibían tráfico aéreo de este tipo, quedaría por explicar

² El artículo de Eric Maillot puede ser consultado a través de Internet en la dirección <http://www.zetetique.ldh.org/cussac.html>

qué hacía un helicóptero de tan peculiares características aterrizado en medio del campo y, sobre todo, en una población como Cussac. Además, ¿qué helicóptero posee entre sus características la de emitir una luz tan fuerte que hace daño a los ojos? No olvidemos que el pequeño François sufrió unas molestias en sus ojos durante varios días. Y que decir de sus hipotéticos pilotos... De ser cierta la teoría del helicóptero, los cuatro tripulantes debían ser poco menos que enanos. Eso por no mencionar las vestimentas y el color de los personajes. No me negarán que también es casualidad que los hipotéticos pilotos del artefacto fueran todos de raza negra.

Para aquellos a quienes estas «pegas» a la teoría escéptica le parezcan pocas, ahí va un último apunte. Un nuevo encuentro, ocurrido en España treinta y dos años antes del suceso de Cussac y cuyas semejanzas son bastante esclarecedoras...

El increíble encuentro del señor Mora

Aunque el primero en recoger la existencia del sorprendente encuentro que pasaré a comentar a continuación fue el pionero sevillano Manuel Osuna, el caso en cuestión adquirió una auténtica difusión gracias al incansable Juan José Benítez. En su libro *La punta del iceberg*, el investigador navarro relata con gran lujo de detalles los pormenores del suceso que, como digo, parece guardar una estrecha relación con lo observado por los pastorcillos franceses.

El hecho en cuestión tuvo lugar en el lejano mes de mayo de 1935, y a muy corta distancia del pueblo sevillano de Aznalcázar, donde vivía el protagonista. Manuel Mora Ramos — así se llamaba el testigo— solía acudir todos los días a una finca conocida como Haza Ancha. Pues bien, una tarde de aquel mes de mayo, Manuel Mora se dirigió a caballo hasta la finca con la intención de trabajar. Sin embargo, nunca imaginó lo que allí iba a encontrar. Cuando ya estaba en el citado terreno, el testigo observó a una distancia de un centenar de me-



El caso de Cussac tenía un «as» guardado en la manga. Casi treinta años antes, un campesino andaluz observaba en su finca un artefacto y unos seres prácticamente idénticos. Evidentemente, ni los niños ni el campesino sevillano habían oído hablar de sus experiencias. (Ilustración procedente de la obra Encuentros, Iker Jiménez, Edaf, 2002.)

tros un extraño objeto, con forma de peonza y aspecto metálico, que se encontraba posado en el suelo.

Según relataría más tarde, repentinamente se abrió una especie de puerta en aquel curioso aparato y de su interior surgieron varios seres que, para sorpresa del señor Mora, comenzaron a «flotar» en torno al artefacto. Después de un tiempo, los seres regresaron al ovni, y éste despegó perdiéndose en la lejanía.

Aquella tarde, Manuel Mora regresó antes de tiempo a su casa y, según relató uno de sus hijos a Benítez, su rostro denotaba cierta preocupación. Esa misma noche, al parecer, contó lo ocurrido al médico del pueblo, Enrique Palacios, y al maestro, Francisco Báez Llorente³, quienes solían acudir de forma habitual a la casa del testigo para charlar.

³ Casualmente, el señor Báez era tío del investigador Manuel Osuna y fue de este modo como se llegó a saber del sorprendente suceso.

Aunque por desgracia el testigo ya había muerto cuando Benítez llevó a cabo su investigación, los hijos del señor Mora recordaban perfectamente el relato que su padre había hecho en numerosas ocasiones. Evidentemente, y por lo temprana de la fecha del encuentro (1935), el señor Mora jamás identificó su experiencia con seres extraterrestres. Más bien todo lo contrario. Manuel Mora murió con la convicción de que lo que había presenciado era una visión de naturaleza «celestial».

Las semejanzas entre el caso de Cussac y el ocurrido en Aznalcázar son más que evidentes. Y, por supuesto, los niños franceses jamás habían oído hablar acerca del encuentro de Manuel Mora. Entre otras cosas porque, aunque éste tuvo lugar treinta y dos años antes, no se divulgó hasta después del incidente protagonizado por François y Anne-Marie. ¿Cómo explicar entonces dichas semejanzas? En mi opinión, solo hay una respuesta: algo muy similar ocurrió en ambas localidades. Algo que, por supuesto, no tenía nada que ver con un helicóptero...

Capítulo 6

Las profecías del Mothman

CUANDO DECIDÍ incluir las «correrías» del «hombre polilla» en este libro, dudé de si debía aparecer en el capítulo anterior, dedicado a los humanoides voladores. Finalmente creí que lo más justo, dada la importancia y duración de los sucesos ocurridos en Point Pleasant, era dedicarle un capítulo entero.

Además, aunque una de las características principales descritas por los testigos sobre el Mothman era la de poder volar, este se diferencia de los casos relatados en el anterior capítulo por diversas razones. La primera de ellas es el aspecto de la entidad: una criatura horrorosa, provista de alas similares a las de un murciélago, y unos grandes y penetrantes ojos rojos. En principio, su fisonomía se aparta bastante de la mostrada por otros tripulantes de los ovnis.

Es más, si no fuera por los numerosos avistamientos que acompañaron las apariciones de este enigmático ser en el tiempo y el espacio, quizá estos encuentros habrían pasado de largo para los investigadores ovni. De hecho, los especialistas en criptozoología también se han mostrado muy interesados en las apariciones de este ser, que los testigos describieron como «mitad hombre, mitad insecto».

Zona caliente

West Virginia es un estado norteamericano rico en avistamientos ovni. Sin embargo, lo más interesante de esta región es que, por alguna razón, la zona ha sido escenario de numerosos encuentros con criaturas de aspecto extraño, casi bizarro. Catorce años después de que tuviera lugar el inquietante suceso de Flatwoods, y a tan solo unas decenas de kilómetros de aquel lugar, otro pequeño pueblo del estado iba a vivir su propia pesadilla. Por desgracia para sus protagonistas, en esta ocasión el terror iba a durar mucho más tiempo.

Antes de continuar con este apasionante caso, que ha sido recientemente llevado al cine¹, no me resisto a señalar al lector un detalle referente a la descripción de ambas entidades —la de Flatwoods y la del Mothman— y que resulta muy curiosa, cuando no «sospechosa»: tanto una como la otra mostraron a los testigos unos inquietantes y penetrantes ojos. ¿Simple casualidad?

Trece meses de terror

A lo largo de trece meses (entre noviembre de 1966 y diciembre de 1967) los vecinos de Point Pleasant creyeron estar viviendo una terrible pesadilla de la que no podían despertar. Durante todo ese tiempo vivieron bajo una constante sensación de miedo e inseguridad. Más de un centenar de personas de la zona declararon haber visto a un terrorífico ser alado con

¹ A comienzos de 2002 se estrenaba en todo el mundo la película *Mothman, la última profecía*, que recogía —tras algunos cambios argumentales en el guión— los sucesos acaecidos en la hasta entonces tranquila localidad de Point Pleasant. El filme, que fue protagonizado por el famoso Richard Gere, estaba basada en el libro *The Mothman prophecies*, del ufólogo John Keel, escrito años atrás. Precisamente, el director del largometraje, Mark Pellington, tuvo como asesores al propio Keel y al antropólogo y criptozoólogo estadounidense Loren Coleman.



El ufólogo John Keel investigó a fondo los sucesos de Point Pleasant y popularizó los hechos con su libro *The Mothman Prophecies*.



unos penetrantes ojos rojos. Varios de estos testigos aseguraban incluso que la misteriosa criatura —mitad hombre, mitad pájaro— les había advertido de un futuro desastre en la población. Un año después del inicio de los avistamientos, el puente que unía la localidad con Ohio se derrumbó, causando 46 víctimas mortales. En 1975, el investigador John Keel publicaba *The Mothman Prophecies*, un clásico de la ufología norteamericana en el que recogía sus investigaciones personales sobre el terreno. Treinta y cinco años después de los hechos, el libro y su autor inspiraron una versión cinematográfica que describía aquellos enigmáticos sucesos.

Aunque ya se habían producido varios avistamientos con anterioridad, el gran revuelo se produjo a raíz de los acontecimientos ocurridos el 15 de noviembre de 1966. Aquella noche, dos parejas de jóvenes circulaban con su coche por una zona conocida como «área TNT», un antiguo almacén de explosivos de la Segunda Guerra Mundial situado a 11 kilómetros de Point Pleasant. Una de las jóvenes, Linda Scarberry, observó algo en la oscuridad de la noche que llamó su atención. Dos grandes ojos rojos parecían observarles desde uno de los edificios. Tras aquellos ojos penetrantes se encontraba una figura

Dibujo del «hombre-polilla» observado en Point Pleasant (West Virginia).



de unos dos metros de altura y color gris, provista de grandes alas. Atemorizados por la misteriosa presencia y aquella mirada hipnótica, los muchachos emprendieron la huida, dirigiéndose hacia la autopista 62 en dirección a Point Pleasant. Pero su pesadilla no había hecho más que comenzar. Cuando circulaban a gran velocidad por la autopista, se percataron de que la criatura les observaba desde una colina cercana. Al pasar a su altura, el «hombre-pájaro» extendió sus enormes alas y levantó el vuelo, comenzando así una frenética persecución que desató la histeria en el interior del coche. Aquella loca carrera no terminó hasta que el ser desapareció, cuando ya se encontraban en la entrada del pueblo.

Una vez en la localidad se dirigieron a la comisaría, y allí relataron lo ocurrido al asistente del sheriff, Milard Halstead. El agente, que conocía a los jóvenes desde hacía años, confió en el relato de los muchachos y regresó con ellos al área TNT. Pero allí no había rastro del extraño humanoide alado. Al día siguiente, la increíble y terrorífica aventura de estos jóvenes

copaba los titulares de la prensa de todo el condado. Uno de los periodistas, con cierto tono irónico, bautizó a la criatura como «hombre-polilla», basándose en la descripción de los testigos. A partir de ese momento los testimonios se multiplicaron, y la psicosis se apoderó de todo West Virginia.

A la caza del Mothman

Alarmados por la prensa y el relato de las dos parejas, cientos de vecinos de la zona se apostaron en los terrenos del área TNT armados hasta los dientes, esperando la aparición de la criatura con la intención de darle caza. Sin embargo, el huidizo Mothman no parecía dispuesto a plantarles cara. Al menos no como ellos esperaban. No muy lejos de allí, Raymond Wamsley y su familia iban a protagonizar el siguiente capítulo de la historia. Mientras se dirigían a la casa de unos amigos



*Representación
fantástica del
Mothman.*

observaron una luz roja que sobrevolaba el área TNT, aunque no le dieron demasiada importancia.

Al llegar a su destino y salir del coche, «algo» estaba esperándoles. Marcella Bennett bajó del vehículo con su hija en los brazos, y fue entonces cuando pudieron ver a una extraña figura de gran tamaño y unos ojos terribles. Bennet quedó como hipnotizada al ver al extraño ser y se desvaneció, dejando caer a la pequeña. Al volver en sí recogió a su hija y, junto con los aterrados testigos, entró en la casa. Desde el interior telefonaron a la policía, pero cuando esta llegó no encontraron rastro alguno de la criatura.

Invasión ovni en West Virginia

Los encuentros con el Mothman continuaron produciéndose y la alarma social aumentaba a pasos agigantados. Poco después del inicio de los avistamientos, surgieron distintas opiniones que trataban de explicar los extraños sucesos. Una de las que tuvo más difusión fue la propuesta realizada por el doctor Robert Smith, biólogo de la Universidad de West Virginia. Según Smith, los testigos habían confundido a un ave común —la grulla de Sandhill— con una criatura sobrenatural. Cuando John Keel mostró a algunos testigos una fotografía del animal, todos respondieron tajantemente que aquello no era lo



Ejemplar de la grulla de Sandhill. De nuevo, algunos investigadores «explicaron» los hechos echando mano de un animal común. Argumentaron que el Mothman era en realidad una simple grulla.

El mapa muestra los lugares de los distintos avistamientos registrados en aquellas fechas.



que ellos habían visto. «No es lo que nosotros vimos. Este pájaro jamás nos habría dado alcance como hizo aquello». A pesar de que las palabras de Roger Scarberry —uno de los testigos de la persecución en el área TNT— sonaban rotundas, los escépticos se sintieron tranquilizados con la explicación de la grulla. Resulta curioso que, al igual que sucediera en el caso de Flatwoods de 1952 y en el de Hopkinsville de 1955, en los sucesos de Point Pleasant se propusiera también la confusión con un ave para explicar los hechos. Y seguramente no será la última...

Sin embargo, el misterio no estaba dispuesto a conceder tregua. Ya en los meses anteriores a la aparición del «hombre-polilla», los avistamientos de ovnis en el estado habían sido numerosos. Durante los trece meses que duró la pesadilla, lu-

ces no identificadas se dejaron ver en numerosas ocasiones. A finales de 1967, en la zona se habían registrado ¡más de mil avistamientos! Curiosamente, a medida que aumentaba la presencia de luces y aparatos extraños en el cielo, los informes sobre la criatura de ojos rojos disminuían. Los ovnis solían sobrevolar a baja altura el área TNT, y de nuevo los curiosos se apostaron en sus proximidades con la esperanza de convertirse en protagonistas de lo extraordinario.

Otros, sin pretenderlo, lo consiguieron. En marzo de 1967, el policía Harold Harmon circulaba con su coche por las cercanías del área TNT cuando observó la presencia en los cielos de un objeto ovoide que sobrevolaba un estanque cercano en completo silencio. El asombrado agente llegó a observar lo que parecía una especie de ventanillas y describió el movimiento del objeto como «el de una barca meciéndose sobre las olas». Harmon no sería el único en ver ovnis en el lugar. Aquel mismo mes, dos mujeres que viajaban en coche declararon haber presenciado cómo el «hombre-polilla» volaba hacia un gran ovni de color rojo.

La tragedia

Eran las cinco de la tarde del 15 de diciembre de 1967 cuando el Silver Bridge —el puente colgante que une Point Pleasant con Ohio— se vino abajo, llevándose consigo la vida de 46 personas. Aunque los peritos dictaminaron que el colapso del puente se debió a un fallo en la estructura, para los vecinos de Point Pleasant la realidad era muy distinta: las apariciones del misterioso y aterrador Mothman estaban íntimamente relacionadas con la tragedia del Silver Bridge. Mientras para unos el monstruo había sido el causante del accidente, otros aseguraban que el ser habría estado avisando de la inminente desgracia. El propio Keel, durante su investigación en el lugar, había recibido extrañas llamadas de teléfono que le advertían de una posible catástrofe.



La tragedia del hundimiento del puente de la localidad puso fin a los encuentros con la criatura. Según el testimonio de algunos testigos, los encuentros pretendían avisar de la inminente tragedia.

Aquella fatídica tarde nadie vio al «hombre-polilla» en Point Pleasant. Sin embargo, a pocos kilómetros de allí, la familia Lilly era testigo de las evoluciones de doce ovnis que sobrevolaron en formación un bosque cercano a su domicilio. Este último avistamiento supuso el punto y final a trece meses de terror. Trece meses «imposibles» que permanecen vivos e imborrables en la memoria de los habitantes del pequeño pueblo.

Los otros Mothman

Aunque las apariciones de Point Pleasant son las más conocidas, otros seres de aspecto sospechosamente similar han sido vistos por diferentes testigos en distintas épocas y lugares de todo el mundo. A continuación, veremos algunos de los casos más destacados:

El primero de estos sucesos se remonta a la temprana fecha de la década de 1920. El 22 de febrero de 1922, en Nebraska (EE. UU.), un cazador observó la repentina aparición de un ser volador de gran altura que se posó en el suelo y dejó sus huellas en la nieve. El investigador galo Jacques Vallée tuvo conocimiento del caso tras encontrar un informe sobre el mismo en una carta conservada entre los archivos ufológicos de la Fuerza Aérea norteamericana. El remitente, William C. Lamb, relataba en aquella misiva un sorprendente suceso. En la madrugada de aquel 22 de febrero, Lamb se encontraba cazando

cerca de la población de Hubbell cuando un extraño sonido llamó su atención. Inmediatamente vio cómo sobre su cabeza pasaba un gran objeto. El asombrado cazador decidió esconderse tras un árbol para poder observar mejor y fue entonces cuando pudo contemplar cómo un ser alado tomaba tierra dejando huellas sobre la nieve. Según las apreciaciones del testigo, aquella criatura —mitad hombre, mitad pájaro— medía al menos dos metros y medio de altura. Aunque Lamb intentó darle alcance, sus esfuerzos resultaron inútiles.

Más de treinta años después, también en los Estados Unidos, tuvo lugar un suceso no menos extraño. Eran las dos y media de la madrugada del 18 de enero de 1953. Tres personas se encontraban charlando en el porche de una casa de Houston (Texas), tratando inútilmente de sobrellevar el sofocante calor que les impedía dormir. Una de las testigos, Hilda Walker, describió de la siguiente manera el suceso:



Uno de los lugares donde se apareció la misteriosa criatura.

Estábamos charlando tranquilamente cuando, de pronto, miré hacia arriba y, a unos siete u ocho metros, vi una gran sombra que cruzaba el césped. En un principio pensé que era el reflejo agrandado de alguna polilla grande atrapada en uno de los faroles de la calle. Pero entonces la sombra pareció saltar hacia arriba a un nogal.

Hilda avisó a sus acompañantes, Howard Phillips y Judy Meyers, quienes declararon que aquel ser les recordó a un hombre provisto de alas de murciélago. Los testigos también apreciaron que la criatura —que medía al menos dos metros— iba ataviada con una especie de traje gris oscuro muy ajustado al cuerpo. Mientras asistían atónitos a la escena, el «hombre-pájaro» se posó en la rama de un árbol. Meyers no pudo contenerse y gritó aterrada. En ese preciso instante la figura se esfumó ante sus ojos, como si se hubiera volatilizado.

Pero su increíble «aventura» no acabó ahí. Instantes después de la desaparición del ser, comenzó a escucharse un penetrante zumbido² e inmediatamente entró en escena un objeto luminoso de color blanco y forma de cigarro puro. De nuevo el binomio *ovnis-hombres pájaro*. Cuando estas tres personas relataron su experiencia a los periodistas del diario *Chronicle*, de Houston, aportaron otros muchos detalles. Según Hilda Walker, el humanoide tenía unas enormes alas plegadas en la espalda y todo su cuerpo emitía un suave resplandor de color gris.

Viajemos ahora al «otro lado del charco». Concretamente hasta el condado de Kent, en Inglaterra. En noviembre de 1963, cuatro jóvenes que acaban de salir de un baile caminaban tranquilamente por uno de los caminos vecinales que existían entonces en Sandling Park. Uno de los muchachos, el joven John Flaxton, se percató de la existencia en el firmamento de una «estrella» muy brillante que parecía dirigirse hacia

² Nos encontramos de nuevo ante una constante en la fenomenología OVNI. En numerosos incidentes con los no identificados y sus tripulantes, los testigos aseguran haber escuchado un extraño zumbido, muy similar al del vuelo de las abejas o al producido por los tendidos eléctricos de alta tensión.

donde se encontraban, y avisó a sus compañeros. Al principio observaron la extraña luz con curiosidad, pero cuando comenzó a acercarse en exceso hacia ellos empezaron a sentirse realmente inquietos. Cuando creían que aquella luz iba a caer donde se encontraban, se detuvo en el aire y se escondió tras un bosquecillo cercano.

Todos echaron a correr, visiblemente asustados. Pero la luz no estaba dispuesta a concederles tregua. La «estrella», de forma ovalada, apareció de nuevo a unos sesenta metros de distancia y a una altura de unos tres metros sobre el suelo. En ese momento se inició un «juego», sobre el que los investigadores estamos muy acostumbrados a oír de labios de los testigos: «Cuando nos movíamos, se movía, y si nos parábamos, la luz hacía lo mismo», declaró uno de los muchachos. Minutos después desapareció de nuevo, y «algo» aún más aterrador apareció en su lugar. Una figura negra, con una talla similar a la de un hombre, surgió entre los arbustos, desplazándose en dirección a los aterrados muchachos. Aquel ser, que parecía sacado de una película de terror, carecía de cabeza y, como en el caso de Houston, tenía unas grandes alas plegadas en la espalda. Evidentemente, los adolescentes echaron a correr en busca de ayuda.

Aunque su relato sonaba absurdo, la policía quedó convencida de que algo muy real, fuera lo que fuese, había atemorizado de verdad a aquel grupo de jóvenes. Sus rostros reflejaban tal pánico que resultaba difícil imaginar que estuvieran inventando toda aquella historia.

El «monstruo» de Mawman

Los sucesos que voy a relatar a continuación tuvieron lugar en la localidad inglesa de Mawnan (Cornualles), en la década de 1970. El primero de los avistamientos, ocurrido el 17 de abril de 1976, fue protagonizado por June Melling y su hermana Vicky (de doce y nueve años, respectivamente). Las ni-

ñas se encontraban paseando cuando, de pronto, vieron una extraña figura que volaba en torno a la torre de la iglesia. Los dibujos que realizaron para describir lo que habían visto hablan por sí solos. Un ser de gran tamaño, con enormes alas emplumadas, ojos rasgados y grandes orejas picudas.

La cosa no quedó ahí. Tres meses después, el 3 de julio, se repetía la escena. Otras dos niñas, Sally Chapman y Barbara Perry (ambas de catorce años), se toparon con un ser similar. Este es el relato de una de ellas:

Era como un gran búho con orejas puntiagudas, tan grande como un hombre. Los ojos eran rojos y brillantes. Al principio creí que alguien se había disfrazado para gastarnos una broma, con la intención de asustarnos. Me eché a reír, y mi amiga también, pero después se elevó en el aire y las dos chillamos. Cuando despegó, pudimos ver que sus pies eran como pinzas.

Al día siguiente, otras dos niñas volvían a observar al misterioso «hombre-búho» en las cercanías de la iglesia de Mawnan. Jane Greenwood y su hermana se encontraban en el lugar cuando vieron una figura del tamaño de un hombre agazapada



Todos los testigos coincidían en señalar que la extraña criatura poseía unos penetrantes e hipnotizadores ojos rojos.

tras unos árboles. Antes de que emprendiese el vuelo, las dos chiquillas pudieron observar numerosos detalles de la criatura: tenía unos enormes ojos rojos, los pies eran dos pinzas parecidas a las de un cangrejo y todo su cuerpo estaba cubierto de plumas de color gris. La descripción coincidía plenamente con la de Sally y Barbara.

Tras dos años de tranquilidad, en junio de 1978 el «monstruo» de Mawnan volvió a hacer acto de presencia. Y de nuevo el testigo fue una adolescente. En los primeros días del verano, una muchacha de dieciséis años se encontró frente a frente con una criatura que describió como «un monstruo, un diablo que volaba a través de los árboles cerca de la vieja iglesia de Mawnan». Dos meses después, el 2 de agosto, tres turistas francesas corroboraron la visión de la primer testigo: un gran pájaro peludo de color blanco y ojos rojos había aparecido de nuevo.

Capítulo 7

Paralizados por los ovnis

SI ABORDÁSEMOS DE FORMA monográfica el asunto de los efectos fisiológicos causados tras los encuentros con ovnis y humanoides, sin duda alguna podríamos escribir varios libros sobre el particular. La casuística es tan abundante, y los efectos derivados de la proximidad con estos artefactos y sus tripulantes son tan variados, que resulta difícil decidir qué casos seleccionar. Puesto que el propósito de este libro no es el de abordar de manera científica el fenómeno ovni sino, por el contrario, hacer un repaso general de los incidentes más destacados, he decidido seleccionar un aspecto del fenómeno menos común, aunque no por ello poco frecuente: la parálisis en los testigos. De todos modos, invito al lector a que consulte algunos excelentes trabajos realizados al respecto, como los llevados a cabo por el científico e investigador John Schuessler o el español Miguel Guasp¹.

Otro de los motivos que me ha llevado a decantarme por los casos de «parálisis» es su aparente «benignidad». A diferencia de los incidentes con efectos perjudiciales para la salud de los testigos, en los incidentes donde se produce una paralización del testigo, este no suele sufrir ninguna alteración grave en su salud. De todos modos, sí se han registrado otros efec-

¹ GUASP, Miguel. «Efectos radiofisiológicos presuntamente vinculados a observaciones de ovnis», en *Cuadernos de Ufología*, núm. 13, pp. 54-65.

tos «colaterales», como hipersomnias² (como veremos en el caso de Maurice Masse) o fiebres altas.

Humanoides en un campo de lavanda

Como todos los días, Maurice Masse se levantó muy temprano con la intención de iniciar una nueva jornada de trabajo. Las agujas del reloj acababan de señalar las cinco de la mañana y, aunque la localidad francesa de Valensole aún no se había desperezado, aquel 1 de julio de 1965 el agricultor, de cuarenta y un años, encaminó sus pasos en dirección a una finca de lavanda de su propiedad, situada a unos dos kilómetros de la población y cuyo cultivo estaba destinado a la industria del perfume.

Siguiendo su rutina diaria, adquirida con el paso de los años, Masse se dispuso a disfrutar de un cigarrillo antes de iniciar el trabajo con la ayuda de su tractor. Se resguardó tras un pequeño montículo y mientras saboreaba aquel «pitillo» hasta sus oídos llegó un extraño sonido, similar a un silbido penetrante. Aquello llamó su atención, pero tampoco le concedió demasiada importancia ya que pensó que se trataba de algún helicóptero militar, de los muchos que solían aterrizar en los alrededores durante sus maniobras. De hecho, Masse estaba tan acostumbrado a la presencia de estos artefactos que en muchas ocasiones solía charlar con los pilotos mientras se concedía un descanso, sobre todo si estos compartían con él una de sus mayores aficiones: la caza.

«Ladrones cósmicos»

Sin embargo, se sintió un poco molesto por el hecho de que en esta ocasión hubiesen escogido precisamente su finca para

² Alteración del sueño que se caracteriza por un aumento anormal de la necesidad de dormir.

Uno de los investigadores examina una de las huellas dejadas por el ovni aterrizado.



Vista general del lugar del presunto aterrizaje. Se aprecian claramente las marcas dejadas por el supuesto aterrizaje.

aterrizar. Cuando salió de su «escondrijo», pudo observar un artefacto similar a un balón de fútbol americano que se encontraba posado en el suelo y a una distancia de unos noventa metros. El objeto también presentaba en su parte superior una especie de cúpula y sus dimensiones eran similares a las de un automóvil de gran tamaño. Además, parecía estar apoyado sobre seis patas o apéndices, y en su parte central destacaba una especie de tubería. Pero lo que más llamó su atención fue la presencia junto al artefacto de dos figuras de aspecto humano y reducida estatura, que más tarde comparó con la de un niño de ocho años.

El agricultor pensó que aquellos hombrecitos eran ladrones o gamberros que pretendían estropear su campo y decidió pillarlos por sorpresa³, por lo que se dirigió hacia ellos sigilosa-

³ Algunas semanas antes de su sorprendente encuentro y en varias ocasiones, Masse y su padre habían encontrado varias plantas dañadas, como si alguien se hubiese entretenido arrancando las plantas más jóvenes. Es lógico que pensara que había dado, por fin, con los causantes de aquellos destrozos.

Montaje de la posición del objeto en el campo y la localización de uno de los seres observados por el señor Masse.



mente dando un pequeño rodeo. Cuando se encontraba a escasos metros de los dos seres pudo observar con detenimiento su extraño aspecto. Ambos vestían trajes de una pieza y color gris verdoso; también portaban un cinturón, y en el lado izquierdo de este un curioso artefacto en forma de cilindro. Masse se encontraba ya a menos de diez metros de los humanoides cuando, de pronto, estos se percataron de su presencia y se giraron rápidamente. Según describiría más tarde a los investigadores, los dos seres se mostraron sumamente alarmados, como si la repentina llegada de Masse hubiera trastocado sus intenciones.

El agricultor, que en un instante había pasado de «cazador» a «cazado», no tuvo tiempo para reaccionar. Con gran rapidez, uno de los hombrecillos llevó su mano a la cintura y agarró el extraño cilindro, apuntando con él en dirección a Masse; a continuación, un haz de luz surgió del artefacto y el perplejo Maurice se vio totalmente inmovilizado. A pesar de realizar un gran esfuerzo por su parte, ni un solo músculo de su cuerpo se movió. Únicamente era capaz de mover sus ojos y de respirar. Y de esta guisa el pobre cultivador de lavanda se convirtió en espectador de una absurda e insólita escena. Aquellos seres de gran cabeza calva y ojos rasgados se enzarzaron en una agitada conversación que Masse fue incapaz de entender, ya que los humanoides parecían comunicarse mediante el intercambio de sonidos guturales. Sorprendentemente aquellos sonidos no provenían de sus bocas, sino que parecían salir de la zona del pecho. Pese a no comprender lo que estaban diciendo, Masse

intuyó que aquellos seres hablaban de él, como si estuvieran discutiendo qué debían hacer.

Aunque su situación era de total indefensión ante los hombrillos, en su relato posterior declaró que no se sintió amenazado por ellos. Es más, a él le pareció todo lo contrario. Aquellos humanoides le inspiraban una sensación benéfica.

Después de un par de minutos de animada e ininteligible charla, los pequeños seres entraron en el interior del ovni a través de una compuerta y al poco tiempo comenzó a escucharse el silbido que Masse había oído antes de comenzar su aventura. Instantes después, el objeto se elevó sobre los campos y desapareció a gran velocidad. El propio Masse no pudo aclarar a los ufólogos si el objeto se había alejado muy rápido o si simplemente había desaparecido en el aire.

Mientras tanto, el testigo permanecía paralizado y, aunque pensó que puesto que los seres se habían marchado en su aparato pronto podría moverse, para su sorpresa continuó tan inmóvil como hasta entonces. Y así estuvo, como una escultura en medio del campo, durante al menos un cuarto de hora. Pasado ese tiempo comenzó a recuperar lentamente el control de su cuerpo y pudo moverse con total normalidad. Fue entonces cuando comprobó que la presencia de aquel artefacto volador en su campo de lavanda había quedado registrado con las marcas de algunas huellas⁴.

La gendarmería entra en acción

Aturdido por lo que acababa de presenciar, Masse decidió que aquel no era el mejor día para trabajar y encaminó sus pa-

⁴ Aquella misma noche, Masse regresó al lugar del aterrizaje en compañía de su hija de dieciocho años y ambos pudieron comprobar que las huellas seguían allí. Entre ellas destacaba la que correspondía con el tubo central, que por la mañana aparecía rodeada de un barro muy líquido y que por la noche apareció completamente solidificado. Curiosamente, durante aquellas fechas anteriores al encuentro no había llovido.

sos hacia el pueblo. Una vez allí entró en el café Des Sports, propiedad del señor Moisson. Ante la atenta mirada de su amigo y con el rostro blanco y desencajado, Masse relató los detalles de su increíble experiencia.

Moisson, conocedor de la seriedad y honestidad del campesino, no dudó de su relato e intentó convencerle para que acudiera a la gendarmería. Sin embargo, el testigo, visiblemente nervioso, se negó en redondo y aseguró que en realidad todo había sido una broma.

Pero el dueño del café Des Sports no se quedó convencido con la explicación de su amigo y decidió comprobar el relato por sí mismo, acudiendo al campo de lavanda. Encontró las huellas y no le quedó la menor duda: algo pesado y muy real se había posado sobre el cultivo. La noticia no tardó en circular y llegó a oídos de la gendarmería de Valensole, cuyo jefe interrogó a Maurice. Poco después comenzaron a llegar curiosos e interesados desde distintos puntos del país, agitando la hasta entonces tranquila población.

Efectos inesperados

Pero aquello no había acabado ahí. Tan solo tres días después de su encuentro cercano con los humanoides, Masse experimentó una crisis nerviosa provocada por las constantes entrevistas a la policía, la prensa y el acoso de los curiosos. A partir de ese momento se manifestó en él un curioso efecto se-



Maurice Masse junto a su campo de lavanda, donde se desarrollaron los sorprendentes sucesos.

El caso tuvo una gran repercusión internacional. En la imagen, una portada de una revista sobre platillos volantes en la que aparece recogido el suceso de Valensole.



cundario: Masse comenzó a dormir entre doce y quince horas al día, llegando a suponerle un gran esfuerzo permanecer despierto más de cuatro o cinco horas seguidas. Este hecho resultaba realmente extraño, sobre todo teniendo en cuenta que nuestro testigo acostumbraba a dormir tan solo unas cinco horas antes de protagonizar el suceso.

Algún tiempo después del encuentro, varios investigadores del GEPA (Grupo de Estudio de Fenómenos Aéreos) acudieron a Valensole, en compañía de Aimé Michel, con la intención de llevar a cabo una exhaustiva investigación. Tras realizar varias entrevistas al testigo, fotografiar el lugar y llevar a cabo varios análisis⁵, los ufólogos galos llegaron a la misma conclusión que la policía del pueblo: Masse parecía decir la verdad. Cuando contrastaron la seriedad del testigo con los vecinos de la localidad todos resaltaron su personalidad intachable. De hecho, Masse había combatido en la resistencia francesa durante la ocupación nazi⁶ y su seriedad estaba fuera de toda duda para sus paisanos. De modo que los investigadores no tuvieron más remedio que aceptar que algo muy extraño había ocurrido aquel primero de julio en la localidad.

⁵ Los análisis sobre muestras tomadas del terreno por los miembros del GEPA no arrojó ningún resultado sorprendente, a excepción de un alto contenido en calcio.

⁶ VALLEF, Jacques, *op. cit.*

Además, poco después de los hechos algo vino a refrendar el testimonio del agricultor. Las plantas que se encontraban junto a las huellas comenzaron a morir, pese a los esfuerzos y cuidados del propio Masse. Incluso años después, cuando los investigadores regresaron hasta el campo de lavanda, resultaba fácil distinguir el lugar del aterrizaje.

Hipótesis convencionales para un enigma

Algún tiempo después de que se conocieran los hechos, las autoridades militares francesas declararon —según recogió el diario *Le Dauphine Liberté*— que probablemente lo que Masse había observado era en realidad un helicóptero militar que participaba en unas maniobras llamadas Provence 65 y que se llevaron a cabo en la zona de Valensole⁷.

Sin embargo, las mediciones que la policía realizó de las huellas no coincidían con las que debería haber provocado un helicóptero modelo Alouette, que fue el utilizado en las mencionadas maniobras. Además, ¿por qué y, lo que es más importante, cómo iban a paralizar los supuestos pilotos del ejército francés al pobre Maurice? ¿Acaso disponían de algún artefacto secreto capaz de inmovilizar a una persona y decidieron probarla con un sencillo y humilde campesino francés? Más aún: si disponían de tal artilugio, ¿por qué no lo han empleado abiertamente hasta la fecha de hoy, más de treinta años después del suceso?

Claro está que podría dudarse del testimonio de Masse, pero ¿qué helicóptero causa unas huellas semejantes que provocan la muerte de las plantas y cuyo efecto perdura durante años? A todo lo anterior hay que añadir que —como ya explicamos al principio del capítulo— el testigo estaba acostumbrado a tratar con los pilotos de los helicópteros e incluso en

⁷ HANSEN, «Ufo Casebook», artículo incluido en la recopilación *UFOs 1947-1987, The 40 Year search for an explanation*, Fortean Tomes, Bufora, Londres, 1987.

Retrato robot de uno de los seres observados por Maurice Masse. En su mano el humanoide sostiene un extraño cilindro con el que paralizó por completo al testigo.

un primer momento (antes de ver el objeto y a sus tripulantes) pensó que el extraño sonido procedía de uno de estos artefactos del ejército. Parece improbable, por tanto, que Masse confundiera un helicóptero con un ovni estando, como estaba, acostumbrado a verlos aterrizar en la zona.

Otra de las hipótesis que se plantearon para explicar el incidente la propuso el antropólogo y folclorista danés Age Skjelborg. Según Skjelborg, Masse habría sufrido una alucinación, provocada por su temor a que el gobierno galo acabara con sus cultivos y alimentada por unos hipotéticos relatos de campesinos italianos que estuvieron trabajando por la zona y que le habrían hablado de los encuentros con humanoides ocurridos en 1954 en el norte de Italia. Por desgracia, la hipótesis del danés tenía un obstáculo insalvable ante sí: la presencia de las huellas. ¿Qué alucinación es capaz de provocar alteraciones semejantes en el terreno?



El secreto de Maurice Masse

Tiempo después del encuentro, Aimé Michel regresó de nuevo a Valensole —esta vez en compañía de Charles Bowen,

editor de la publicación británica *Flying Saucer Review*— con la intención de volver a entrevistar a Masse y aclarar algunos puntos oscuros. Fue en esa ocasión cuando tuvo lugar una misteriosa conversación entre el ufólogo galo y el testigo que no me resisto a reproducir aquí:

AIMÉ MICHEL.—Siempre he tenido la impresión de que no me lo ha contado todo.

MAURICE MASSE.—Eso es cierto. No lo he contado todo. Pero ya he dicho demasiado. Habría sido mejor si me lo hubiera guardado todo para mí.

Cuando Michel trató de explicarle que lo que ocultaba seguramente podría significar mucho para mucha gente, Masse respondió:

—Sí, es muy importante, pero no puedo explicar nada. Todo lo que podría hacer sería decir cosas que no serían comprendidas. Tienes que vivirlo para comprenderlo.

—¿Cómo sabe eso? Solo inténtelo.

—Señor, lo que no le he contado, no se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi mujer, y nadie conseguirá que lo cuente. No insista sobre ello.



El testigo durante una de las múltiples entrevistas concedidas a periodistas e investigadores.

Plano de las huellas subterráneas producidas tras el aterrizaje del ovni en el campo de lavanda de Maurice Masse.



En haut : extrait du rapport officiel de la Gendarmerie nationale de Dignes du 23 août 1965. En bas : croquis reconstituant l'engin observé par Maurice Masse, qui le décrit ainsi : « Cela avait la taille d'une Dauphine, et une couleur mate. Il était posé sur six pieds, et un pivot couleur acier se trouvait au centre. Aucun hublot, seule une porte glissante s'ouvrait de haut en bas... L'engin est parti en oblique. Il a disparu tel un éclair. »

...rière montant de bas en haut à la



L'UN D'EUX TIEN À LA MAIN UN PETIT OBJET CYLINDRIQUE ET LE POINTE VERS LE CULTIVATEUR QUI, DES LORS, SE TROUVE DANS L'INCAPACITÉ D'EFFECTUER LE MOINDRE MOUVEMENT...

Momentos del encuentro cercano, según lo plasmaron los dibujantes Lob & Gigi.

¿Qué pudo haber presenciado el señor Masse mientras estuvo paralizado que le ha llevado a no querer contarlo? A tenor de sus declaraciones, debió ser algo realmente insólito y sorprendente. Por otro lado, esa reticencia a la hora de relatar ese detalle «oscuro» de su encuentro dice bastante a su favor. De haber sido todo un embuste, lo lógico es que hubiera contado una historia completa, sin necesidad de mantener oculto ningún detalle.

Lo que parece claro es que, sea lo que fuere, Masse lo vivió como algo muy íntimo y personal, hasta el punto de no

querer compartirlo ni siquiera con su propia esposa. Seguramente ese fragmento no aclarado del suceso resulte tan extraño y absurdo —incluso más aún que lo que ya conocemos— que hizo temer a Masse que nadie iba a darle crédito.

Castañuelo, 1972: un pastor y su rebaño paralizados por un ovni

En el siguiente caso, ocurrido en la población onubense de Castañuelo en 1972, no hubo presencia humanoide asociada al avistamiento. Sin embargo, dado lo interesante del suceso y teniendo en cuenta las similitudes con el encuentro de Maurice Masse, he decidido incluirlo pese a la ausencia de tripulante.

Al igual que en el caso francés, el protagonista del siguiente encuentro cercano es un sencillo hombre de campo. Juan González Domínguez, vecino de la pequeña aldea onubense, ha dedicado toda su vida a la ganadería, y más en concreto al cuidado de cabras. Es una persona con escasa cultura y de imaginación más bien pobre, poco dado a inventar historias de naves espaciales. El caso, como sucede con otros muchos incidentes ocurridos en Andalucía, fue dado a conocer por el pionero Manuel Osuna. Más tarde sería Juan José Benítez quien investigaría más a fondo el caso, entrevistándose personalmente con el testigo.

Una mañana de diciembre de 1972, nuestro testigo se dirigía con su rebaño de cabras desde Aracena hasta la citada población de Castañuelo, atravesando un paraje conocido como Los Barrancos. El sol brillaba en lo más alto, marcando el mediodía, mientras el pastor caminaba tranquilamente hacia su casa, como de costumbre. Nada hacía presagiar lo que estaba a punto de ocurrir. Mientras caminaba por la carretera que une ambas localidades, Juan escuchó un fuerte estruendo, similar a una explosión (¿similar, quizás, al escuchado por Lonnie Zamora en Socorro?), lo que le hizo levantar la vista. En ese momento observó un objeto extraño, similar en su forma a un fri-

gorífico⁸, que descendió hasta posarse en el asfalto de la carretera. Su aspecto era metálico y reflejaba los rayos solares. Además, se encontraba sustentado por lo que parecían ser cuatro patas y sus dimensiones podrían alcanzar los cuatro metros de anchura. Aquel misterioso artefacto volador, aterrizado a unos cincuenta metros del testigo, asustó a las cabras y a la perra provocando que los animales se volvieran hacia Juan, pero ninguno de ellos tuvo tiempo de reaccionar. De pronto, Juan sintió que no podía moverse. Y pronto comprobó que él no era el único en esa situación. Tanto las cabras —unas veinte o veinticinco— como la perra permanecían inmóviles como estatuas, congelados por una fuerza invisible que los había dejado en una postura insólita y ridícula. Al parecer, la escena resultó tan graciosa que el testigo sintió unas irrefrenables ganas de echarse a reír. Sin embargo, el estado en el que se encontraba se lo impidió⁹.

Pero aquel curioso e insólito fenómeno no le afectaba solo a él y sus animales. En ese momento, Juan cargaba a la espalda con un saco de bellotas que rondaría los cuarenta kilos. Sin embargo, por alguna extraña razón, no sentía su peso. Y así permaneció —petrificado como una estatua— por espacio de algunos minutos, hasta que el objeto volvió a despegar y desapareció dejando una fina estela de humo tras de sí. Segundos después, y a diferencia de Maurice Masse, Juan González recobró su movilidad. El pastor trató de encontrar algún rastro en el terreno que aclarara la naturaleza del artefacto, pero no encontró nada anormal y continuó su camino, aunque muy extraño, eso sí.

⁸ Aunque pueda resultar extraño, la forma de «nevera» o «cabina telefónica» es frecuente en algunos relatos de encuentros cercanos. Algunos casos españoles, por poner un ejemplo, son el aterrizaje de un objeto de estas características en Barakaldo (Vizcaya) en la década de los años setenta —investigado también por J. J. Benítez y mencionado en su libro *La quinta columna*— o el protagonizado por Miguel Carrasco, en Benacazón (Sevilla), en 1976. En ambos casos los testigos aseguraron haber visto humanoides junto a los objetos.

⁹ BENÍTEZ, Juan José. *El ovni de Belén*. Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1979.

Aquel extraordinario suceso no trascendió, ya que Juan solo se lo contó a sus familiares y amigos más cercanos. Y habría continuado así, oculto y desconocido, de no ser porque en el pueblo residía Ramón Muñoz, buen amigo del investigador sevillano Manuel Osuna. Muñoz tuvo conocimiento de lo ocurrido, y fue así como el suceso llegó a oídos de Juan José Benítez y otros investigadores.

De nuevo la oleada francesa

Volvamos a Francia y a su famosa oleada de 1954. Como comprobará el lector al repasar los párrafos siguientes, el curioso «efecto secundario» de la parálisis también se registró en aquellas fechas.

En septiembre de aquel año, un joven llamado Yves David, de veintiocho años, tuvo la fortuna —o la desgracia— de toparse frente a frente con un extraño personaje cerca de la población de Cenon. El humanoide, de muy corta estatura (característica esta común en la práctica totalidad de los incidentes con tripulantes de esa oleada), hizo algunos gestos, que el testigo interpretó de manera amistosa. Instantes después el hombrecito comenzó a avanzar en dirección al testigo, hablando en una lengua extraña, pero Yves fue incapaz de entenderle. Curiosamente, el joven galo se vio paralizado de repente y aunque intentó moverse, todos sus esfuerzos resultaron inútiles. Poco después el humanoide entró en un artefacto que estaba posado sobre la carretera, y al momento despegó rápidamente, dejando tras de sí una luz verdosa.

Al día siguiente, en Bouzais, un agricultor llamado Mercier se encontraba «haciendo guardia» en su viñedo. Hacía algunos días que «alguien» robaba sus cepas, y aquella noche estaba dispuesto a atrapar a los ladrones *in franganti*. Cuando el reloj marcaba las diez y media de la noche y mientras vigilaba sus campos, una masa luminosa «cayó» del firmamento y se posó a unos cincuenta metros de donde se encontraba. Cuando qui-

so darse cuenta, se encontraba totalmente paralizado. Segundos más tarde tres figuras surgieron de la luz y comenzaron a moverse alrededor de ella. En ese preciso instante, el testigo perdió la consciencia. Cuando despertó minutos después no quedaba rastro alguno de la extraña luz y sus tripulantes.

Algunos días después del encuentro ocurrido en el viñedo de Bouzais, concretamente el 9 de octubre, se producía otro suceso de características muy similares. En esta ocasión el escenario escogido por los *ufonautas* fue la población de Lavoux. Aquel día, sobre las siete de la tarde, el señor Barrault circulaba en bicicleta por una carretera cuando se encontró con una extraña figura de aspecto antropomorfo y ataviada con un traje ajustado. La criatura, de ojos brillantes, le lanzó una especie de rayo de luz y el testigo quedó paralizado. Mientras tanto, el humanoide caminó por el camino hasta que desapareció entre la espesa vegetación de un bosque cercano.

Como mencioné en el segundo capítulo, aunque el mayor número de observaciones de 1954 se registraron en el territorio francés, las regiones italianas del norte también vivieron una intensa actividad ufológica. Y fue precisamente en el norte de Italia, concretamente en la localidad de Parradicino d'Erba —muy cerca del lago de Como—, donde se produjo el siguiente incidente. El 20 de octubre del ya lejano 1954, un vecino de la población regresaba en coche a su casa. Mientras introducía su vehículo en el garaje comprobó aterrado que allí había alguien más. Un extraño ser, de poco más de un metro de estatura y enfundado en un traje ajustado y resplandeciente, permanecía de pie en las proximidades.

Antes de que el automovilista tuviera tiempo de reaccionar, el humanoide mostró un objeto similar a una lámpara y le lanzó un rayo de luz¹⁰. El testigo quedó paralizado al instante, aunque, a diferencia de los otros casos, logró recuperar la movilidad cuando apretó el puño en el que guardaba las llaves de su

¹⁰ De nuevo se repite el detalle. Prácticamente todos los testigos que quedaron paralizados aseguraron que los humanoides lanzaron contra ellos un «haz de luz».

coche. Armándose de valor, decidió atrapar al extraño ser y se lanzó sobre él. Sin embargo, no pudo atraparlo, ya que el humanoide alzó el vuelo como si de un pájaro se tratara y escapó rápidamente mientras se escuchaba una especie de silbido.

Un aspecto destacado de este suceso tuvo lugar después, cuando el testigo entró en su casa con el miedo todavía en el cuerpo y vivamente desconcertado por lo ocurrido. Comenzó a sentirse mal y tuvo que acostarse inmediatamente, víctima de una fiebre altísima y repentina. Resulta imposible determinar fehacientemente qué causó dicha fiebre. Quizá fue un efecto secundario del «rayo paralizante», de su proximidad al ser o incluso el resultado de una respuesta psicosomática causada por la tremenda impresión que le causó el encuentro.

Capítulo 8

¿Capturados por las cámaras?

«Lo que me ocurrió en los páramos era "imposible". Hace que todo lo que tú piensas que es normal, cierto y seguro se vea cuestionado.»

Philip SPENCER

SUELE DECIRSE, abusando del tópico, que una imagen vale más que mil palabras. En la casuística ufológica son miles las fotografías que pretenden constituir la evidencia definitiva de la presencia de ovnis —y en menor medida de sus ocupantes— en nuestro planeta. Por desgracia para todos nosotros, una gran mayoría de ellas corresponden a fraudes conscientes o, simplemente, a curiosos efectos de luz, defectos en el revelado, reflejos, etc., que son interpretados por sus autores —generalmente sin mala fe de por medio— como la prueba irrefutable de algo extraordinario y sobrenatural. Sin embargo, y al igual que sucede con la propia casuística, existe un reducto de imágenes que se resisten a la explicación o, al menos, que han resistido un intento por demostrar el fraude.

Quiero dejar claro, antes de que el lector se adentre en el presente capítulo, que mantengo mis dudas sobre los casos que voy a relatar a continuación. En uno de ellos, especialmente. De todos modos he decidido incluirlos, ya que no dejan de resultar de interés y porque, quizás, alguno de ellos podría —y

recalco de nuevo lo de «podría»— ser un documento auténtico, en el que haya quedado plasmada esa «otra realidad» que parece acompañarnos.

Un humanoide en los páramos

Entre los típicos paisajes de la campiña inglesa del condado de Yorkshire, siempre ha destacado especialmente la zona de Ilkley Moor. En esas tierras, de clima húmedo y neblinoso, no es extraño que la imaginación eche a volar, llevando a nuestra mente historias e imágenes propias de una película de terror. De hecho, no es casual que el genial Arthur Conan Doyle ambientara en los páramos de Ilkley una de sus novelas más famosas e inquietantes, *El perro de los Baskerville*. Y fue precisamente en este lugar —actualmente de gran afluencia turística— donde se produjo el caso que me dispongo a relatar a continuación.

Philip Spencer¹ había trabajado como policía en la agitada y estresante Londres durante cuatro años. Pero cansado del ajetreo y el agobio de la capital británica y buscando estar más cerca de su familia, en 1987 decidió cambiar de aires y trasladarse hasta la tranquila y sosegada zona de West Yorkshire junto a su mujer y su bebé.

El primer día de diciembre de aquel año, en torno a las 7.15 de la mañana, Philip salió de su hogar con la intención de visitar la casa de su suegro, que se encontraba en la población de East Morton. Para llegar hasta allí debía cruzar los páramos, y pensó que sería una oportunidad perfecta para realizar algunas fotografías del sugerente y misterioso paisaje. De modo que cogió su cámara de fotos y la cargó con un carrete de alta sensibilidad, más apropiada para las escasas condiciones de luz existentes en el lugar.

¹ Philip Spencer es un seudónimo, ya que el testigo expresó a los investigadores su deseo de permanecer en el anonimato.

Además, no olvidó llevar consigo una brújula, ya que la niebla que suele cubrir los páramos en esas horas tan tempranas hacen muy fácil perderse en aquellos parajes. Spencer se puso en marcha y cuando ya había caminado buena parte del camino escuchó un ruido sordo, que en un principio identificó como el producido por un avión. Sin embargo, Philip no fue capaz de ver nada, aunque no era raro a causa del cielo, que permanecía completamente cubierto por la niebla y encapotado por las nubes. Aún seguía pensando en aquel sonido cuando, por el rabllo del ojo, vio «algo» que se movía. Rápidamente giró su cabeza, y unas docenas de metros por delante de él pudo ver a una criatura de pequeño tamaño y color verde.

Inicialmente la sorpresa no le permitió reaccionar, pero cuando se percató de que estaba ante algo extraordinario lanzó un grito hacia aquel ser. La criatura pareció darse por aludido y se dio la vuelta, al tiempo que agitaba uno de sus brazos, como en señal de saludo. El policía, aunque estaba aturcido por lo absurdo de la escena, pudo reaccionar a tiempo y tomó su máquina fotográfica, disparando en una ocasión.



*Detalle del supuesto
humanoide fotografiado
por una cámara
en los páramos de
Ilkley Moor.*

No contento con haberlo capturado en la película fotográfica, Spencer decidió echar a correr, con la intención de alcanzar al humanoide y descubrir algo más de él. Pero el pequeño hombrecillo verde dio muestras de ser un buen corredor (Spencer declararía después que se movía mucho más rápido que una persona normal) y nuestro testigo fue incapaz de darle alcance. En un momento lo perdió de vista, pero aún llegó a tiempo de ver cómo un objeto plateado y con forma de disco despegaba y se perdía entre las nubes. En ese preciso instante se volvió a escuchar el ruido sordo que había oído con anterioridad, y comprendió que lo había causado el ovni.

Muy confundido y con sus pensamientos totalmente ocupados por lo que acababa de presenciar, Spencer olvidó por completo la visita a casa de su suegro y, en su lugar, encaminó sus pasos hasta Menston, la localidad más cercana. Y fue al llegar al pueblo cuando se dio cuenta de que algunas cosas no iban todo lo bien que deberían. Spencer comprobó que su brújula señalaba al sur en lugar de al norte. Además de esta curiosa alteración —para la que no encontró una explicación razonable—, le llamó la atención ver que todas las tiendas del pueblo estaban ya abiertas. Al mirar el reloj vio que eran las diez de la mañana. ¡Pero según sus cálculos no podían ser más de las ocho y cuarto!

Las dudas se agolpaban en su cabeza, de modo que decidió que haría lo posible por aclarar las cosas. Recordó la fotografía que realizó al humanoide y tomó un autobús que le llevó hasta el pueblo de Keighley, donde se encontraba la tienda de fotografía con revelado instantáneo más cercana. Apenas unas horas después, Spencer sostenía entre sus manos temblorosas la prueba de que lo que había visto era real.

Sobre el papel aparecía la silueta de la criatura de color verdoso. Aquello confirmaba que no había sufrido una alucinación. Algo o alguien se había paseado por los páramos aquella mañana. ¿Pero qué era? El policía decidió buscar información sobre lo que había experimentado, así que acudió a la biblioteca y «devoró» todo lo que encontró sobre el fenómeno de los

ovnis. Uno de los libros, escrito por la investigadora británica Jenny Randles, llamó su atención y decidió ponerse en contacto con ella. A su vez, Randles habló con su colega y amigo Peter Hough, y dio comienzo la investigación.

En busca de una evidencia

Como buenos investigadores, Randles y Hough tomaron con escepticismo la «prueba» presentada por Spencer. Sin embargo, con el tiempo pudieron comprobar que el testigo era una persona honesta y seria, que no parecía buscar beneficio alguno con aquella rocambolesca historia. Es más, Spencer pidió a los ufólogos que no dieran a conocer su auténtico nombre, y Hough inventó el seudónimo de Philip Spencer. Por si fuera poco, el policía cedió los derechos de explotación de la imagen al investigador, por lo que las posibles sospechas sobre una búsqueda de beneficio económico parecieron diluirse.



Los análisis realizados a la fotografía descartaron la posibilidad de un fraude en el negativo. Sin embargo, resulta imposible determinar si lo registrado en la imagen corresponde a un auténtico humanoide o, por el contrario, es un simple muñeco o cualquier otro objeto convencional. (Copyright: Peter Hough.)

Sin embargo, no todo eran buenas noticias. Por desgracia, la fotografía obtenida por el policía tenía demasiado grano y apenas podían apreciarse detalles del supuesto ser. Aquello dificultaba enormemente la investigación. A causa del exceso de grano —provocado por la alta sensibilidad de la película— la posibilidad de realizar ampliaciones de la fotografía resultaba prácticamente inútil. Había que buscar otras opciones.

Hough puso la imagen en manos de los laboratorios Kodak de Hempstead, y los especialistas de la casa fotográfica certificaron que no se habían manipulado el negativo, por lo que un montaje de este tipo quedaba descartado. Sin embargo, tampoco había forma de saber si lo que había registrado la cámara era un auténtico humanoide o una figura de cartón, por poner un ejemplo.

En su intento por explicar el origen de la instantánea, Hough llevó la fotografía a un experto en animales salvajes, quien descartó que se tratara de algún tipo de animal.

La historia se complica

Apenas un mes y medio después de que diera comienzo la investigación por parte de los ufólogos británicos, sucedió algo que complicó aún más toda aquella historia. Al parecer, el policía recibió en su casa la visita de dos extraños personajes, que se presentaron como oficiales de inteligencia de la RAF (Real Fuerza Aérea del ejército británico). Le mostraron sus credenciales y tras identificarse con los nombres de Jefferson y Davis solicitaron a Spencer que les entregara la famosa fotografía, ya que ese era su cometido.

Sin embargo, los supuestos militares tuvieron que irse con las manos vacías, ya que Spencer había facilitado la instantánea a Peter Hough para que realizara con ella los análisis pertinentes. Lo más extraño de todo es que no había manera de que aquellos hombres tuvieran conocimiento de la existencia de aquella imagen, ya que el suceso solo lo conocían la mujer

del policía, Jenny Randles; Hough, y Arthur Tomlinson, un compañero de este último. ¿Cómo habían sabido lo ocurrido? Bastante intrigado, Hough decidió hablar con la sección de inteligencia de la RAF para tratar de confirmar la existencia de aquellos misteriosos personajes, pero el resultado fue negativo. Desde las oficinas de la Fuerza Aérea aseguraron que no existía ningún oficial con esos nombres. Inmediatamente la sombra de los polémicos «hombres de negro» hizo acto de presencia en la historia.

La brújula se volvió loca

La investigación continuó, y el siguiente paso consistía en analizar la brújula que Spencer llevaba consigo el día de los hechos y que, misteriosamente, había visto invertida su polaridad. Es decir, en lugar de apuntar hacia el norte, hacía todo lo contrario, señalando al sur.

En busca de una posible explicación, Hough llevó la brújula al Instituto de Ciencia y Tecnología de la Universidad de Manchester. Allí pudo comprobar que la brújula, efectivamente, había sido expuesta a un campo magnético muy potente. Sin embargo, eso tampoco supuso una prueba definitiva, ya que no había forma de averiguar si la polaridad de dicha brújula había cambiado en los páramos de Ilkley. En su informe, Hough escribió lo siguiente a este respecto:

La persona a quien llevamos la brújula para su análisis fue al doctor Spooner, del departamento de ingeniería eléctrica de la Universidad de Manchester. ¿Cómo se había invertido la polaridad de la brújula? El doctor Spooner no pudo ofrecer una respuesta definitiva. Cuando probó a aplicar imanes industriales sobre la brújula, la aguja cambiaba su orientación, pero tan pronto como se quitaban los imanes el efecto desaparecía. De modo que se comprobó que un campo magnético de esas características no tenía efectos per-

manentes. El doctor Spooner y su ayudante experimentaron también con un fuerte campo magnético aplicado rápidamente. En esa ocasión, sí se produjo un cambio en la polaridad.

Este último método no resultaba caro y podía ser realizado por cualquier persona con ciertos conocimientos, pero el doctor Spooner aclaró que tenía un inconveniente: era una forma demasiado arriesgada, ya que había que emplear corriente eléctrica.

¿Abducción?

Dando muestras de un buen quehacer investigativo, Peter Hough decidió completar sus averiguaciones con un estudio psicológico del testigo, y lo llevó a un hospital en Preston donde existía una clínica de psicología. Allí, Spencer fue atendido por el doctor Jim Singleton, quien tras someterle a una serie de test y otras pruebas quedó convencido de que Spencer estaba diciendo la verdad. Al menos «su» verdad.

Pero la cosa no terminó ahí. Desde hacía algún tiempo, el policía venía sufriendo una serie de extraños sueños que le impedían descansar correctamente. Aprovechando esta circunstancia, y tratando de encontrar una explicación a esas pesadillas, Singleton decidió someter a Spencer a una sesión de hipnosis regresiva.

Para sorpresa de los presentes en aquella sesión, Spencer rescató de su memoria una sorprendente y alucinante historia de abducción, que supuestamente había tenido lugar el mismo día en el que fotografió al extraño ser.

He aquí la transcripción correspondiente a la sesión de hipnosis:

JIM SINGLETON.—Quiero que lleves tu mente atrás en el tiempo, hasta el uno de diciembre del año pasado, cuando

cruzabas el páramo. Quiero que lleves tu mente hasta entonces y que lo vuelvas a experimentar todo. Quiero que me cuentes lo que estás experimentando.

SPENCER.—Estoy andando por el páramo. ¡Hace bastante viento! Hay un montón de nubes. Estoy caminando hacia algunos árboles. Veo algo pequeño, es verde y se mueve hacia mí. ¡Oh! Estoy paralizado y no puedo moverme y la criatura continúa viniendo hacia mí. Estoy flotando en el aire y quiero bajar! [Más tarde diría que había levitado unos centímetros sobre el suelo y que la criatura estaba frente a él como un niño que lleva un globo con una cuerda.] No puedo bajar y no me gusta. La cosa verde está frente a mí. ¡Oh Dios! ¡Quiero bajar! Hay un gran platillo plateado. Tiene una puerta. No quiero entrar allí. Todo se ha vuelto negro ahora.

JIM SINGLETON.—¿Dices que todo se ha vuelto negro?

SPENCER.—No puedo ver nada, como si estuviera dormido. No puedo oír nada. Ahora hay una luz brillante. No puedo ver de dónde viene. Estoy en una especie de habitación y puedo oír una voz diciéndome que no tenga miedo. Ya no tengo miedo. Aún puedo ver esa cosa verde pero ya no tengo miedo. Me ponen en una mesa. Ahora puedo moverme si quiero, pero ya no tengo miedo y hay una luz que se está moviendo hacia mí. Es como un tubo fluorescente. Está subiendo por mis pies; puedo oír de nuevo esa voz, diciéndome: «No queremos hacerte daño y no debes tener miedo». Me hace sentir calor cuando sube por encima de mí; está pasando sobre mi estómago en dirección a mi cabeza. Cierro mis ojos, no quiero mirar por si daña mis ojos...

A partir de ese momento el testigo cuenta que los seres le llevan por la nave y le enseñan dos «películas». Una advierte de un desastre ecológico, mientras que la otra parecía tener un contenido personal y recogía predicciones sobre el futuro de Spencer. El testigo declinó aclarar cuál era dicho contenido, sugiriendo que se trataba de algo demasiado personal.

Después de ver las «películas», el policía fue invitado por los seres a abandonar la nave, y cuando ya se alejaba fue el

momento en el que tomó la foto del humanoide, aunque aparentemente había olvidado ya todo lo ocurrido.

Como comprobará el lector, el caso de Ikley se mueve permanentemente en el filo de la duda. Personalmente, aunque considero muy interesante el fenómeno abducción, soy bastante crítico con estos relatos y creo que seguramente no forman parte de lo que conocemos como fenómeno ovni. ¿Quiere decir eso que John Spencer está mintiendo sobre su experiencia? Por el momento resulta imposible demostrar semejante afirmación.

Es más, es muy posible que la parte de la historia ajena al relato de la abducción y su visita al ovni sean auténticas. Quizá la sesión hipnótica a la que fue sometido disparase su imaginación y su mente creó una historia «coherente» con los hechos reales que había experimentado. En mi opinión, la hipnosis no es un método fiable en ningún campo de investigación. Si el sujeto que se somete a ella está mínimamente influido —lo que es muy probable—, resultará imposible comprobar si lo que está contando es un hecho cierto o simplemente fruto de su imaginación.

Por el contrario, como decía, la otra parte de la historia resulta bastante fiable. El hecho de que Spencer pidiera mantener el anonimato, el que no haya obtenido beneficio alguno con el caso (recordemos que incluso cedió los derechos de la fotografía al investigador Peter Hough) y la ausencia de contradicciones en sus numerosas declaraciones dicen mucho a su favor.

Sin embargo, debemos reconocer que resulta imposible demostrar la autenticidad de la imagen. Los expertos de Kodak certificaron que no había truco, pero no pudieron aclarar qué era exactamente lo que aparecía fotografiado. Podría tratarse, fácilmente, de una maqueta o una figura de cartón. La brújula, efectivamente, había visto alterada su polaridad. Pero también en este caso los expertos fueron incapaces de determinar dónde o cómo ocurrió dicho cambio.

Como sucede en muchas otras investigaciones, las pesquisas quedan en punto muerto. No hay forma de demostrar que el encuentro relatado por un testigo ha sido real, y las posibles huellas, marcas o fotografías —que cuando se inicia la investigación uno tiene la esperanza de que se conviertan en pruebas— acaban por quedarse en «simples» evidencias de que «algo» pudo haber ocurrido. La pregunta es: ¿qué?

El «bombero del espacio»

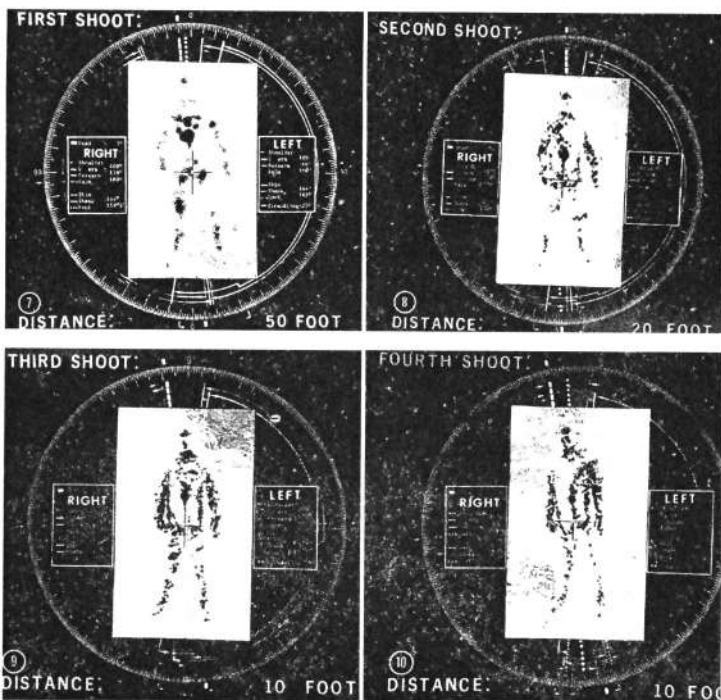
El siguiente caso resulta, al menos para mí, bastante más dudoso. Algunos detalles parecen apuntar a un fraude aunque, todo hay que decirlo, eso es algo que nunca ha podido demostrarse.

En esta ocasión los hechos nos llevan hasta Estados Unidos, concretamente a la localidad de Falkville, en el estado de Alabama. El suceso en cuestión tuvo lugar, según el relato del testigo, durante la noche del 17 de octubre de 1973. Precisamente, aquel año había sido muy activo ufológicamente hablando. Tan solo cinco días antes, el 12 de octubre, una pareja de pescadores, Charles Hickson y Calvin Parker, habían protagonizado una supuesta historia de abducción en la localidad de Pascagoula. Las noticias y reportajes sobre avistamientos ovni llenaban las páginas de periódicos e informativos, y a todos ellos se iba a sumar una nueva historia: el encuentro de Jeff Greenhaw.

Greenhaw trabajaba como jefe de policía de la citada población de Falkville. Aquel 17 de octubre, poco después de las diez de la noche, Greenhaw recibió la llamada telefónica de una vecina que, muy alarmada, aseguraba estar viendo un ovni posado en un campo cercano. Aunque normalmente no habría concedido crédito alguno a una denuncia semejante, la presencia constante de noticias sobre «platicos volantes» en la prensa de aquel año hizo que el oficial de policía tuviera dudas.

De modo que cogió una cámara de fotos y montó en su coche patrulla con la intención de comprobar la veracidad de aquella llamada. Cuando se encontraba ya en las afueras de Falkville, de pronto distinguió una extraña silueta en medio de la carretera. Era una figura de gran altura, ataviada con una especie de traje reluciente, como el aluminio.

Greenhaw paró su vehículo y salió al exterior, pertrechado con su cámara fotográfica. Mientras el misterioso ser se aproximaba con pasos lentos el policía disparó su máquina tomando varias instantáneas. Segundos después, Greenhaw entró de nuevo en el coche patrulla y encendió las luces de la sirena, con la intención de ver con mayor detalle al supuesto humanoide. En ese momento, el personaje inició



Varias instantáneas del supuesto humanoide aparecido en Falkville, Alabama (EE. UU.). Casi todos los investigadores coinciden en señalar que las imágenes son, probablemente, un fraude.

una frenética carrera y el policía comenzó a perseguirle con su vehículo. Sin embargo, aquel ser corría mucho más que una persona normal, y Greenhaw fue incapaz de alcanzarle. Poco después el agente perdía el control del vehículo y se salía de la calzada.

Y el resto ya forma parte de la historia de la ufología mundial. Las fotos tomadas por Greenhaw fueron publicadas hasta la saciedad en periódicos, libros y revistas especializadas, siendo presentadas como prueba irrefutable de la existencia física de los ovnis. Sin embargo, pronto surgieron las primeras voces críticas que aseguraban que las fotos obtenidas en Falkville no eran más que un fraude. Al parecer, el aspecto del humanoide se asemejaba sospechosamente a los trajes ignífugos utilizados por los cuerpos de bomberos. Y, aunque aquella hipótesis nunca se demostró definitivamente, la sombra de la duda se cernió sobre el testimonio de Jeff Greenhaw.

Se tratara de un fraude elaborado por el policía o de una broma de mal gusto de la que se convirtió en víctima, lo cierto es que el oficial norteamericano cayó en desgracia tras el supuesto avistamiento. Tras dar su testimonio a la prensa y la televisión, comenzó a recibir llamadas amenazantes, su casa sufrió un «misterioso» incendio y su mujer, cansada de todo aquel embrollo, se divorció de él. Para colmo de males, sus superiores le presionaron y se vio obligado a dimitir, por lo que perdió el empleo. Si realmente todo fue un fraude o una broma, de lo que no hay duda es de que lo pagó muy caro.

Capítulo 9



El regreso de un enigma

LOS INVESTIGADORES estamos acostumbrados a ese extraño y exasperante «comportamiento». Aunque la actividad ovni parece haber descendido casi a cero en los últimos años, los no identificados siempre acaban regresando. Y a veces con más fuerza que antaño. Cuando los casos disminuyen, los «escépticos» suelen argumentar que «ya no se ven ovnis, han pasado de moda». Sin embargo, los hechos parecen empeñarse en llevarles la contraria.

En el último trimestre de 2001, los ovnis y sus tripulantes volvieron a hacer acto de presencia, y a tenor de los casos que pude recoger en compañía de los investigadores sevillanos Rafael Cabello y José Manuel García Bautista, lo hicieron con gran intensidad. Puede parecer un lugar más, pero los investigadores sabemos de sobra que la zona de Sevilla es una suerte de imán para los no identificados. Y precisamente ese ha sido uno de los escenarios de sus últimas apariciones. Esta provincia andaluza ha sido protagonista de unos casos que traen a la memoria las épocas doradas de la ufología hispana. Cazalla de la Sierra, las cercanías de Gerena y Olivares, El Arahal, La Algaba, etc., son algunas de las localidades cuyos terrenos volvieron a ser escenario del misterio. Aunque los hechos que voy a relatar a continuación no son exclusivamente incidentes con humanoides he creído conveniente incluirlos en el presente capítulo, ya que en mi opinión todos ellos conforman distintos «actos» de una misma puesta en escena.

Aterrizaje en Torre Mocha

Llegamos tarde. Tan solo dos semanas antes, los no identificados habían hecho acto de presencia. Un objeto esférico había sido visto en un campo situado entre las localidades de Gerena y Olivares y, según el relato de los testigos, dejó unas huellas en el terreno. Por desgracia para nosotros, cuando acudimos hasta el lugar el paisaje había cambiado notablemente. Días atrás el terreno había sido arado, eliminando cualquier vestigio de la presencia de un ovni en el lugar. ¡Al final uno acaba acostumbrándose a lo escurridizo del fenómeno!

El 23 de febrero, Jaime Marín y su novia, Carmen Sánchez, de veinticinco y veintitrés años, respectivamente, se encontraban pasando una tarde de campo en un lugar conocido como Torre Mocha, a escasos kilómetros de Gerena. A las seis de la tarde decidieron volver a Sevilla y, cuando ya llevaban recorridos algunos kilómetros, se dieron cuenta de que habían olvidado la cámara fotográfica en el lugar, por lo que decidieron regresar a recogerla. Una vez allí, Jaime se percató de la presencia de una esfera de luz que reposaba en una finca cercana.

Aquello estaba sobre el campo, y no habían pasado ni treinta segundos desde que lo vimos cuando salió volando y se esfumó. Se elevó sobre el terreno y simplemente desapareció.

Por desgracia, no tuvieron tiempo para tomar una foto.

Los chicos quedaron tan extrañados que al día siguiente regresaron al lugar, apreciando en el suelo una especie de huellas.

Cuando volvimos encontramos unas marcas circulares en el campo, y pensamos que aquello debió ser algo realmente extraño.



Este campo, situado a escasos metros del lugar conocido como Torre Mocha (Sevilla), fue escenario de uno de los últimos aterrizajes ovni en nuestro país. En febrero de 2002, un objeto en forma de peonza aterrizó en el terreno, dejando una marca visible. Algunos años antes, otros testigos habían observado el paso de un objeto de extrañas características en el mismo lugar.

Según nos relataron los testigos, la esfera luminosa tendría unos diez metros de diámetro, y emitía una luz amarillenta que no molestaba a los ojos. Los dos jóvenes no tenían por qué saberlo, pero aquel mismo enclave —Torre Mocha— fue el escenario de otro aterrizaje veintiseis años antes de que tuviera lugar el suyo.

El incidente, que fue ampliamente investigado por los veteranos ufólogos sevillanos Joaquín Mateos Nogales y Manuel Filpo, ocurrió el 15 de febrero de 1976. Aquella tarde, a las ocho y diez, dos muchachos que se dirigían a Gerena circulaban en una motocicleta cuando, a la altura de Torre Mocha, se dieron cuenta de que había algo extraño a un lado del camino. Allí vieron un objeto en forma de «puro» de unos treinta metros de longitud, que se encontraba elevado a un metro del sue-

lo y a unos cinco de la carretera. Los testigos pudieron apreciar lo que parecían unas veinte ventanillas de color rojo intenso a lo largo de toda la superficie del objeto.

Además del famoso caso investigado por Mateos y Filpo, en la zona se han producido numerosos avistamientos y resulta destacable el hecho de que allí son frecuentes las alteraciones magnéticas, seguramente explicables por la gran presencia de material de hierro en el terreno. Nosotros mismos tuvimos la oportunidad de comprobarlo al observar que la brújula se volvía «loca» en las inmediaciones, e incluso mi cámara fotográfica —una Nikon en perfecto estado— se negaba a tomar las fotografías. En aquel momento, el incidente de Torre Mocha era el último del que habíamos tenido conocimiento¹. Sin embargo, los avistamientos en el área sevillana habían venido produciéndose desde hacía varios meses.

Ovnis en Venta Alto

La pequeña oleada parecía haberse iniciado el 4 de octubre de 2001. En torno a las nueve de la noche de aquel día, Francisco Javier Rodríguez —un comercial de treinta y cuatro años— circulaba por la N-630 (carretera de Extremadura) en dirección a Sevilla. Cuando se encontraba en una zona conocida como Venta Alto, algo llamó su atención. En el cielo pudo observar tres luces esféricas de diferentes colores (violeta, verde y rojo) que formaban un triángulo. Las luces orbitaban en torno a un centro imaginario, por lo que el testigo supuso que existía un objeto sólido tras las esferas. Durante unos tres minutos, Francisco Javier pudo observar cómo el triángulo se

¹ Después de mi visita a tierras sevillanas en febrero de 2001, los ufólogos Rafael Cabello y José Manuel García Bautista siguieron recogiendo numerosos casos de encuentros cercanos y aterrizajes. Algunos de ellos, altamente interesantes, permanecen aún bajo investigación, por lo que he preferido no incluirlos en el presente capítulo.

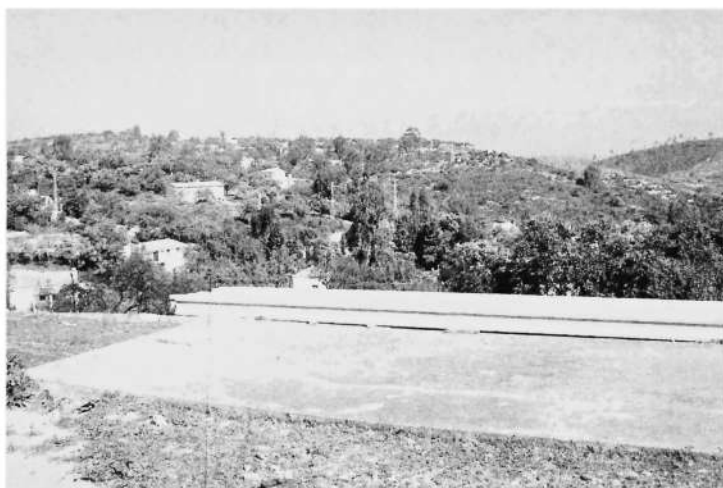
desplazaba lentamente a la vez que rotaba sobre sí mismo, con una trayectoria sudoeste-noroeste.

Tres meses después, el 26 de enero, iba a tener lugar otro avistamiento muy cerca de la misma zona. Luis Fuertes y Esteban Gutiérrez viajaban en su coche por una carretera secundaria cercana a Venta Alto.

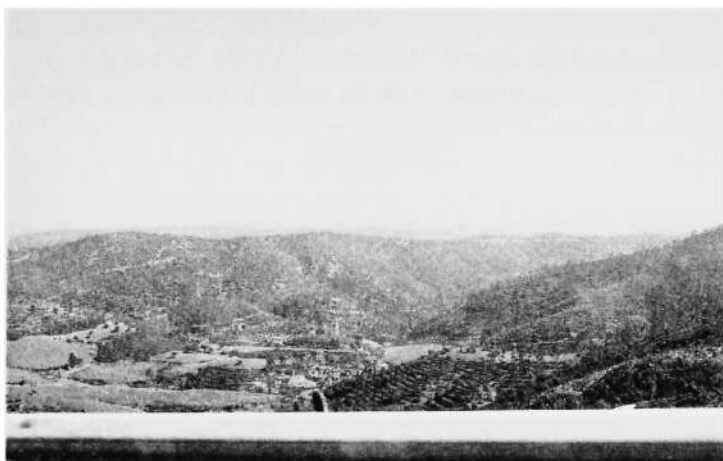
Vimos surgir del fondo de la hondonada, sobre el lago, una especie de tubo muy grande, de unos veinticinco o treinta metros de largo y ocho o nueve de ancho. Apareció de repente y en su costado se iluminaron unas bandas luminosas de varios colores que corrían, como las que llevan los coches de feria.

Los testigos observaron entonces cómo el extraño objeto se elevaba lentamente, dirigiéndose hacia Extremadura. Tras algo más de un minuto de observación, lo perdieron de vista.

Los avistamientos en Venta Alto no fueron los únicos. Entre los meses de octubre y febrero se recogieron más de veinte avistamientos a lo largo y ancho de la provincia de Sevilla;



Venta Alto (Sevilla). El testigo observó desde este lugar un objeto no identificado de aspecto triangular que parecía girar sobre sí mismo.



Desde este punto observaron un objeto tubular sobre el pequeño embalse que se observa en el fondo de la fotografía. El lugar se encuentra muy próximo al enclave conocido como Venta Alto (Sevilla).

observaciones como la vivida por Cati Muñoz, quien el 29 de octubre de 2001 avistó un triángulo luminoso desde la población de Coria del Río. Al igual que en el caso de Francisco Javier Rodríguez, este objeto presentaba luces de colores en sus vértices, aunque en esta ocasión en tonos amarillentos y anaranjados.

No menos impresionante fue el caso de Dori Marín, una sevillana que el 22 de enero de 2002 fue testigo de la enigmática presencia de un objeto en forma de lágrima invertida en la población de Dos Hermanas. El ovni, similar «a una peonza metálica», se encontraba posado sobre el terreno, y su superficie parecía ser lisa, ya que Dori no apreció nada que indicara la existencia de aberturas o compuertas.

La lista sería casi interminable: Castillo de las Guardas, Sanlúcar la Mayor, Tomares, Las Pajanosas, Lebrija... Decenas de testigos que coinciden en señalar que lo observado por ellos no se asemeja a nada conocido. Las consultas realizadas al INTA (Instituto Nacional de Técnicas Aeroespaciales) y a los servicios de meteorología descartan la posibilidad de que

los avistamientos tuvieran su origen en el lanzamiento de globos sonda o ingenios similares. Si bien las visiones de objetos triangulares podrían explicarse por la entonces creciente actividad aeronáutica en la base aérea de Morón —movilizada desde los trágicos sucesos del 11 de septiembre—, los incidentes protagonizados por nuestros siguientes testigos resultan muchísimo más difíciles de explicar.

Llegan los humanoides

Un ser imposible. Eso es lo que describieron Sonia Ortiz y María Ortiz, dos jóvenes universitarias que el 10 de octubre de 2001 circulaban por una carretera secundaria, muy cerca de la localidad de La Algaba.

Eran las cuatro y cuarto de la tarde, y regresábamos a Sevilla por la carretera de enlace que existe entre La Algaba y Brenes, cuando a unos cien metros vimos a alguien muy alto, de unos tres metros, situado junto a unos cultivos de naranjos. Era muy robusto y grande, casi como un naranjo.

Lo que más llamó la atención de las chicas —además de la talla gigantesca del ser— fue el movimiento lentísimo y torpe del extraño personaje.

Nos chocó mucho, ya que no existe nadie tan grande y que se mueva tan despacio y, por supuesto, no fueron alucinaciones nuestras.

El humanoide estaba enfundado en un traje cuyo resplandor les recordó al papel de aluminio y que emitía cierta luminosidad. Aunque el encuentro no superó los treinta segundos de duración, la proximidad del ser —llegaron a estar a unos diez metros de distancia— les permitió cerciorarse de que no

estaban viendo a una persona normal. Aquella misma noche, sobre las 21.20 horas, desde la localidad de La Algaba varias personas presenciaban el vuelo de extrañas esferas de luz, corroborando en cierta forma el increíble relato de las muchachas.

Igual de fascinante resulta el testimonio de Mariló Rodríguez. El domingo 23 de diciembre de 2001, Mariló y su hijo de tres años circulaban en su coche por la carretera N-333, que une las poblaciones de El Arahal y Utrera. Cuando recorrían una de las rectas del trazado, la mujer se percató de la presencia de «algo» extraño en la cuneta. Una silueta de unos dos metros de altura permanecía estático a los pies de la carretera. Según fue aproximándose al lugar donde se encontraba el ser, pudo contemplarlo con mayor detalle.

Era muy alto, mediría unos dos metros, y tenía una cabeza redonda, pero lo más raro es que estaba desproporcionada con el resto del cuerpo, era mucho más pequeña que la de una persona normal.

El humanoide, de un color gris oscuro, se encontraba de perfil, con los brazos pegados al tronco y parecía estar observando el lugar. Lo más curioso de todo es que el ser desprendía un resplandor blanquecino alrededor de todo su cuerpo. Este «aura luminosa» tenía un grosor de unos treinta o cuarenta centímetros y, a pesar de emitir una fuerte luminosidad, no iluminaba la zona cercana. Este último detalle resulta de gran interés, ya que lo descrito por la testigo —quien desconoce por completo la abundante literatura ufológica— se repite hasta la saciedad en numerosos casos de encuentros con ovnis y sus tripulantes. Cuando el coche de Mariló se encontraba a la altura del humanoide, la distancia entre ambos no superaba los dos metros, y esta aprovechó para observar con detenimiento; pero, curiosamente, no vio la espalda del ser como sería de esperar, sino que tan solo pudo apreciar el campo luminoso, como si este envolviera al misterioso personaje por de-

lante y por detrás, dejando visible únicamente sus laterales. Algo asustada, pisó el acelerador, pero aún pudo echar un último vistazo por el espejo retrovisor, comprobando que aquella estatua permanecía en el mismo lugar. Mariló nos confesó que la visión le intrigó muchísimo, pero no se atrevió a detener el vehículo, ya que, al viajar sola y ante lo extraño del ser, sintió cierto temor.

«Aquello fue alucinante»

Cuando le entrevistamos, M. A. J. —funcionario del Ministerio del Interior— no encontró mejores palabras para describir lo que había vivido el 31 de diciembre de 2001, mientras circulaba por una solitaria carretera de Cazalla de la Sierra (Sevilla) en compañía de su mujer:

Serían aproximadamente las seis menos cuarto de la tarde —nos explicó— y, de pronto, a mi lado del coche, vi «aquello» en una explanada que hay entre los olivos. Observamos una especie de plataforma de unos quince metros de largo. Tenía el perfil de un submarino, como abombadito... una forma parecida a la de un monovolumen, para que tú me entiendas, y se sostenía al menos sobre dos o tres patas.

Pero eso no fue lo único que pudieron observar. Tres seres de gran altura mantenían una frenética actividad en torno al ovni:

Estaríamos a unos diez o quince metros del objeto. Al lado había unos tipos como de la NBA, de unos dos metros o dos metros quince de altura, e iban vestidos con un traje blanquísimo y ajustado, como el de un submarinista. La verdad es que fue alucinante. Yo reduje la velocidad, con la intención de pararme, e incluso puse las luces de emergencia, pero mi mujer se asustó muchísimo y me pidió que nos fué-

ramos de allí. Al principio dijo que sí, que quería verlo, pero cuando aquellos seres comenzaron a moverse rápido, agachándose y levantándose, se asustó mucho.

Según el testigo, los humanoides presentaban una anatomía muy extraña:

Los hombros eran muy anchos, los brazos muy delgados, como los de una persona anémica, y luego la zona de las muñecas volvía a ensancharse, como si estuvieran inflamadas.

Para colmo, la cabeza de aquellos seres era más pequeña que la de una persona normal, y tenía una forma «apepinada». Sus ojos —lo único de su rostro que M. A. J. pudo apreciar con claridad— eran rasgados y situados hacia atrás.



El autor, junto al investigador sevillano Rafael Cabello, durante una entrevista con el policía nacional protagonista de un insólito encuentro cercano con humanoides registrado el 31 de diciembre de 2001.



Los investigadores J. M. García Bautista y Rafael Cabello (izquierda y derecha, respectivamente) junto al veterano ufólogo sevillano Joaquín Mateos Nogales. Los tres han peinado la provincia de Sevilla en busca de avistamientos y extraños encuentros con lo desconocido.

La actividad de aquellos seres parecía frenética, como si estuvieran llevando a cabo algún tipo de labor muy concreta:

Los seres actuaban entre ellos, todos muy unidos, pero sin comunicarse entre sí. Se agachaban, se levantaban, avanzaban un poco, volvían a agacharse, se levantaban..., y así todo el rato. Como hormigas obreras. Igual que hormigas obreras.

La actividad de los humanoides era tal que, aparentemente, no mostraron el menor interés por los testigos. Era como si ni siquiera estuvieran allí:

Cuando mi mujer insistió en que nos fuéramos, yo pegué un «arrancón» muy fuerte con el coche, y ellos ni se inmutaron. Yo creo que si llegan a parar ocho o nueve coches

más allí, a ellos les habría dado igual, habrían seguido con lo suyo...

En el momento del «acelerón», M. A. J. aún tuvo tiempo de echar un último vistazo a aquella misteriosa escena, y la silueta de aquellas gigantescas figuras quedó grabada para siempre en sus retinas y, sobre todo, en su memoria. El encuentro impresionó tan vivamente a nuestro protagonista que cuando se sinceró por completo con nosotros, acabó confesándonos:

Antes de esto siempre me reía de los que salían en la tele o los periódicos contando cosas parecidas. Pero, desde que vi aquello, sé que no estamos solos. Eso te lo puedo certificar.

Conclusión



«... nosotros tenemos la sensación de que, a poco que nos esforzásemos, podríamos agarrar en plena noche a esos escurridizos seres. Vamos pisándoles los talones; la atmósfera aún vibra de excitación y el olor de azufre aún flota en el aire cuando registramos la historia.»

Jacques VALLÉE

LA FRASE DE VALLÉE, recogida en las páginas de su obra maestra *Pasaporte a Magonia*, ejemplifica a las mil maravillas el sentir de los investigadores de campo. Al menos yo me identifico plenamente con ellas. Siempre que inicio una nueva investigación no puedo evitar sentir cierta desazón, provocada por la seguridad de haber llegado tarde otra vez. «Vamos pisándoles los talones». ¡Qué cargada de razón está la frase del investigador galo!

Por desgracia, hemos de conformarnos con eso. Con el testimonio sincero y desconcertante de los testigos. Una voz aún quebradiza por lo fresco e indeleble de los recuerdos, marcados a fuego por una experiencia no convencional e imposible de aceptar por la sociedad y la ciencia actual.

Los relatos incluidos en este libro son solamente una pequeña muestra de una casuística gigantesca que se extiende por todo el planeta causando el desconcierto y la admiración de los investigadores. Sin embargo, son pocos los científicos que tie-

nen el arrojo y la audacia suficientes para adentrarse en un terreno tan resbaladizo como el de la ufología. La falta de pruebas y la imposibilidad de reproducir en el laboratorio un fenómeno como el que nos ocupa ha convertido a los ovnis y a los testigos en «herejes y condenados» a ojos de la ortodoxia.

Pero ¿a qué nos enfrentamos? ¿Son reales todos esos relatos y testimonios que nos hablan de seres y artefactos extraños y aparentemente no humanos? Si la respuesta es afirmativa, ¿quiénes son y cuál es su origen? Desde que se inició la era moderna de los ovnis, allá por 1947, las hipótesis han sido muy variadas, aunque sin duda alguna la más extendida ha sido la que otorgaba un origen extraterrestre a estas criaturas y a sus fantásticas máquinas.

Por desgracia para todos nosotros, escépticos y «creyentes» en la realidad ovni, no poseemos una sola prueba física y tangible de la autenticidad del fenómeno. Existen evidencias y testimonios, sí, pero el fenómeno de los no identificados resulta tan irritante y huidizo que se escapa igual que el agua entre nuestras manos. ¿Significa esto que el enigma no es real, que todo es producto de la imaginación de los testigos? ¿Es todo una ilusión, fruto de confusiones si mala intención o de fraudes conscientes? Personalmente, estoy convencido de que no. Pero muy a mi pesar, es algo que no puedo demostrar. Los numerosos testimonios que he podido ir recogiendo a lo largo de los años me han proporcionado una única pero no por ello menos importante certeza: «ellos» están aquí, entre nosotros.

Lo que no he podido adivinar siquiera es quién o qué se esconde tras el fenómeno. ¿Extraterrestres? He de reconocer que cuando inicié mis pasos en el mundo de los ovnis, esa fue la hipótesis que me pareció más lógica y razonable. Sin embargo, con el paso de los años, y tras analizar la numerosa casuística existente, esa idea fue perdiendo fuerza y acabó por parecerme demasiado simplista, dejando paso a otras posibilidades, si cabe, más interesantes y fascinantes.

¿Y si las inteligencias —o inteligencia, en singular— que se ocultan tras la máscara de los ovnis no llegaron de otros lu-

gares del cosmos? ¿Y si estuvieran aquí, en nuestro planeta, desde que existe el hombre o incluso antes?

Piénsenlo por un momento. Aunque el aspecto de los seres y artefactos que describen los testigos nos parecen inconfundiblemente extraterrestres, ¿podemos fiarnos de su aspecto? Como describió magistralmente el veterano Ignacio Darnaude, uno de los grandes en estas lides, el fenómeno ovni parece un gigantesco «teatro cósmico». Pero ¿orquestado por quién? Y lo que quizá sea más importante: ¿con qué intenciones? Los relatos y testimonios nos describen actitudes y comportamientos absurdos por parte de los ufonautas. Y sin embargo, los testigos resultan sinceros y muchas veces sus testimonios van acompañados de «pruebas» físicas: huellas, fotografías, efectos fisiológicos, detecciones en radar, etc.

Hay algo que resulta ya imposible de cambiar. La existencia en nuestra sociedad de una creencia en los extraterrestres, en entidades que llegan a nuestro perdido planeta a bordo de sus naves. Todo el mundo tiene en su cabeza la imagen del típico alienígena de cráneo desproporcionado, pequeña estatura y rasgados ojos negros. Cientos de películas, camisetas, llaveros, muñecos y la más variada «imaginería» aparece por todos los lados, inundando distintos aspectos de nuestra cultura. Parece claro que la idea de los extraterrestres se ha grabado a fuego en nuestro inconsciente colectivo, conformando un nuevo arquetipo imposible de borrar.

¿Será esta la finalidad del fenómeno? ¿Modificar y controlar nuestras creencias en cualquier época, como propone Jacques Vallée? Quién sabe... Si es así, desde luego lo han logrado con creces. Evidentemente no todo el mundo cree que los extraterrestres están entre nosotros, pero una buena parte de la sociedad ha aceptado esa posibilidad como algo muy probable.

De cualquier modo, lo más importante es que fenómeno ovni supone un auténtico desafío para el conocimiento humano. Sea todo una gran ilusión, provocada por la naturaleza irremediadamente crédula del hombre, o si por el contrario existe realmente algo inexplicable para nuestro conocimiento actual,

de todos modos el estudio de los ovnis resulta apasionante.

Si los sucesos que investigamos son fruto de fenómenos naturales aún desconocidos, el papel de la ciencia y sus distintas ramas resultaría vital para poder conocer aspectos aún ignorados de nuestro planeta y los fenómenos físicos.

Incluso en el caso de que todo sea una simple quimera, sociólogos y antropólogos tienen ante sí una oportunidad única: asistir al nacimiento y desarrollo de un folclore en gestación. Disfrutan de la oportunidad de obtener de primera mano los testimonios y los relatos de un mito directamente de los labios de sus protagonistas. Resultaría realmente interesante poder disecionar y analizar los mecanismos por los que se rigen las creencias humanas. Pero no echando la vista atrás en el tiempo, rebuscando en antiguos libros, documentos y viejas leyendas, sino siendo testigos de primera fila de un hecho semejante.

Y finalmente, si existe —como creo— un fenómeno real, ajeno al hombre, e inteligente, estaríamos sin duda ante la noticia más importante de la historia de la humanidad. Creo que sobran las explicaciones... Una forma de ¿vida?, en apariencia diametralmente distinta a la nuestra, y que parece ser capaz de realizar los mayores prodigios: haces de luz «sólida», dominio de la gravedad, capacidad para paralizar a los seres vivos y un aparente dominio del tiempo y el espacio.

A nuestros ojos, sin duda, auténticos «dioses».

Los incidentes y encuentros recogidos en este libro pueden ser una muestra de la existencia real de esas inteligencias, sean extraterrestres —me siento incapaz de descartar esa posibilidad tajantemente— o incluso tan terrestres como nosotros.

La conclusión a la que yo he llegado después de escuchar esos fantásticos relatos de labios de sus protagonistas y de contemplar su sincera mirada, es que la realidad es mucho más compleja de lo que pensamos. Tiempo al tiempo...

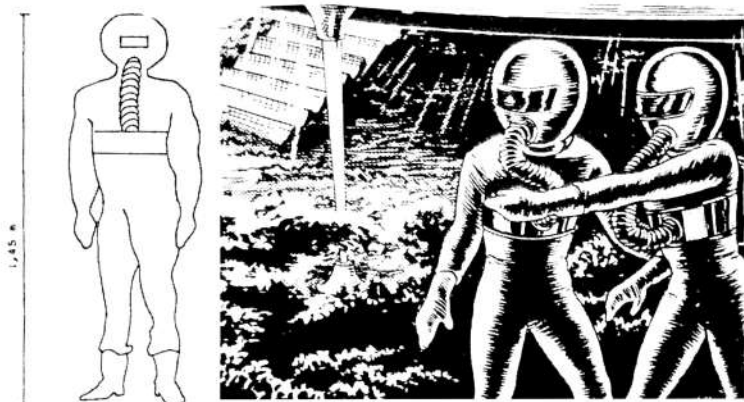
Madrid, 2 de diciembre de 2002

Clasificación básica de humanoides



1. Seres con escafandras

Algunos testigos describen criaturas de apariencia humana, pero enfundados en trajes provistos de escafandras y con tubos de respiración, como si estos seres no soportaran el aire de nuestra atmósfera y necesitaran utilizar algún tipo de sistema de ventilación. Uno de los casos españoles donde presentan esta tipología es el ocurrido en Aldaya (Valencia) el 25 de agosto de 1968. Aquel día, sobre las ocho de la tarde, Juan Gascón del Toro circulaba en bicicleta cuando, de pronto, observó un extraño objeto aterrizado en el suelo, a unos cien metros de distancia. Junto al ovni se encontraban dos figuras de aspecto humano y pequeña estatura. Cuando se encontraba a unos cua-



Croquis de lo observado en Aldaya.

renta metros de los seres, pudo comprobar que tenían una altura aproximada de un metro y cuarenta y cinco centímetros. A pesar de la cercanía del testigo, los humanoides mostraron una absoluta indiferencia.

2. Humanoides «enllantados»

En no pocas ocasiones, los testigos han descrito seres cuyo aspecto nos recuerda poderosamente al popularmente conocido muñeco y emblema de la empresa francesa. Esta «tipología» de humanoides ha sido descrita por numerosos testigos en distintas partes del mundo, con casos notables en Francia o en Kansas (EE. UU.) en junio de 1976. También se han recogido casos de este tipo en España. En 1960, por ejemplo, se produjo un encuentro con dos seres que respondían a este aspecto. El testigo, un maestro llamado Miguel Timermans Ceballos, con su moto, por una carretera gaditana. Tras pasar un cambio de rasante, vio aparecer a un hombre de gran altura en el camino, enfundado en lo que parecía un traje hinchado y compuesto por decenas de anillos que daban forma a su figura. Tras el primer ser, surgió un segundo humanoide de aspecto similar aunque de una altura mucho menor. Ambos seres caminaban muy lentamente. El testigo no pudo distinguir ningún ti-

*Recreación
del encuentro de
los Corell.*



po de rasgos faciales. Algunos años después, en marzo de 1976, el matrimonio Corell-Civera circulaba en coche por las proximidades de Marines (Valencia) cuando se toparon con un extraño ser que parecía flotar en el aire y que se balanceaba ligeramente de derecha a izquierda. Según declararon los testigos, el ser llevaba puesto una especie de traje acolchado, como si estuviera formado por «neumáticos».

3. Seres simiescos y/o peludos

En numerosos sucesos, y aunque parezca absurdo, los seres descritos por los protagonistas de un encuentro cercano con los tripulantes de los ovnis tienen un aspecto «simiesco». Sus cuerpos aparecen totalmente cubiertos por vello, generalmen-



*El misterioso individuo que se cruzó ante el doctor Rivera en Punta Carnero (Cádiz) en 1966. [Recreación extraída del libro *Encuentros*, Iker Jiménez, Ed. Edaf, Madrid, 2002.]*

te de color negro. Estos humanoides tienen una apariencia casi animal, y de no ser por ciertos detalles —la indumentaria, sus asombrosos «poderes» y su proximidad con un objeto no identificado aterrizado— podríamos dudar de su vinculación con el fenómeno ovni. Esta tipología podría encuadrar perfectamente con los seres observados por los niños de Cussac (recordemos que los testigos hablaron de que eran de color negro y que parecían tener vello por todo su cuerpo, incluida la cara). En España, destaca el caso protagonizado por el doctor Rivera en agosto de 1966. El médico se encontraba paseando con su motocicleta por los alrededores de Algeciras cuando frente a él se cruzó un pequeño ser totalmente negro y de pequeña estatura, con los brazos pegados al cuerpo y dando unos grandes brincos.

4. Asiáticos

Otro de los rasgos presente en numerosos casos de encuentros con humanoides es el de los seres con aspecto oriental. Muchos testigos han descrito a los tripulantes de los ovnis co-



*Los seres de
Villares del Saz
agredieron
al pastor
Máximo Muñoz.*

mo seres «con ojos rasgados» y tez amarilla o aceitunada. Este es el caso del incidente protagonizado por el pastor Máximo Muñoz Hernáiz, protagonista del encuentro de Villares del Saz (Cuenca) en julio de 1953. La imagen que acompaña a estas líneas representa el encuentro del agricultor francés Maurice Masse. El obrero Marius Dewilde (véase capítulo 2) también aseguró haberse encontrado con varios seres de rasgos orientales en su segundo encuentro.

5. *Humanoides «ensotanados»*

Este tipo de seres se presentan ante los testigos con una apariencia casi fantasmal, habitualmente provistos de una suerte de «túnica» o «capa». De no ser por su frecuente conexión y cercanía a objetos y luces no identificadas, nada haría pensar que nos encontramos ante posibles tripulantes de los ovnis. En España, la comarca extremeña de Las Hurdes ha si-



La presencia de conjuntos de entidades alimenta leyendas y transforma creencias populares como la Santa Compañía.

do el escenario de numerosas apariciones de «personajes» de este aspecto. La presente imagen muestra un caso de encuentro cercano ocurrido en las cercanías de la ciudad de Huesca. Varios seres ataviados con una especie de hábito o túnica se movían junto a un objeto luminoso de forma rectangular, ante la asombrada mirada del testigo.

6. *Humanoides de aspecto robótico*

Muchos testigos no dudan en calificar a los humanoides como «auténticos robots». Al parecer, algunos ocupantes de los no identificados se comportan como máquinas más que como seres dotados de inteligencia y conciencia propias. El caso protagonizado por el rejoneador español Rafael Peralta (en julio de 1982) o el incidente vivido por Guillermo Rodríguez Riesco y sus perros son dos ejemplos dentro de la casuística española. ¿A qué tipo de seres nos estamos «enfrentando»?



Recreación del robótico individuo observado en la comarca extremeña de Las Hurdes, en 1946.

7. *Humanoides gigantes*

Casos como los acaecidos en la localidad canaria de Gáldar en junio de 1976, o el protagonizado por una pareja de policías en la localidad gerundense de L'Escala en marzo de 1997, muestran una tipología de seres muy concreta: entidades asociadas a los ovnis cuya talla supera con creces los dos metros de altura. Como puede ver el lector, auténticos gigantes. En la década de los años setenta, poblaciones cántabras como Puen-te San Miguel o Escalante se vieron «asoladas» por una oleada de avistamientos y encuentros con seres de gran talla.

Croquis que forma parte de los documentos oficiales del Gobierno español sobre los gigantes observados en Gáldar (Gran Canaria).



8. Seres de aspecto «monstruoso»

La variedad y excentricidad de «los tripulantes» no tiene límites. Muchos testigos describen seres «imposibles», más propios de una película de ciencia ficción... Sin embargo, los casos en los que se habla de seres de aspecto bizarro se cuentan por decenas. La imagen que acompaña estas líneas muestra al ser observado en la localidad catalana de Sant Feliú de Codines en septiembre de 1967. Un ser muy similar fue visto en la localidad francesa de Arc-sous-Cicon, tan sólo unos meses antes, en julio del mismo año. Otros testigos han descrito seres aún más extraños: hombres alados, mitad insecto-mitad humano (recordemos el caso de Mothman), e incluso criaturas con aspecto de pulpo.

*Entidad
aparecida en
una carretera
próxima a
Sant Feliú
de Codines,
en 1967.*



9. Seres de aspecto «humano»

En ocasiones, los seres descritos por los testigos podrían pasar perfectamente por una persona normal y corriente. Tanto su estatura como su aspecto físico general coinciden con los de un ser humano. Sin embargo, sus vestimentas, su compor-

tamiento y los «poderes» de los que hacen gala no tienen nada de convencional. Un ejemplo ocurrido en España tuvo lugar en la localidad onubense de Almonaster la Real. Una joven de la localidad sufrió un extraño encuentro con los seres que muestra el dibujo realizado por el investigador sevillano Antonio Moya.



Individuos de aspecto «angelical» observados en Almonaster la Real (Huelva) por Ceferino Vargas. [Ilustración: Antonio Moya.]

10. *Humanoides de estatura reducida*

Los tripulantes de esta categoría son quizá los más numerosos. Sin embargo, dentro de este grupo de seres de reducida estatura, las variaciones son casi infinitas. Se han observado «ocupantes» cubiertos de vello, con rasgos asiáticos, con escafandra alrededor de la cabeza y con rasgos totalmente humanos... Los «hombrecillos» observados en Villares del Saz (véase capítulo 1 y apartado de «Humanoides con rasgos orientales») presentaban una talla casi diminuta, similar a la de un niño, hasta el punto de que el testigo los denominaba como «tietes». Más recientemente, durante la oleada gallega del 95-96, en la localidad lucense de Ferrerías un campesino gallego presenció el «desembarco» de varios humanoides de escasa altura que dejaron unas extrañas huellas en el suelo de su finca.



*Ser envuelto en luz al que las gentes bautizaron como «duende de Ladrillar», observado en Extremadura en 1907. [Reconstrucción procedente del libro *Encuentros*, Iker Jiménez, Ed. Edaf, Madrid, 2002.]*

Bibliografía consultada



- BARTHEL, Gérard, y BRUCKER, Jacques, *La grande peur martienne*, Editions Rationalistes, París, 1979.
- BALLESTER OLMOS, Vicente Juan, *El fenómeno aterrizaje*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1978.
- BALLESTER OLMOS, Vicente Juan, y FERNÁNDEZ PERIS, J. A., *Enciclopedia de los encuentros cercanos con OVNIS*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1987.
- BENÍTEZ, Juan José, *El ovni de Belén*, Ed. Plaza & Janés, 1983.
- , *La punta del iceberg*, Ed. Planeta, Barcelona, 1983.
- , *La quinta columna*, Ed. Planeta, Barcelona, 1991.
- , *Materia reservada*, Ed. Planeta, Barcelona, 1993.
- , *Mis ovnis favoritos*, Ed. Planeta, Barcelona, 2001.
- BOURRET, Jean-Claude, *La nouvelle vague des soucoupes volantes*, Ed. France Empire, 1975.
- BRIONGOS, Ángel, y CARDEÑOSA, Bruno, *¡Abran fuego!*, monográfico *Enigmas*, núm. 1, Ed. América Ibérica.
- CARDEÑOSA, Bruno, *50 años de OVNIs, las mejores evidencias*, Ed. América Ibérica, Madrid, 1997.
- , *Los archivos secretos del Ejército del Aire*, Ed. Bell Book, Orense, 1998.
- , *La «invasión» ovni*, colección «La Puerta del Misterio», Ed. Nowtilus, Madrid, 2002.
- , «¿Tiroteo contra un “extraterrestre”?», *Más Allá*, monográfico número 35, Ed. MC Ediciones.
- CREXELLS, Joan, *Dos brasileños heridos por relámpagos luminosos procedentes de OVNIs*, Stendek, año I, núm. 3, diciembre de 1970.
- DELVAL, Pierre, *Contacts du 4^{ème}. Type. Les ovnis précurseurs de notre avenir*, Editions de Vecchi, París, 1979.
- EVANS, Hilary, *The evidence for UFOs*, The Aquarian Press, 1983.
- GARCÍA BAUTISTA, José Manuel, «¿Un área 51 en España?», *Más Allá*, monográfico núm. 35, Ed. MC Ediciones.

- GÓMEZ, Didier, «Le cas de Cussac. 29 Août 1967», *Ufomanía*, núm. 22, diciembre 1998.
- GONZÁLEZ, José Gregorio, *Los ovnis en Canarias*, Centro de la Cultura Popular Canaria, Tenerife, 1998.
- , «Los “monstruos” de Gáldar», monográfico *Enigmas*, núm. 1, Ed. América Ibérica.
- GONZÁLEZ, José Gregorio, y HEYLEN, David, *Criptozoología*, Ed. Edaf, Madrid, 2002.
- HOUGH, Peter, «Legacy of the green man. Ilkley Moor 10th Anniversary», *Alien Encounters*, núm. 19, diciembre de 1997.
- HUYGHE, Patrick, «¿El mejor caso ovni jamás conocido?», *Cuadernos de Ufología*, núm. 27, 3.ª época, 2001.
- HYNEK J. Allen, *El informe Hynek. La verdad sobre los platillos volantes*, Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1979.
- JIMÉNEZ ELIZARI, Iker, *Encuentros. La historia de los ovnis en España*, Ed. Edaf, Madrid, 2002.
- KEEL, John. *The Mothman Prophecies*.
- , *Guía completa de los seres misteriosos*, Ed. Diana, México.
- KOTTEMAYER, Martin, «Lo que el silbido se llevó. El nauseabundo monstruo de Flatwoods», *Cuadernos de Ufología*, núm. 28, 3.ª época, 2002.
- LAGARDE, Fernand, *Mystérieuses soucoupes volantes*, Ed. Albatros, París, 1976, pp. 127-132.
- LOG, J., y GIGI, R., *OVNI, Dimension autre*, Ed. Dargaud, 1975.
- MAILLOT, Eric, *Les ufologues et L'OVNI de Cussac. 30 ans dans un cul-de-sac!*, Circle Zetétique (<http://www.zetetique.ldh.org/cussac.html>)
- McFIE, Annie, *Rencontres Rapprochées: Le cas de Kelly-Hopkinsville, 1955*. Les OVNI vus de près. <http://www.chez.com/lesovnis/html/kelly55owif.htm>
- MESNARD, Joël, y PAVY, Claude, «Rencontre Diabolique sur le plateau de Cussac», *Phenomenes Spatiaux*, núm. 16, junio 1968.
- MICHEL, Aimé, *Los misteriosos platillos volantes*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1963.
- OLIVERES, Jordi, «El gigante de La Escala», monográfico *Enigmas*, número 1, Ed. América Ibérica.
- PEYRÓ, Miguel, *OVNI sí, pero...*, 7.ª ed.
- QUINTANILLA JR., Héctor, «The investigation of UFOs», *Studies in Intelligence (CIA)*, núm. 10, otoño de 1966, pp. 95-110.
- RANDES, Jenny, *UFOs and how to see them*, Anaya Publishers Limited, Londres, 1992.

- RANDLES, Jenny, y HOUGH, Peter, *The complete book of UFOs. Fifty years of alien contacts and encounters*, Judy Piatkus Publishers, Londres, 1994.
- RIBERA, Antonio, *El gran enigma de los platillos volantes*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1966.
- , *Encuentros con humanoides*, Ed. Planeta, Barcelona, 1982.
- , *Secuestrados por extraterrestres*, Ed. Planeta, Barcelona, 1981.
- , *El envés de la trama*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1987.
- , *Los doce triángulos de la muerte*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1987.
- SCHWARZ, Berthold E., «Gary Wilcox y los ufonautas», *Cuadernos de Ufología*, núm. 27, 3.^a época. 2001. (Traducción de Luis R. González Manso.)
- SPENCER, John, *OVNIs, la respuesta definitiva*, Susaeta Ediciones, Madrid, 1992.
- STANFORD, Ray, *El escándalo OVNI*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1976.
- STEIGER, Brad, *Forasteros del espacio*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1967.
- , *Contactos con extraterrestres*, Ed. Edaf, Madrid, 1978.
- , *Proyecto Libro Azul*, Ed. Edaf, Madrid, 1976 (Edición México). *Stendek*, núm. 9, agosto de 1972, pp. 30-32.
- VALLÉE, Jacques, y VALLÉE, Janine, *Fenómenos insólitos del espacio*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1966.
- VALLÉE, Jacques, *Pasaporte a Magonia*, Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1972.
- , *Crónica de otros mundos*, Ed. Tikal.
- VV. AA., *Los humanoides*, Ed. Pomaire, Barcelona, 1967.
- VV. AA., *Sí: están. Aproximación científica a los ovnis*, vol. I, 7.^a ed.
- VV. AA., *Sí: están. Aproximación científica a los ovnis*, vol. II, 7.^a ed.
- VV. AA., «UFOs 1947-1987, The 40 year search for an explanation. Fortean Tomes», *Bufo*, Londres, 1987.
- VV. AA., *Diccionario temático de ufología*, Ed. Fundación Anomalía, Santander, 1997.
- WILKINS, Harold T., *Flying Saucers on the attack*, Ace Star Book, Nueva York, 1954.
- ZÚÑIGA, Diego, «El fraude de Falkville», revista digital *Bitácora*.

El autor agradecería cualquier tipo de información sobre sucesos similares a los recogidos en este libro. Si usted o alguien a quien conoce ha protagonizado algún tipo de encuentro cercano o simplemente ha avistado un OVNI, puede ponerse en contacto conmigo a través de la siguiente dirección de correo electrónico:

jgblanco@mundomisterioso.com

o por correo ordinario en:

Javier García Blanco
Revista Año Cero
C/ Miguel Yuste, 33 bis
28037 MADRID (España)

Más información sobre la colección «El Archivo del Misterio» de Iker Jiménez en:

www.ikerjimenez.com

Lista de títulos publicados



0. *La Sábana Santa.*
CARMEN PORTER
1. *El secreto de la gran pirámide.*
MANUEL J. DELGADO.
2. *Casas encantadas.*
FRANCISCO CONTRERAS GIL.
3. *Vampiros.*
MIGUEL G. ARACIL.
4. *La historia perdida.*
NACHO ARES.
5. *Humanoides.*
JAVIER GARCÍA BLANCO.



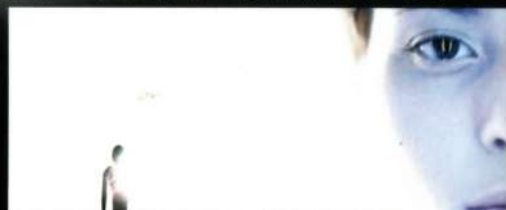
IKER JIMÉNEZ (Vitoria, 1973) es el director de esta colección. Periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid y la Universidad Europea. Es autor de los libros *Enigmas sin resolver I y II*, *Fronteras de lo imposible*, *El Paraíso maldito* y *Encuentros*, todos ellos con enorme éxito de crítica y ventas.

Se inició en la radio con 17 años y desde entonces compagina su labor de «reportero a la vieja usanza» con su trabajo en prensa escrita, radio, televisión e Internet, medio en el que es *webmaster* del portal

www.ikerjimenez.com, visitado cada día por personas de setenta países distintos.

En la última década ha investigado en el lugar de la noticia cientos de casos, además de trabajar en todos los grandes medios de comunicación españoles, entre los que se cuentan Antena 3 Televisión, Cadena SER, Localia TV —cadena en la que lleva el programa *Enigmas sin resolver*— o Tele 5. Actualmente presenta y dirige cada domingo MILENIO 3 para todas las emisoras de la Cadena SER, programa líder de audiencia a nivel nacional. EL ARCHIVO DEL MISTERIO es su último gran reto.

EL ARCHIVO DEL MISTERIO
DE IKER JIMÉNEZ



La criatura emitió una especie de silbido y comenzó a moverse en dirección al grupo. Parecía flotar sobre el suelo. El muchacho no pudo resistirlo y gritó a la vez que caía hacia atrás. Se desató el pánico y la linterna también cayó rodando. En ese momento se inició una frenética huida a través del bosque para escapar de aquella figura terrible. Todos corrieron como alma que lleva el diablo. Sin mirar atrás.

EN ESTE LIBRO, ENTRE OTRAS MUCHAS COSAS,
ENCONTRARÁ:

- Casos estremecedores, documentos únicos, imágenes sorprendentes.
- ¿Quiénes son los Humanoides?
- Casos en América y España: un secreto bien guardado.
- Cuando los militares investigan.
- Múltiples formas, múltiples intenciones.
- Ángeles y demonios ayer... ¿extraterrestres hoy?
- Muerte tras un encuentro fatal.
- Seres Imposibles captados por la cámara.
- Clasificación básica de los tipos de Entidades Desconocidas.

JAVIER GARCÍA BLANCO

